

MISTERIO EN ROCKINGDOWN

Enid Blyton



Lectulandia

Cuando los hermanos Roger y Diana, junto a su primo Chatín y Ciclón el perro de este, se resignaron a pasar unas aburridas vacaciones en un pueblito remoto, ni se imaginaban la emocionante aventura que iban a vivir y mucho menos a los sorprendentes amigos que conocerían.

Éste es el primer tomo de la serie protagonizada por estos simpáticos amigos, que nos llevarán a vivir junto a ellos singulares aventuras.

Lectulandia

Enid Blyton

Misterio en Rockingdown

ePub r1.0

Gand 15.11.13

Título original: *The Rockingdown Mystery*

Enid Blyton, 1949

Traducción: C. Péraire Molino

Ilustraciones: Gilbert Dunlop

Editor digital: Gand

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mis dos hijas Gillian e Imogen cuyo querido perro
«Laddie» aparece en este libro como «Ciclón».



Capítulo 1- Comienzan las vacaciones

—¡Hola, Roger!

—¡Hola, Diana! ¿Qué tal fue el curso?

El muchacho y la niña se sonrieron tímidamente como ocurría siempre que se encontraban al término del curso escolar. Eran hermanos y bastante parecidos..., robustos, de cabellos oscuros, barbilla enérgica y amplia sonrisa.

—Mi tren ha llegado veinte minutos antes que el tuyo —dijo Roger—. Ha sido una suerte que termináramos el mismo día..., por lo general no ocurre así..., y te he esperado. Ahora tendremos que aguardar a la señorita Pimienta.

Diana lanzó un gemido mientras cogía su maletín, su raqueta de tenis y un gran paquete castaño. Roger llevaba también una raqueta y un maletín.

—Estas vacaciones no van a ser muy agradables —dijo Diana—. Papá y mamá están fuera y nosotros tenemos que enterrarnos en el campo con la señorita Pimienta. ¿Por qué le pediría mamá que cuidase de nosotros? ¿Por qué no llevarnos a casa de tía Pam?

—Porque sus niños tienen el sarampión —repuso Roger—. En realidad, la señorita Pimienta no es tan mala..., quiero decir que se hace cargo de que siempre tenemos apetito y nos gustan las salchichas, la ensalada, la carne fría, las patatas fritas, los helados y «Coca-Cola»...

—Oh, no sigas..., me despiertas el apetito —dijo Diana—. ¿Cuál es el plan de hoy, Roger? Sólo sé que vendrías a esperarme y que luego iríamos a reunimos con la señorita Pimienta.

—Ayer tuve carta de papá —le contestó Roger mientras se abrían paso entre la gente que abarrotaba el andén—. Él y mamá embarcan hoy para América. «Habían pensado» dejarnos en casa de tía Pam, pero el sarampión lo ha echado todo a rodar. Por eso mamá telegrafió a su antigua aya, la señorita Pimienta, para pedirle que pasara las vacaciones con nosotros... y tenemos que ir a una casita que papá consiguió alquilarnos en Rockingdown... y ¡Dios sabe dónde está eso!

—Donde supongo que tendremos que consumirnos durante todas las vacaciones —replicó Diana con el entrecejo fruncido—. Qué mala suerte.

—Bueno, hay una escuela de equitación no muy lejos y podremos montar a caballo —dijo Roger—, y tengo entendido que cerca hay un río. Buscaremos un bote, y por todo el campo que rodea Rockingdown abundan los pájaros y las flores.

—Eso está bien para ti que tanto te gusta la naturaleza —repuso Diana—. Yo me sentiré como enterrada en vida, sin tenis, ni fiestas... y supongo que ese terrible Chatín vendrá también.

—Desde luego —dijo Roger al tiempo que golpeaba a alguien con su raqueta—. ¡Oh, perdone! ¿Le he hecho daño? Salgamos de entre esta aglomeración de gente, Di. Parece que siempre estamos en el mismo sitio.

—Es que van a coger el tren —repuso Diana—. Dejémosles pasar, por amor de Dios. Mira, ahí hay un banco..., sentémonos un poco. ¿Cuándo hemos de encontrarnos con la señorita Pimienta?

—Dentro de veinticinco minutos —dijo Roger mirando el reloj de la estación—. ¿Quieres que vayamos a ver si podemos tomar un helado por aquí cerca?

Diana se levantó en seguida del asiento.

—¡Oh, sí..., qué buena idea! ¡Mira, ahí está la salida! Cerca habrá alguna confitería o algo por el estilo, y allí encontraremos helados.

Mientras los tomaban continuaron charlando.

—Dijiste que Chatín viene también, ¿no? —dijo Diana mientras tomaba su helado de fresa—. ¡Es tan revoltoso!

—Bueno..., no tiene padres —dijo Roger—. Y eso es muy triste, Di. Siempre va de una tía a otra, el pobrecillo... y prefiere estar con nosotros. No es tan malo..., si no hiciera tantas tonterías...

—Vaya suerte la nuestra tener un primo tonto con un perro estúpido —dijo Diana.

—Oh, a mí me gusta «Ciclón» —replicó Roger en el acto—. Es muy pesado, desde luego..., pero es un perro precioso..., ¡vaya si lo es! Y «Ciclón» es un nombre que le sienta a las mil maravillas..., está loco de remate, pero hay que ver las cosas que hace. ¡Apuesto a que acabará con la paciencia de la señorita Pimienta!

—Sí. Le cogerá los zapatos y los esconderá debajo de un arbusto, destrozará su mejor sombrero, y él mismo se encerrará en la despensa..., no es tonto, no —dijo Diana—. ¿Y si tomásemos otro helado?

—Si Chatín tuviera nuestra edad, no sería tan malo —continuó Roger—. Al fin y al cabo, yo tengo catorce años, tú trece... y él sólo once..., es todavía un niño.

—Pues no se comporta como tal —replicó Diana empezando su segundo helado—, sino como un pequeño duende o cosa por el estilo..., siempre haciendo travesuras... y pensando que puede burlarse de nosotros. Oh, Dios mío..., con esa señorita Pimienta y Chatín me parece que estas vacaciones serán horribles.

—Diantre, mira la hora que es —exclamó Roger—. No vamos a encontrar a la señorita Pimienta. Voy a pedir la cuenta y nos iremos.

La camarera les llevó la cuenta y Roger y Diana fueron a pagar a la caja. Cuando salían, Roger miró las manos de su hermana.

—¡Tonta! Te has dejado la raqueta y el maletín en la mesa. Lo sabía. ¡Siempre haces lo mismo! ¡Me maravilla que alguna vez consigas llevar algo hasta casa!

—¡Qué desgracia! —exclamó Diana, echando a correr para buscar sus cosas y tropezando con una silla en su precipitación.

Roger la esperó pacientemente con una sonrisa en los labios. ¡Qué atolondrada, descuidada e inquieta era Di! Él se burlaba de ella, la reñía, pero la quería mucho. También apreciaba mucho a su primo Chatín con sus imprudencias, su sentido del humor y su costumbre de hacer siempre las cosas más sorprendentes y molestas.

Roger estaba seguro de que durante aquellas vacaciones habría que atar corto a Diana y Chatín. Diana, desilusionada por tener que ir con la señorita Pimienta a un lugar del que ni siquiera había oído hablar..., estaría furiosa y de mal humor. Y Chatín aún más pesado que de costumbre al no estar el padre de Roger para mantenerle a raya. Sólo impondría su autoridad la señorita Pimienta, y Chatín no tenía gran opinión de las mujeres.

«Ciclón», el perro, era otro problema, por supuesto; pero un problema muy agradable. Sólo obedecía a una persona, y esa persona era Chatín. No perdía la costumbre de morder, esconder y enterrar todo lo que encontraba. De cuando en cuando le daban ataques de locura, y subía y bajaba la escalera y entraba y salía de todas las habitaciones ladrando desafortunadamente a todo correr y molestando a todas las personas en varios kilómetros a la redonda.

¡Pero era un perro tan bonito! Roger recordó su pelo lustroso y negro, sus largas orejas gachas que siempre tenía en el plato donde le ponían la comida, y sus ojos

tristes y dulces. ¡Qué afortunado era Chatín por tener un perro como aquél! Roger había pegado a «Ciclón» muy a menudo por ser tan malo, pero nunca dejó de quererle. Se alegraba de que «Ciclón» pasara las vacaciones con ellos, aunque ello representara tener que soportar también al primo Chatín.

—Tenemos que encontrarnos con la señorita Pimienta debajo del reloj de la estación —dijo Roger—. Aún falta un minuto. Mira..., ¿no es ella?

Lo era. Los niños miraron a la antigua aya de su madre y luego corrieron hacia ella. Era alta, delgada, y sus cabellos grises peinados muy tirantes hacia atrás quedaban semicultos por un pequeño sombrero negro. Sus ojos, tras los cristales de sus lentes, eran vivos y de mirar penetrante. Al ver a los niños, su rostro se iluminó con una simpática sonrisa.

—¡Roger! ¡Diana! Aquí estáis al fin... y puntuales. Hace un año que no nos veíamos, pero no habéis cambiado casi nada.

Besó a Diana y estrechó afectuosamente la mano de Roger.

—Ahora —dijo— tenemos un poco de tiempo antes de tomar el tren que sale de la otra estación..., ¿qué os parece si tomáramos un par de helados...? ¿O ya no os gustan?

Roger y Diana se animaron en el acto, y ninguno dijo que ya habían tomado dos. Diana dio un codazo a Roger y sonrió. La señorita Pimienta no olvidaba que les gustaban los helados, la «Coca-Cola» y demás. En eso nunca fallaba.

—No sé... dónde podríamos encontrar helados sin alejarnos demasiado —dijo la señorita Pimienta.

—Er..., déjeme pensar..., ¿no hay un salón de té junto a la salida? —dijo Roger.

—Sí..., donde hay unos helados estupendos —replicó Diana—. ¿Recuerdas por dónde se va, Roger?

Roger se acordaba muy bien, por supuesto, y en seguida las condujo al pequeño salón de té que habían abandonado sólo minutos antes. La señorita Pimienta se preguntaba cuántos helados habrían tomado ya mientras la esperaban.

Esta vez Roger acomodó a la señorita Pimienta y a su hermana en una mesa distinta, pues no deseaba que la camarera hiciera algún comentario que les descubriese. Pidieron que les sirvieran helados.

—¿Cuándo llega Chatín? —preguntó Diana.

—Llegará mañana en tren —repuso la señorita Pimienta—. Me temo que con «Ciclón». No me gustan los perros, ya lo sabéis, y «Ciclón» menos que ninguno. Eso significa que tendré que encerrar bajo llave todas mis zapatillas, sombreros y guantes. ¡Nunca vi un perro con semejante olfato para esas cosas! ¡Nunca! La última vez que estuve en casa de tu madre, Roger, empecé a pensar que «Ciclón» podía abrir las maletas, porque varias cosas que guardaba en ellas empezaron a desaparecer regularmente... y siempre, más pronto o más tarde, las veía en poder de «Ciclón».

—Supongo que Chatín tendría algo que ver —dijo Roger—. Las vacaciones que usted pasó con nosotros estuvo más travieso que nunca. Tan loco como su perro.

—Bueno, espero que el señor Young pueda atarle corto —dijo la señorita Pimienta.

Se hizo un repentino silencio mientras Roger y Diana miraban alarmados a la señorita Pimienta.

—El señor «Young» —repitió Roger—. ¿Para qué viene?

—Para daros clase —replicó la señorita Pimienta sorprendida—. ¿Acaso no lo sabíais? Espero que pronto recibáis la carta de vuestros padres, si no os habéis enterado. Vuestro padre telefoneó a vuestros colegios respectivos para saber qué notas habíais obtenido, ya que no pudo saberlas antes de salir para América... y tú, Roger, tendrás que repasar el latín y las matemáticas, y Diana el francés y el inglés.

—¡«Vaya»! —exclamaron ambos niños a un tiempo—. ¡Qué «asco»!

—Oh, no —replicó la señorita Pimienta—. El señor Young es muy agradable... y muy buen maestro. Ya os ha dado clase.

—Es seco como el polvo —dijo Diana, enojada—. Oh, es espantoso..., unas vacaciones sin papá ni mamá, en un lugar del que nada sabemos..., con el señor Young... lecciones que estudiar y...

—Cállate, Di —le dijo Roger temiendo que su iracunda hermana llegara a decir algo contra la propia señorita Pimienta—. Ya sabes que perdimos parte del curso por culpa de la escarlatina..., estamos atrasados en muchas cosas. De todas maneras, yo tenía intención de repasar algo durante estas vacaciones.

—Sí..., pero el señor «Young»..., con su barba, sus ademanes y sus «¡mi querida jovencita!» —exclamó Diana—. Le odio. Escribiré a papá para decirle lo que pienso de él...

—Basta, Diana —dijo la señorita Pimienta en tono seco.

—¿Y Chatín estudiará también? —preguntó Roger, dando un puntapié a Diana por debajo de la mesa para que contuviera su enojo.

—Sí. Desgraciadamente tuvo muy malas notas —contestó la señorita Pimienta.

—No es ninguna novedad —gruñó Diana—. Y yo pregunto... ¿podrá el señor Young con Chatín? Le hará andar de coronilla.

—¿Tomamos otro helado? —preguntó la señorita Pimienta, mirando su reloj—. Tenemos tiempo. ¿O estáis demasiado disgustados para tomar otro?

Desde luego que no estaban tan disgustados como para no tomar otro helado y una «Coca-Cola» además. Roger comenzó a charlar animadamente de cosas ocurridas durante el último curso, y Diana, luego de contemplar su helado con tristeza unos instantes, se animó también. Después de todo estaban de vacaciones... y sería divertido conocer un lugar nuevo..., montarían a caballo y tal vez salieran en bote. ¡Podría haber sido peor!

—Es hora de marcharnos —anunció el aya—. Comeremos en el tren. Espero que eso os guste. A la hora del té estaremos en Rockingdown. Bueno, vamos... y ánimo, querida Diana... ¡espero que disfrutes de tus vacaciones como siempre!



Capítulo 2- Villa Rockingdown

Rockingdown era un lugar pequeñito con una carnicería, una panadería y un bazar, rodeado de muchas granjas y casitas. La torre de la iglesia asomaba por encima de los árboles y sus campanas podían oírse perfectamente desde la casa donde los niños iban a pasar sus vacaciones.

Resultó ser una morada muy interesante.

—Es más que una casita —dijo Diana en tono aprobador—. Es una hermosa casa antigua con muchas habitaciones.

—Antes pertenecía a una gran mansión situada a medio kilómetro de distancia..., esta casa se halla situada en los terrenos de esa finca —explicó la señorita Pimienta—. La llamaban La Casa de la Viuda.

—¿Por qué?

—Era la casa que construyeron para la señora de la gran mansión cuando falleció su marido, y su hijo con su esposa vinieron a tomar posesión de ella —dijo el aya—. Entonces la llamaban la viuda y vino a vivir aquí, a esta casa, con sus criados. Supongo que a sus nietos en cuanto llegasen les encantaría visitarla.

—Es muy antigua, ¿verdad? —dijo Diana, mirando los paneles de madera de roble del comedor donde estaban tomando el té—. Y me gusta la amplia escalera... y

la escalerita diminuta que parte de la cocina. Será estupenda para jugar al escondite.

—Me encanta mi dormitorio —dijo Roger—. Tiene un techo inclinado que desciende casi hasta el suelo, y tuve que cortar varias ramas de hiedra que cubrían una de las ventanas de la señorita Pimienta..., ¡está tan tupida!

—Me gustan los altibajos del suelo —continuó Diana—. Y los escalones que hay antes de entrar en este comedor, así como en la cocina.

Eso era precisamente lo que desagradaba a la señorita Pimienta. Era bastante corta de vista y en aquella casa antigua tropezaba por todas partes. ¡Sin embargo, esperaba llegar a acostumbrarse!

—Ese té es «imponente» —dijo Roger en tono aprobador—. ¿Hizo los bollos, señorita Pimienta?

—Pobre de mí, no..., no soy buena cocinera —replicó el aya—. Los hizo la señora Redondo. Es una mujer del pueblo que vendrá cada día a guisar y hacer la limpieza.

—¿Es como su nombre? —preguntó Diana en el acto.

La señorita Pimienta reflexionó.

—Pues, sí —repuso—. Es bastante gruesa... y desde luego tiene la cara redonda. Sí..., la señora Redondo es un nombre muy apropiado para ella.

Los niños inspeccionaron la casa después de tomar el té... y vaya si fue bueno con mermelada y miel, bollos y un gran pastel de frutas.

—Ésta es la clase de pastel de frutas que me gusta —dijo Diana sirviéndose por tercera vez—. No tienes que mirar si hay un pedazo de fruta en tu ración..., los encuentras por todas partes.

—Eres una golosa, Di —dijo Roger.

—Siempre se es goloso a vuestra edad —intervino la señorita Pimienta—. Claro que unos niños son más glotones que otros.

—¿Yo soy glotona? —quiso saber Diana.

—Algunas veces —dijo el aya y los ojos le brillaron detrás de los lentes.

Roger exclamó al ver la cara indignada de su hermana:

—Señorita Pimienta. Di es capaz de comerse una lata entera de leche condensada —empezó a decir, recibiendo un puntapié por debajo de la mesa.

—Yo también lo hice una vez —repuso el aya, dejándoles muy sorprendidos.

Los niños la miraron. Era casi imposible imaginar a la delgada y pulcra señorita Pimienta con la voracidad suficiente para devorar una lata entera de leche condensada.

—Vamos, terminad de merendar —dijo la señorita Pimienta—. Quiero deshacer vuestro equipaje.

Mientras la señorita Pimienta deshacía los baúles que enviaron desde el colegio, lanzando exclamaciones de horror al ver los trajes sucios y los desgarrones y rotos de

la mayor parte de la ropa de Diana, ellos fueron de exploración. Cualquiera hubiese imaginado que la niña se pasaba todo el tiempo trepando a los árboles a juzgar por el estado de sus vestidos. El aya pensó en el baúl de Chatín que llegaría al día siguiente y se estremeció. ¡La verdad es que los niños de hoy en día son imposibles!

—¿La vieja mansión está vacía? —preguntó Roger aquella noche—. La hemos visto desde lejos. No sale humo de sus chimeneas. Parece un lugar muerto.

—Sí. Creo que lo está —replicó el aya—. Roger, ¿dónde están todos los calcetines que te llevaste al colegio? En la lista dice que fueron ocho, pero sólo encuentro un par muy sucio y lleno de agujeros.

—Llevo otro par puesto —repuso Roger—. Y ya son dos pares.

—Señorita Pimienta, ¿podemos ir a ver si la antigua casona está deshabitada? —preguntó Diana.

—No, de ninguna manera —replicó el aya—. Diana, en tu lista dice que te llevaste cuatro blusas...

Diana echó a correr. Es terrible la manía que tienen las personas mayores de examinar y preguntar por la ropa en cuanto se regresa del colegio. Ella y Roger corrieron escaleras arriba. Y luego, de puntillas, bajaron por la escalera posterior que daba al jardín.

La señorita Pimienta subió al piso de arriba al cabo de unos minutos con otra lista de preguntas..., pero ellos habían desaparecido misteriosamente. Echó un vistazo a la habitación de Diana y lanzó un gemido. ¿Cómo era posible que una niña convirtiera una estancia perfectamente ordenada en aquel revoltijo una hora después de haber tomado posesión de ella? No podía creerlo.

Aquella noche, cuando subieron a acostarse, Roger estaba muy satisfecho.

—Éste va a ser un sitio «imponente» para encontrar pájaros —le explicó a su hermana—. Y también hay tejones... por aquí cerca. Me lo dijo ese viejo que encontramos. Una de estas noches me quedaré en vela algunas horas para verlos.

—¡Pues no me des vela en ese entierro! —exclamó Diana, esquivando el manotazo que quiso darle Roger por su respuesta.

—Te pareces a Chatín —le dijo—. Siempre diciendo tonterías y chistes malos. ¡Por amor de Dios, deja eso para él!

Sus dormitorios estaban uno a continuación del otro al lado del descansillo, y daban a la parte posterior de la casa. La señorita Pimienta dormía en la planta baja, donde había también otras dos habitaciones.

—Mañana tendremos que ir a esperar a Chatín —dijo Roger, gritando desde su dormitorio mientras se desnudaba.

—Sí. Iremos andando hasta la estación —repuso Diana, esparciendo toda su ropa por el suelo, aun sabiendo que tendría que levantarse de la cama para recogerla en cuanto fuera la señorita Pimienta a darle las buenas noches—. Está sólo a dos

kilómetros. Será un buen paseo, y podemos regresar en el autobús si Chatín trae demasiadas cosas.

El día siguiente amanecía espléndido. El tren de Chatín debía llegar a las doce y media.

—Iremos a esperarle —dijo Roger a la señorita Pimienta—. No es necesario que usted venga, señorita. Supongo que tendrá muchas cosas que hacer.

A las doce salieron hacia la estación, decidieron que el camino más corto sería atravesando la finca de la antigua casona. Se horrorizaron al ver lo descuidado que estaba todo. Incluso los senderos iban desapareciendo entre la maleza que crecía por todas partes. Sólo un camino ancho parecía haber sido conservado, y ahora amenazaban interceptarlo las telarañas.

—Es extraño —comentó Diana—. El dueño de este lugar debiera mantenerlo bien cuidado para poderlo vender a buen precio, si es que no tiene intención de vivir aquí. Cielos, ¿cómo vamos a pasar por entre esas zarzas? Voy a destrozarme las piernas.

De cuando en cuando, mientras caminaban por la extensa heredad, veían la casa entre los árboles. Desde luego parecía muerta y desolada. A Diana no le gustó.

—Vaya, no siento muchas ganas de explorarla —dijo—. Estará llena de arañas y bichos, y se oirán ruidos y habrá corrientes de aire por todas partes. Es un lugar horrible.

Al fin salieron de la finca y llegaron al pueblo. Se detuvieron para tomar un helado en el pequeño bazar.

—Ah..., vosotros sois los nuevos inquilinos de Villa Rockingdown —dijo la mujer que les atendió—. Es un lugar antiguo y muy bonito. Recuerdo a la anciana señora Rockingdown, que fue a vivir allí cuando su hijo trajo a su esposa de Italia. Aquéllos fueron días grandes..., fiestas, bailes, cacerías y diversiones. Ahora todo está muerto y acabado.

Los niños la escucharon con interés mientras comían sus helados.

—¿Dónde fue entonces la familia? —preguntó extrañado Roger.

—El hijo de la señora Rockingdown fue muerto en la guerra y su esposa falleció de un ataque al corazón —repuso la anciana—. La finca pasó a un primo que nunca vivió allí, pero la alquilaba. Luego la incautaron durante la guerra y nunca se supo qué clase de trabajos secretos se llevaron a cabo en ella. Claro que ahora eso ha terminado... y desde entonces la casona ha estado deshabitada. Nadie la quiere..., es tan grande e incómoda. ¡Ah..., pero fue muy bonita en otros tiempos... y más de una vez había ido a ayudar cuando daban una fiesta!

—Tenemos que marcharnos —dijo Roger a Diana—. O vamos a llegar tarde para recibir el tren. ¡Vamos!

Pagó los helados y salieron corriendo hacia la estación. Llegaron en el momento en que entraba el tren. Aguardaron en el andén a que Chatín y «Ciclón» se apearan.

¡Por lo general solían saltar juntos!

Se apearon una mujer que iba al mercado, y un granjero con su esposa, pero nadie más. El tren, con una ligera sacudida, se preparó para ponerse de nuevo en marcha. Roger corrió junto a él mirando a todos los vagones. ¿Se habría quedado dormido?

En el tren no quedaba más que un campesino y una joven con un niño.

El tren lanzó un chorro de vapor dándose importancia, y el único empleado de la estación se fue a comer. No llegaría ningún otro tren hasta dentro de dos horas.

Los niños tardaron algún tiempo en averiguarlo después de haber marchado el único empleado. No había nadie en la diminuta taquilla, ni en el despacho del jefe de estación; ni tampoco en la sala de espera.

—¡Vaya con Chatín! Ha perdido el tren —exclamó Diana—. ¡Es muy propio de él! Podía haber telefoneado avisando... y nos hubiéramos ahorrado todo ese camino para venir a esperarle.

Al fin encontraron una pizarra con el horario de los trenes, y Roger tardó sus buenos diez minutos en descubrir que no había más trenes hasta la tarde.

Miraron el reloj de la estación, que ahora señalaba la una y cuarto.

—Hemos perdido casi una hora buscando a Chatín y a alguien a quien preguntar por los trenes y luego descifrando el horario —dijo el niño con disgusto—. Vamos a casa. Si cogemos el autobús tal vez no lleguemos demasiado tarde. La señorita Pimienta dijo que haría la comida para la una... y que estuviéramos de regreso a la una y media si podíamos coger el autobús.

Pero no salía ningún autobús hasta al cabo de una hora y tuvieron que ir andando. El sol calentaba de firme y tenían hambre y sed. ¡Vaya con Chatín! ¿Qué podía haberle ocurrido?

Llegaron a casa a las dos... ¡y allí, sentado a la mesa y con aspecto satisfecho, estaba su primo Chatín!

—¡Hola! —les dijo—. ¡«Llegáis» tarde! ¿Qué os ha ocurrido?



Capítulo 3- Chatín... y «Ciclón».

Diana y Roger no sentían el menor deseo de saludar calurosamente a Chatín, pero «Ciclón» se abalanzó sobre ellos con tal violencia que casi tira al suelo a la niña. Salió de debajo de la mesa ladrando desaforadamente, para lanzarse sobre ellos.

—¡Eh..., aguarda un poco! —le dijo Roger muy contento de volver a ver a «Ciclón». El perro le lamió pródigamente, ladrando de alegría. La señorita Pimienta les miró enojada.

—¡Diana! ¡Roger! Llegáis tarde.

—¡«Vaya»! —dijo Diana, indignada—. Chatín no estaba en el tren... y esperamos y esperamos hasta averiguar a qué hora llegaba el tren siguiente. ¡No ha sido culpa «nuestra»!

—Ya hemos comido —dijo Chatín—. Tenía tanto apetito que no he podido esperar.

—Sentaos, Roger y Diana —exclamó la señorita Pimienta—. ¡Chatín, llama a «Ciclón», por lo que más quieras!

Roger y Diana obedecieron. «Ciclón» regresó junto a Chatín y empezó a acariciarle como si hiciese mucho tiempo que no le veía.

Sigue tan loco como siempre —dijo Diana, alargando su plato para que le sirvieran pastel de carne frío—. Chatín, ¿qué te ha «pasado»?

—Supongo que habréis llegado tarde para recibir el tren y no veríais a Chatín y «Ciclón» por el camino —dijo la señorita Pimienta—. Debería haber ido a recibirle. No puedo imaginar por qué no le habéis encontrado.

—Son algo distraídos —replicó Chatín aceptando otro plato de melocotón en almíbar con crema—. Quiero decir..., que hubiera podido pasar con «Ciclón» ante sus mismas narices sin que me vieran.

Diana le miró con disgusto.

—No seas tonto. No es posible que pasaras junto a nosotros y no te viéramos.

—Bueno, pero ¿qué otra cosa puede haber ocurrido? —dijo la señorita Pimienta—. Chatín, no quiero que «Ciclón» coma durante nuestras comidas. Si vuelves a darle algo, haré que permanezca fuera de la habitación mientras comemos.

—Arañaría la puerta —replicó Chatín—. Como le decía, mis primos son algo distraídos, señorita Pimienta. Imagínese que ni siquiera vieron a «Ciclón».

El perro saltaba excitado cada vez que oía mencionar su nombre, y la señorita Pimienta resolvió no volver a pronunciarlo..., se refería a él llamándole simplemente «el perro». ¡Oh, Dios santo...! Las cosas iban a resultar más difíciles todavía con aquel niño tan travieso y un perro tan excitable.

—Chatín, tú no llegaste en ese tren —dijo Roger, tranquilamente—. ¿Qué hiciste? Vamos..., cuéntanoslo... o nunca volveremos a esperarte.

—Me apeé en la estación anterior a Rockingdown —dijo Chatín—. El tren tenía que esperar allí tres cuartos de hora para el enlace, de manera, que tomé un autobús y estaba aquí a la una y cuarto. ¡Bien sencillo!

—¡Oh, Chatín! —exclamó el aya—. ¿Por qué no lo dijiste antes? Tus primos han sido tan amables de ir a esperarte... y tú lo que has hecho es hacerles llegar tarde a comer, hambrientos y agotados por el calor.

Diana miró a Chatín.

—Es el mismo de siempre —dijo a su hermano, como si su primo no estuviera allí—. El mismo cabello rubio, los mismos ojos verdes, las mismas pecas, la misma nariz respingona y la misma cara dura. Te aseguro que no sé por qué le soportamos.

—Bueno, yo también os aguanto a vosotros —replicó Chatín, arrugando su chata nariz y sonriendo como si su rostro fuera de goma, mientras sus ojos desaparecían bajo sus cejas rubias—. Siento haberos molestado, primos. Sinceramente, yo no sabía que iríais a esperarme. No estoy acostumbrado a esa clase de atenciones por vuestra parte. ¿Y tú, «Ciclón»?

«Ciclón» se levantó de un salto golpeando con sus patas las rodillas de Chatín, y

apoyando la cabeza en la mesa, lanzó un aullido prolongado.

—«Ciclón» quiere salir —dijo Chatín, que solía utilizar a «Ciclón» como excusa cada vez que quería marcharse—. ¿Podemos irnos «Ciclón» y yo a dar un paseo, señorita Pimienta?

—Sí —repuso el aya, contenta de poder librarse de los dos—. Déjale en el jardín cuando vuelvas a entrar, y sube arriba para ayudarme a deshacer tu baúl. Ha llegado esta mañana.

Diana y Roger terminaron de comer en paz, y el niño sonrió para sus adentros. ¡Qué tonto era Chatín..., pero resultaría más divertido tenerle allí... y también a «Ciclón»! Diana contemplaba tristemente el melocotón en almíbar que tenía en el plato. No estaba contenta. Hubiera preferido tener a Roger para ella sola. Chatín admiraba a su hermano y deseaba estar con él, por eso hubiera querido poder echarle lejos.

Aparte de que Chatín encontró en el jardín una libélula de gran tamaño que insistió en colocar sobre la mesa a la hora del té ante el horror de la señorita Pimienta, y de que había confundido su baúl con el de otro niño, el primer día transcurrió pacíficamente.

Chatín y «Ciclón» lo estuvieron explorando todo. Al niño no le gustaba que le «enseñaran las cosas», prefería verlas por sí mismo y hacer su gusto. Era muy inteligente y ejercitaba constantemente su cerebro con trucos, chistes y tonterías. Le adoraban todos los niños traviosos, y era su cabecilla natural..., así como la desesperación de todos los maestros, que parecían ponerse de acuerdo en sus comentarios mordaces acerca de su trabajo y su peculiar comportamiento.

Sus bromas y travesuras eran interminables. Todo su dinero lo gastaba en helados, chocolatines... o en una nueva broma. Era Chatín quien gastaba la broma del lápiz a todos los maestros..., un lápiz cuya punta se doblaba porque era de goma..., que desaparecía en cuanto el incauto profesor trataba de escribir con él... o que se clavaba en el suelo y no podía cogerse.

Y era Chatín quien arrojaba al fuego píldoras malolientes, que al quemarse producían un terrible olor a pescado podrido, y quien trepaba hasta la punta de la torre del colegio sin caerse. ¡Las culpas siempre para Chatín..., aun cuando no lo hiciera él! Pero no le importaba. Aceptaba los castigos, merecidos o no, con entereza y resignación. Y siempre confesaba cuando le sorprendían.

—Es un niño travioso con buen fondo —decía el director del colegio—. Es una pena que no tenga padres. De tenerlos, se portaría mejor por no disgustarles. Será un buen chico..., pero entretanto es insoportable.

A Chatín le entusiasmó Villa Rockingdown, el jardín y los alrededores de la vieja casona. En la finca había múltiples lugares donde esconderse con «Ciclón». Podrían jugar a su sabor a piratas, a naufragios y pieles rojas bajo los espesos matorrales y en

las capas de los árboles..., ya que a «Ciclón» no le importaba que le subieran a los árboles sujetándole por el collar. En realidad, no le importaba en absoluto a dónde le llevaran con tal de estar con su amo. Incluso había permanecido una hora en el interior de un cubo de basura maloliente esperando a que Chatín gastara su broma al hijo del carnicero.

Chatín se propuso explorar la vieja casona. Podía estar cerrada con llave y cerrojo, pero él conseguiría entrar de un modo u otro. Si Di y Roger le acompañasen, mejor..., si no, iría solo. Aunque esperaba que por lo menos Roger quisiera acompañarle..., era estupendo. Diana era un estorbo..., pero en su opinión todas las niñas lo eran.

Fue un golpe terrible para Chatín el saber que tendrían que estudiar durante aquellas vacaciones. Diana le dio la noticia aquella noche.

—¿Sabes que tendrás que estudiar durante estas vacaciones, Chatín? —le dijo—. El señor Young va a venir a darte clase.

Chatín la contempló horrorizado.

—No te creo —dijo al fin—. No pueden hacerme eso..., ¡estudiar durante las «vacaciones de verano»! Nunca oí nada semejante.

—Bueno, pues tendrás que creerlo —insistió Diana—. Papá lo ha dispuesto así. Roger tiene que repasar el latín y las matemáticas, y yo el francés y el inglés.

—¿Y yo qué es lo que debo repasar? —preguntó Chatín con aire triste.

—Oh, yo creo que querrás repasarlo todo —dijo Diana—. Todavía no te sabes bien las tablas, ¿verdad, Chatín? ¿Y qué tal va tu ortografía?

—Está bien. Te arrepentirás por haber dicho eso —exclamó Chatín—. ¿Qué te parece si pongo un par de gusanos debajo de tu almohada?

—Si empiezas a hacer esas tonterías otra vez, te daré una azotaina hasta que pidas perdón —dijo Diana—. ¡Soy mucho mayor que tú, mocoso!

Esto era cierto. Chatín no estaba muy desarrollado para su edad. En realidad aún no había empezado a crecer, y Diana era una niña robusta y muy capaz de hacer lo que decía.

«Ciclón» apareció revolcándose por el suelo y Chatín le dio un puntapié. El perro se levantó y fue a buscar algo que trajo al recibidor.

—Oh..., ha cogido mi cepillo. Chatín, quítaselo. ¡De prisa!

—¿Por qué? Tú nunca lo usas, ¿no es cierto? —repuso Chatín, vengándose abiertamente de su prima por sus frases de pocos minutos antes—. ¿Para qué lo quieres? Deja que «Ciclón» juegue con él.

El cepillo fue rescatado y «Ciclón» recibió unos cuantos golpes que Diana le propinó con él. Se escondió debajo de una mesa, mirándola muy tristemente con sus enormes ojos castaños.

—Has herido sus sentimientos —le dijo Chatín.

—Me hubiera gustado lastimarle algo más —replicó la niña—. Ahora tendré que lavar el cepillo. ¡Maldito «Ciclón»!

—Hay cosas peores —dijo Chatín con desmayo—. ¡Imaginaos..., estudiar con el señor Young! ¡No puedo imaginar nada peor!



Capítulo 4- Cambio de planes

Más, a pesar de todo, el señor Young no fue a dar clase a los tres niños. Dos días más tarde, cuando Roger, Diana y Chatín habían colocado sus libros sobre la mesa de la sala de estudio, afilado sus lápices y preparado sus plumas, sonó el teléfono.

—Yo contestaré, señorita Pimienta. ¡Yo contestaré! —gritó Chatín, a quien le encantaba ponerse al teléfono y fingirse una persona mayor.

Los demás escucharon preocupados. Probablemente sería el carnicero diciendo que no podía enviar la carne, y alguno de ellos tendría que ir a buscarla.

—Sí. Aquí Villa Rockingdown —oyeron decir Chatín—. Oh..., ¿quién? Oh, ¿la señora Young? Oh, sí, desde luego. Sí, puedo dar todos los recados que usted quiera. Desde luego, desde luego. Vaya, vaya, sí que es lamentable. No sabe «cuánto» lo siento. ¡Y pensar lo repentinamente que ocurren estas cosas! ¿Y está ya mejor? Es «maravilloso», ¿no le parece? Tiene usted toda mi simpatía, señora Young..., debe haber sido terrible para usted. Sí, sí, daré el recado. Desde luego. «Adiós».

Cuando hubo terminado, Diana y Roger estaban ya en el recibidor atraídos por la

conversación de Chatín.

—¿Quién era? ¿Qué estabas diciendo? ¿Quién pretendías ser, Chatín? —le preguntó Diana.

—Nadie. Sólo trataba de ser amable y servicial —dijo Chatín, radiante—. ¡El señor Young tiene apendicitis y «no vendrá»! ¿Qué me decís a esto?

Los otros le miraron.

—Diantre..., ¡no imaginamos lo que estabas haciendo al hablar por teléfono tan estúpidamente! —dijo la niña.

—No he hablado estúpidamente, sino como las personas mayores —replicó Chatín—. Os aseguro que siento mucho lo que le ha ocurrido al pobre señor Young..., ya sabéis..., tendrá que ir al hospital y todo eso.

—No es cierto —dijo Roger—. Siempre estás diciendo que la apendicitis no es nada, que tú la tuviste y disfrutaste. Pero yo me pregunto..., ¿acaso ahora no tendremos clases? Claro que será muy molesto para la señora Young..., pero a nosotros nos resuelve el problema. Ahora podremos divertirnos.

«Ciclón» ladraba excitado en el momento en que la señorita Pimienta bajaba la escalera.

—¿Qué es tanto alboroto? ¿Quién ha llamado por teléfono? Espero que no fuera otra vez el carnicero.

—No. Era la señora Young —repuso Chatín—. El señor Young está en el hospital con apendicitis, señorita Pimienta, no vendrá a darnos clase.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! «Cuánto» lo siento por la pobre señora Young —dijo la señorita Pimienta con el mismo tono que Chatín empleara por teléfono—. Vaya..., eso nos plantea un nuevo problema.

—¿«Sí»? —dijo Diana, asombrada—. A nosotros nos pareció que nos lo solucionaba.

—¡Oh, no, Dios mío! —replicó la señorita Pimienta en el acto—. Habrá que buscar a alguien que os dé clase. Aunque no sé quién. Repasaré mi lista de profesores. Chatín, ordena a «Ciclón» que deje de morder esa alfombra. Ya queda menos de la mitad desde que llegó, y me gustaría que dejara siquiera un «poco».

—Se cree que es un conejo..., ya ve usted que es una alfombra de piel —repuso Chatín.

—No me importa lo que crea —replicó el aya—. Ya has oído lo que te he dicho. Llévate a «Ciclón» fuera de aquí en seguida. Ya empiezo a cansarme de él. Estoy pensando en comprar un látigo bien fuerte.

Chatín la contempló horrorizado. ¡Pegar a «Ciclón»! ¡No era posible que nadie se atreviera! ¡Pegarle con la mano, bueno..., pero sacudirle con un látigo!

—Se ha llevado el cepillo de la señora Redondo, y lo ha dejado no sé dónde. Ha entrado dos veces en la despensa. Ha amontonado todas las alfombras pequeñas en el

descansillo de la escalera... y si vuelvo a atraparle otra vez debajo de mi cama, «compraré ese látigo» —dijo la pobre señorita Pimienta.

«Ciclón» estornudó de pronto, pareciendo muy sorprendido. Siempre le sorprendían sus estornudos. Volvió a estornudar.

—¿Y ahora qué le pasa? —preguntó la señorita Pimienta—. ¿Qué significan esos estornudos?

—Demasiada pimienta —dijo Chatín, en el acto—. Eso es lo que ocurre..., demasiada pimienta... y se le ha metido en la nariz. Se respira muchísima pimienta estos días.

El aya le miró fríamente.

—No seas grosero, Chatín —le dijo, entrando en el comedor.

Roger rió y Chatín hizo, al mismo tiempo, una graciosa mueca.

—Estornudemos cuando la señorita Pimienta se ponga picante —dijo—. Y entonces dejará de reñirnos. «Ciclón», vete. Te vas a «complicar» la vida si sigues apoderándote de los cepillos de la señora Redondo. Además, no debes hacerlo. Es muy simpática.

La señora Redondo apareció en aquel preciso momento.

Desde luego hacía honor a su nombre, y su rostro resplandecía como la luna llena, roja y redonda.

—¡Ese perro tuyo... —comenzó—, pues no se ha llevado mi cepillo! Y si le persigo con la escoba, se cree que quiero jugar con él. «Ciclón» lleva por nombre y es un ciclón por naturaleza.

—¿Qué tenemos hoy de postre, señora Redondo? —preguntó Chatín, cambiando de tema con su inteligencia acostumbrada—. ¿Va a hacernos uno de sus maravillosos pasteles? Sinceramente, desearía que viniera a guisar a nuestro colegio. Los niños la vitorearían cada día por sus excelentes platos.

La señora Redondo sonrió satisfecha, acariciando sus cabellos rubios.

—¡Oh, no seas zalamero! —le dijo con su agradable acento campesino—. Si no permites que tu perro se acerque a mi cocina, podré prepararos pasteles con mermelada de frambuesa.

—¡«Ciclón»! No te atrevas a entrar en la cocina de la señora Redondo —dijo Chatín en tono severo. «Ciclón» bajó el pequeño fragmento de rabo, y agachándose humildemente, se acostó junto a su amo.

—Es un farsante —exclamó Diana—. ¡Sabe fingir tan bien como tú, Chatín!

La señorita Pimienta apareció en el recibidor.

—¿Todavía estáis aquí? —dijo a «Ciclón», que salió corriendo en dirección a la puerta. Luego el aya volvió para dirigirse a los niños—. Voy a telefonar a uno de los profesores que conozco para ver si alguno puede venir. Ahora id a recoger vuestros libros. Desde luego hoy no habrá clase.

Recogieron sus libros con gran satisfacción. La señorita Pimienta estuvo telefoneando un buen rato y luego entró en la sala de estudio.

—Es inútil —dijo—. Ahora todo el mundo está comprometido, o se ha marchado ya. Tendré que poner un anuncio en el periódico.

—Oh, no se moleste, señorita Pimienta —repuso Roger—. ¡Es terrible el trabajo que le está dando todo esto! Estoy seguro de que papá no desea que se afane usted tanto.

—Pues te equivocas, Roger —replicó la señorita Pimienta, comenzando a redactar el anuncio que echó al correo ante el disgusto de los niños.

—Dios sabe quién vendrá ahora —dijo Diana muy pesarosa—. Por lo menos, ya «conocíamos» al señor Young... y sabíamos que dejándole hablar no teníamos que trabajar gran cosa. ¡Qué fastidio!

Durante los tres días siguientes los niños tuvieron libertad para hacer lo que quisieran. Descubrieron la escuela de equitación, y el aya les preparó una excursión de todo un día, y dos paseos de una hora. Fue muy divertido. «Ciclón» era el único que no estaba conforme. Le molestaba que Chatín y sus primos se fueran a caballo, porque más pronto o más tarde no podía seguirles y se iba quedando rezagado. El perro del establo, un enorme perro pastor, le seguía durante todo el paseo con facilidad y se burlaba del pobre «Ciclón».

También encontraron el río y alquilaron un bote. Todos nadaban como peces, de manera que a la señorita Pimienta no le preocupaba que anduvieran chapoteando. Exploraron los alrededores, buscando flores, pájaros y escarabajos raros. Por lo menos los dos niños..., a Diana no le divertía la búsqueda de pájaros y flores... y «les seguía con aire triste», como decían los niños, admirando los encantos del campo..., el aroma de la madreSelva, el azul de las campanillas, la actividad del picamaderos, y el relámpago azul del martín pescador cuando pasaba ante ellos cantando invariablemente «ti-ti-ti».

Al tercer día Chatín despertó el enojo de sus primos. Diana hallábase sentada junto a la orilla del río, observando de nuevo al martín pescador, y Roger tendido de espaldas con el sombrero tapándole los ojos, escuchaba el fuerte piar de los gorriones que volaban sobre el agua cazando moscas.

Chatín no estaba a la vista. Había ido a observar a unos conejillos que habían salido a jugar a la luz del día, y regresó inesperadamente.

—¡Vaya! ¿Sabéis lo que acabo de ver?

—Una mariposa de col —sugirió Diana.

—Un diente de león —dijo Roger, sin moverse.

—¡Un «mono»! —exclamó Chatín—. Sí, reíros, pero yo os aseguro que era un «mono».

—No intentes «colarnos» una de tus fantásticas historias —dijo Roger—.

Nosotros no vamos a párvulos como tú.

—Escuchadme..., os digo que «he visto» un mono —repitió Chatín—. No es ninguna historia fantástica. Estaba en la copa de un árbol y se columpiaba hasta que me vio y desapareció. «Ciclón» no le vio..., pero lo ha olido. Pude ver cómo husmeaba más que nunca.

Diana y Roger dejaron de escucharle. Chatín siempre tenía tantas maravillas que contar... ¡y ésta debía ser una de ellas! Diana quiso hacerle callar.

—Sois unos incrédulos —dijo Chatín con disgusto—. Vengo a deciros con toda solemnidad y sinceridad que acabo de ver un mono estupendo y os ponéis a hablar del martín pescador.

Nadie replicó. Chatín estaba resentido.

—Está bien..., me voy solo. ¡Y esta vez no pienso volver a avisaros aunque vea un «chimpancé»!

Se alejó con «Ciclón». Roger lanzó un ligero ronquido..., se había quedado dormido. Diana apoyó la barbilla sobre sus rodillas y su larga espera se vio recompensada. El martín pescador fue a posarse en una rama frente a ella, aguardando a que pasara un pez bajo el agua transparente.

Chatín caminaba disgustado por el bosque. «Ciclón» trotaba tras él filosofando acerca de los conejos que habitaban en agujeros demasiado pequeños para que pudiera entrar un perro. De pronto se detuvo gruñendo roncamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Chatín—. Oh..., ¿es que viene alguien? Ahora lo oigo. Ojalá tuviera unas orejas como las tuyas, «Ciclón», aunque no sé cómo te las arreglas para oír si te tapan los oídos...

Alguien se acercaba por el bosque silbando quedamente. «Ciclón» volvió a gruñir, y entonces Chatín vio al recién llegado. Era un muchacho de unos catorce o quince años, muy tostado por el sol. Sus cabellos tenían el color del trigo, y sus ojos eran tan azules que causaban asombro. Los tenía muy separados y sombreados por unas pestañas muy espesas y oscuras. Su boca era grande y la entreabrió en una sonrisa amistosa al ver a Chatín.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Has visto un mono?



Capítulo 5- Nabé y «Miranda».

Aquella fue la primera vez que uno de los tres niños veía al extraño muchacho que iban a conocer tan bien. Chatín miró fijamente sus brillantes ojos azules y su amistosa sonrisa. Aquel muchacho le agradaba intensamente, sin saber por qué.

—¿Has perdido la lengua? —le dijo el muchacho—. Pues bien, yo he perdido mi mono. ¿Le has visto por alguna parte?

Aquel niño hablaba de un modo nunca oído por Chatín. Tenía un ligero acento americano, y, sin embargo, parecía extranjero..., español... o italiano, ¿qué sería? No parecía inglés, a pesar de sus ojos azules y cabellos rubios.

Chatín encontró su lengua.

—¡Sí! —exclamó—. He visto un «mono». Le vi hará cosa de cinco minutos. Te llevaré al sitio donde le vi.

—Ya —dijo el muchacho—. Es una monita, y se llama «Miranda».

—¿Es tuyo de veras? —preguntó Chatín—. Siempre he deseado tener un mono, pero sólo tengo un perro.

—Es muy bonito —dijo el muchacho acariciando a «Ciclón» que en el acto se tumbó patas arriba moviendo las patas en el aire como si fuera en bicicleta.

—Es muy inteligente —continuó el muchacho—. ¿Por qué no le consigues una bicicleta pequeña? —dijo, volviéndose a Chatín—. Mira cómo pedalea patas arriba. Proporcionale una bicicleta con cuatro pedales y podrás ganar una fortuna con él. ¡El único perro del mundo que monta en bicicleta!

—¿Lo dices de veras? —preguntó Chatín con ansiedad, ya que estaba siempre dispuesto a creer cualquier maravilla referente a «Ciclón».

El muchacho rió.

—No. Claro que no. Vamos, ¿dónde está ese árbol? Tengo que encontrar a «Miranda»... ¡Hace una hora que se ha marchado!

«Miranda» estaba en el árbol contiguo al que ocupara cuando la vio Chatín por primera vez. El muchacho lanzó un silbido y la mona bajó por el tronco como una ardilla yendo a refugiarse en brazos de su amo mientras éste la acariciaba y reñía a un tiempo.

—¿No sabes? —le dijo Chatín, procurando apartar al excitado «Ciclón» de la monita—. ¿No sabes que hablé a mis primos de tu monita y se negaron a creerme? ¿Quieres que les gastemos una pequeña broma?

—Si es tu gusto... —dijo el muchacho, volviendo sus ojos azules hacia Chatín y contemplándole divertido—. ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Pues..., ¿podrías hacer que «Miranda» se posara alrededor de mis primos y luego volviera contigo? —preguntó Chatín con ansiedad—. Entonces yo podría acercarme y cuando me dijeran que ellos también habían visto un mono, fingiría no creerles como no «me» creyeron «a mí».

—No es gran cosa —dijo el muchacho—. Diré a «Miranda» que salte sobre ellos desde un árbol y luego regrese. Así les asustará un poco.

—¿«Podría» hacerlo? —dijo Chatín.

—¡Ya lo verás! —exclamó el muchacho—. ¿Dónde están tus primos? Vamos..., les sorprenderemos. Pero no deben descubrirnos.

Camaron hacia el río. Chatín hizo que «Ciclón» se tumbara sobre la hierba, y señaló a Diana y Roger. Su acompañante hizo un gesto de asentimiento, y dijo algunas palabras al oído del mono que le contestó con un alegre parloteo antes de alejarse entre los árboles. Los dos niños aguardaron. «Ciclón» parecía sorprendido por la rapidez con que la monita trepaba por los árboles. Los gatos lo hacían, pero aquel bicho no olía a gato.

«Miranda» fue a colocarse en el árbol bajo el que dormía Roger con el sombrero sobre la cara. Saltó hacia delante y cayó precisamente encima del niño. Diana se volvió asombrada, y los ojos casi se le salen de las órbitas al ver a «Miranda» sobre su hermano, y luego trepar al árbol y desaparecer.

Roger se despertó sobresaltado, incorporándose rápidamente.

—¿Qué es lo que ha caído sobre mí? —preguntó asustado a Diana.

—Un mono —replicó la niña—. Un monito castaño.

—Oh, no empieces tú también —repuso el niño enojado—. Cualquiera diría que este sitio está lleno de monos a juzgar por lo que Chatín y tú habláis de ellos.

—Pero, Roger..., de veras, «era» un mono —insistió su hermana.

—¡Tú y Chatín podéis continuar diciendo todo el día que veis monos, que yo no lo creería aunque viera uno! —exclamó Roger.

¡Y en aquel preciso momento vio a «Miranda»! La vio sentada en el hombro del niño forastero que se aproximaba con Chatín sonriendo satisfecho.

Roger no tuvo más remedio que creer en el mono. Estaba asombrado.

—¿Es tuyo ese mono? —preguntó al muchacho—. ¿Está amaestrado?

—Claro —repuso el muchacho—. ¿No es cierto, «Miranda»?

«Miranda» parloteó poniendo su pequeña manita morena en el cuello del muchacho.

—No me hagas cosquillas —le dijo su amo sonriente—. Saluda a estos niños y demuestra que eres una monita educada.

«Ciclón» permaneció con la boca abierta mientras «Miranda» alargaba su pequeña manita permitiendo que Roger, Diana y Chatín la estrecharan. El muchacho se sentó junto a ellos, y «Ciclón» quiso ir contra «Miranda». Estaba muy celoso.

Veloz como el rayo, la mona saltó del hombro de su amo al lomo de «Ciclón», agarrándose fuertemente para que no pudiera tirarla hasta que el perro comenzó a revolcarse por el suelo. Los niños rieron de buena gana al ver el ataque de la mona.

—Pobre «Ciclón»..., nadie había intentado matarle hasta ahora —dijo Diana—. ¿Cómo dijiste que se llamaba..., «Miranda»? ¡Qué nombre más curioso para una mona!

—¿Por qué? —preguntó el muchacho—. Me pareció muy bonito la primera vez que lo leí, y le sienta muy bien a «Miranda»..., «ella» también es bonita.

Ninguno de los tres niños consideraba que «Miranda» fuese bonita, pero les parecía simpática y divertida. Sin embargo, estaban acostumbrados a que los propietarios de animales domésticos les considerasen bonitos y maravillosos, aunque la mayoría no lo sean.

—Es muy lista —dijo el muchacho cuando «Miranda» empezó a dar volteretas a toda prisa—. Sabe hacer muchísimas cosas. «Miranda», ahora volatines.

«Miranda» empezó a girar sobre sus manos y pies sin parar. «Ciclón» la contemplaba con aire solemne. Ningún gato hubiera sido capaz de aquello.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Roger, simpatizando con aquel muchacho tan rápidamente como lo hiciera Chatín desde el primer momento.

—Nabé... es el diminutivo de Bernabé... —le respondió el chico.

—¿Dónde vives? —quiso saber Chatín.

El muchacho vaciló.

—Actualmente en ningún sitio —les dijo—. Voy de aquí para allá.

Aquello era sorprendente.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que viajas a pie? —le preguntó Diana.

—Puedes llamarlo así —repuso el muchacho.

—Bueno, ¿dónde está tu «verdadera casa»? —insistió Chatín—. ¿Debes tener una «casa»!

—No molestes a Nabé —dijo Roger, viendo que el niño vacilaba de nuevo—. Eres un preguntón, Chatín.

—No tiene importancia —dijo Nabé, acariciando el lomo de «Miranda»—. En realidad ando buscando a mi padre.

Aquello era muy extraño.

—¿Es que tu padre no sabe dónde estás? —quiso saber Chatín.

—Mi madre ha muerto —replicó Nabé—. Murió el año pasado. No quiero hablar de esto, ¿comprendéis? No sé mucho de ella ni de mí mismo, pero estoy tratando de averiguarlo. Mi madre era una artista..., ¿sabéis?, que viajaba en un circo, de feria en feria, y cosas parecidas. Era maravillosa domesticando animales. Yo creía que mi padre había muerto..., pero poco antes de morir mi madre me dijo que probablemente vivía. Él era actor..., representaba obras de Shakespeare... y mi madre le abandonó a los tres meses de casados. Él no sabe nada de mí.

—No nos cuentes todo eso —dijo Roger, asombrado—. Son cosas tuyas.

—Deseaba hablar con alguien —repuso Nabé, mirándoles con sus maravillosos ojos azules—. Pero no tengo con quién. Pues bien, cuando murió mi madre me sentí tan solo que no era capaz de hacer nada. Así que decidí marcharme por mi cuenta..., con «Miranda», naturalmente... y ver si encontraba a mi padre. Me gustaría saber que «alguien» me pertenece, aunque tal vez me desilusionara.

—Yo no tengo padre ni madre —dijo Chatín—. Pero tengo suerte. Mi familia es muy numerosa y todos se portan muy bien conmigo. Me disgustaría no tener a nadie..., más que a «Ciclón».

Diana no podía imaginar lo que sería la vida sin su madre, y compadeció a Nabé.

—Entonces, ¿qué haces para ganarte la vida? —le preguntó.

—Oh, pues voy de un lado a otro —replicó el niño—. Siempre encuentro trabajo en los circos o en las ferias para ganar algún dinero. He aparecido muy a menudo en las pistas de los circos con «Miranda». Acabo de dejar la feria de Northcotling. Ahora estoy libre. Lo que quisiera es poder leer algunas obras de Shakespeare. ¿No podríais prestarme algunas?

Chatín no podía comprender que nadie deseara leer a Shakespeare. Diana lo entendió en seguida.

—¿Quieres conocer las obras que representa tu padre... o solía representar! —dijo—. ¡Deseas saber lo que le gustaba y los papeles que hacía en el teatro!

—Eso es —repuso Nabé complacido—. Sólo he leído una de ellas, se trata de una tormenta y un naufragio. En ella encontré el nombre de «Miranda».

—Oh, sí, «La Tempestad» —exclamó Roger—. Es bastante buena para empezar. ¿De verdad quieres leer a Shakespeare? Te será muy difícil. Si lo dices de verdad, yo te dejaré algunas.

—Gracias —dijo el niño—. ¿Dónde vives?

—En Villa Rockingdown —repuso Roger—. ¿Sabes dónde está?

Nabé asintió.

—¿Dónde duermes «tú» ahora? —le preguntó Diana curiosa. Le parecía extraño que alguien no tuviera cama donde pasar la noche.

—Oh..., con este buen tiempo duermo en cualquier parte —dijo Nabé—. Bajo un pajar..., en un granero..., incluso en un árbol con «Miranda» si me ato bien.

Diana miró su reloj lanzando una exclamación:

—¿Sabéis qué hora es? Las cinco y cuarto. ¡La señorita Pimienta estará furiosa y preocupada!

Se pusieron en pie.

—Si pasas por casa y silbas, te oiremos y saldremos a verte —dijo Roger—. Te buscaré esos libros.

—Os veré mañana —dijo Nabé mirándoles marchar con sus ojos azules y su simpática sonrisa. Les dijo adiós con la mano, y «Miranda» le imitó.

—Me gusta muchísimo —dijo Chatín—. ¿Y a ti, Roger? ¿Te has fijado en sus ojos? Tiene una mirada extraña..., no sé si me entiendes.

Sí que le entendía. Había algo extraño en Nabé..., algo que hablaba de soledad y abandono... y, no obstante, tenía una risa alegre y contagiosa, y los modales más naturales del mundo.

—Espero que le veamos a menudo —dijo Roger.

No necesitaba preocuparse por eso..., iban a verle mucho más a menudo de lo que se figuraban.



Capítulo 6- El señor King... y una idea excitante

Lo que ocurrió a continuación fue que la señorita Pimienta encontró un profesor para los tres. Estaban ayudando a la señora Redondo a recoger el servicio del desayuno cuando llegó. Hizo sonar el timbre y golpeó la puerta con el aldabón hasta que la señora Redondo corrió a abrirle.

—Es un caballero que desea ver a la señorita Pimienta —anunció a los niños—. Se llama King.

Diana corrió en busca de la señorita Pimienta, quien llevó al señor King a la sala de estudios donde permanecieron algún tiempo. Luego abrió la puerta y llamó a los tres niños.

—Señor King, estos son los niños de los que le hablé..., son primos..., éste es Roger, ésta es Diana y éste, Pedro.

Roger y Diana se miraron sorprendidos al oír llamar Pedro a Chatín. Habían olvidado por completo cuál era su verdadero nombre. El señor King les sonrió. Era un hombre corpulento y erguido de unos treinta y cinco a cuarenta años, con cabellos que empezaban a encanecer, y una boca que denotaba energía.

—No tienen mal aspecto —dijo a la señorita Pimienta que sonrió.

—Las apariencias engañan algunas veces —le dijo—. Niños, éste es el señor King. Después de llegar a un acuerdo va a venir a daros clases como desean vuestros padres.

Aquello no les gustó, y la sonrisa se desvaneció en los labios de los niños, que le contemplaron atentamente. El señor King sostuvo su mirada. ¿Les gustaba o no...? Chatín decidió que no. Diana no estaba segura. Roger pensó que tal vez le agradara más cuando le conociera mejor. El corazón le dio un vuelco al pensar en tener que estudiar día tras día, ahora que acababan de acostumbrarse a la hermosa libertad de aquellos días.

—El señor King empezará las clases el lunes próximo —dijo la señorita Pimienta.

—¿Y «Ciclón» podrá quedarse con nosotros? —preguntó Chatín.

El señor King pareció algo sorprendido.

—Er..., ¿quién es «Ciclón»? —dijo, preguntándose si sería otro niño menos inteligente que aquéllos.

—Es mi perro —dijo Chatín en el momento en que «Ciclón» hacía una de sus huracanadas apariciones. Entró por la puerta como un cohete abalanzándose sobre todos los presentes como si no les hubiera visto en un año. Incluso se tumbó sobre los pies del señor King antes de darse cuenta de que pertenecían a un extraño, y entonces se levantó gruñendo sordamente.

—Oh..., de manera que éste es «Ciclón» —dijo el señor King—. Bueno, no veo inconveniente en que se quede con nosotros, mientras no nos estorbe.

Chatín decidió en aquel mismo instante que el señor King era muy simpático al fin y al cabo. La señorita Pimienta habló precipitadamente:

—Yo de usted no haría promesas temerarias —dijo, tratando de dirigir al señor King una mirada de advertencia. Él la comprendió.

—Ah..., sí..., yo no «prometo» nada —agregó, y viendo que «Ciclón» mordisqueaba los cordones de sus zapatos hasta deshacerle el lazo aún dijo estas palabras más—: A decir verdad, primero le pondremos a prueba.

—Ojalá «Miranda» pudiera venir también —exclamó Chatín—. Es una monita, señor King..., ¡realmente una monada!

El señor King decidió que era hora de marcharse antes de que le pidieran que pusiera a la mona también una prueba.

Cuando se hubo marchado el aya dijo a los tres niños:

—Tiene magníficas referencias y creo que será muy buen profesor. Empezaréis las clases el lunes... y si me entero de que te portas mal, Chatín, haré que «Ciclón» duerma en una perrera durante la noche en vez de dormir en la casa. Quedáis advertidos.

Aquella era una amenaza alarmante, que la señorita Pimienta era muy capaz de poner en práctica. «Ciclón» dormía en la cama de Chatín toda la noche, y el pobre

perrito se hubiera sentido muy desgraciado de tener que dormir en cualquier otra parte. Chatín no quiso discutir aquel asunto con el aya. Estornudó violentamente, volvió a estornudar dos veces más mientras buscaba su pañuelo con expresión preocupada.

—¡A... chis! Oh, Dios mío..., lo siento... ¡A... chis!

—¿Te has constipado, Chatín? —le preguntó la señorita Pimienta... Ya «te dije» anoche que te pusieras la chaqueta.

—No..., no estoy constipado, señorita Pimienta —repuso Chatín sacando un pañuelo muy sucio que llevó a su nariz—. Sólo... achís..., perdone..., es un poco de pimienta que se me ha metido en la nariz. ¡A... chis!

La señorita Pimienta hizo un gesto de impaciencia y salió de la habitación. Diana y Roger se desternillaban de risa. «Ciclón» se unió a su contento dando seis vueltas alrededor de la mesa sin parar.

—Está imitando las carreras de caballos —dijo Chatín, apartando el pañuelo de su rostro—. Está bien, «Ciclón», has pasado tres veces la meta. ¡Bravo!

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Diana mientras recogía los platos del desayuno para llevárselos a la señora Redondo.

—Vayamos a inspeccionar la vieja casona —dijo Roger.

—Pregunta a la señora Redondo si hay algún medio de entrar. Me encantaría echarle un vistazo e imaginarme cómo sería en otros tiempos.

La señora Redondo no sabía gran cosa.

—No os acerquéis por allí —les dijo—. La gente dice que en cierta ocasión consiguió entrar en ella un individuo y no volvió a salir jamás. A vosotros pudiera ocurriros lo mismo. Allí hay puertas que se cierran solas, y además con llave. Algunas habitaciones están todavía llenas de muebles, tal como las dejó el último propietario... ¡Cáspita...! ¡Estarán llenos de polillas y arañas! ¡Es un lugar extraño y siniestro en el que no entraría aunque me pagaran mil pesetas!

Aquello resultaba muy excitante y los tres niños resolvieron en el acto realizar una pequeña exploración aquel mismo día. Se reunirían con Nabé para llevarle con ellos.

Así que, en cuanto oyeron su ligero silbido salieron a verle. Llevaba a «Miranda» sobre el sombrero; desde allí saltó a un árbol y luego a una ventana. La señora Redondo estaba barriendo aquella habitación y la monita comenzó a parlotear en su extraño lenguaje.

La señora Redondo alzó la cabeza sorprendida y quedó estupefacta al ver a «Miranda» que parecía dispuesta a entrar por la ventana abierta. La cerró de golpe y casi le coge la nariz.

Permaneció unos instantes tras los cristales amenazando con el puño a la monita mientras llamaba a la señorita Pimienta.

—¡Venga, señorita, y verá lo que han traído ahora esos niños!

El aya acudió corriendo imaginándose que la señora Redondo habría encontrado una oruga, un escarabajo, o un ratón. Siempre se encontraban cosas así en la habitación de Roger, y quedó muy sorprendida al ver a la mona. «Miranda» desapareció bajando rápidamente por el tronco del árbol.

—Le digo... que si empiezan a traer monos a casa, yo me marcho —dijo la señora Redondo—. Puedo soportar los perros lunáticos, las orugas y cosas por el estilo..., pero monos, no. La próxima vez serán elefantes lo que encontremos subiendo y bajando por la escalera.

La señorita Pimienta bajó apresuradamente para resolver el misterio del mono, y vio a Nabé con los niños, y a «Miranda» en su hombro. El muchacho inclinó la cabeza muy cortés cuando sus compañeros le presentaron.

—Señorita Pimienta, éste es Bernabé, y ésta «Miranda», su monita. ¿Verdad que es simpática?

La señorita Pimienta no iba a llegar hasta el extremo de decir semejante cosa. Según su experiencia, los monos estaban llenos de pulgas y mordían a la gente, y por ello contempló a «Miranda» con recelo.

—Preferiría que no entrarais ese animal en casa —les dijo con energía—. Simpática o no, será mejor que se quede fuera.

—Desde luego, señorita —dijo Nabé—. No a todo el mundo le gustan los monos.

«Miranda» miró al aya con ojos tan tristes y patéticos como los de «Ciclón». ¡Oh..., Dios santo! ¿Por qué los animales la mirarían a una de aquel modo? La señorita Pimienta fue corriendo a la cocina y cogiendo un pepino, lo hizo rodajas y lo puso en un plato.

—A los monos les gusta el pepino —dijo—. Aquí le traigo un poco. Por favor, llevadla al jardín y ¡tened cuidado de que «Ciclón» no le muerda el rabo!

«Miranda» tenía un rabo muy largo que «Ciclón» contemplaba con ansiedad. Le parecía muy a propósito para morder. Trató de cogérselo, y «Miranda», de un salto, se subió sobre la cabeza de Nabé chillando asustada.

—¡«Ciclón»! Si te atreves a morder el rabo de «Miranda», dejaré que ella te muerda el tuyo —dijo Chatín, y el perro se apresuró a sentarse como si le hubiese comprendido.

Nabé lanzó una de sus carcajadas contagiosas y todos rieron. Hasta la señora Redondo abrió la ventana del dormitorio, para ver cuál era el motivo de su regocijo.

—Vamos —dijo Roger a Nabé—. Bajemos al jardín. Oh, espera un poco. Oiga, señorita Pimienta..., Nabé desea leer algo de Shakespeare. Ha leído ya «La Tempestad» y quiere que yo le preste alguna otra obra. ¿Cuál le parece a usted que sería mejor que leyera a continuación?

El aya estaba muy sorprendida. Aquel muchacho con su mono, sus

extraordinarios ojos azules, y su afición a las obras de teatro resultaba desconcertante. Le pareció simpático y se preguntó de dónde vendría. Se lo preguntaría a Roger cuando se hubiera marchado.

—Pues..., podría probar «El sueño de una noche de verano» —replicó.

—Oh..., sí..., es muy bonita —dijo Diana—. Una vez la representamos en el colegio. Yo hice de Titania y me dijeron que lo hice muy bien.

Fueron por el jardín hasta una glorieta destartada donde se sentaron. «Ciclón» continuó intentando pescar el rabo de «Miranda» y la monita saltaba del hombro de Chatín al de Nabé, siempre balanceándolo «a poca» distancia del alcance del perro. Era muy traviesa. Sacó el pañuelo del bolsillo de Diana y un caramelo de café con leche muy pegajoso del de Chatín, que empezó a lamer con gran fruición para luego arrojar el resto a «Ciclón».

—No te lo comas, «Ciclón» —le ordenó Chatín—. Ya sabes lo que te ocurrió la última vez que comiste un caramelo de café con leche.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Nabé interesado.

—Que se le engancharon los dientes de arriba con los de abajo —explicó Chatín—. Y se asustó tanto que salió corriendo a la calle y no regresó hasta que el caramelo se hubo disuelto. El susto le duró todo el día. Es la única vez que le he visto portarse bien de la mañana a la noche.

—«Miranda» sólo los lame —dijo Nabé.

—Es más sensata que «Ciclón» —dijo Diana.

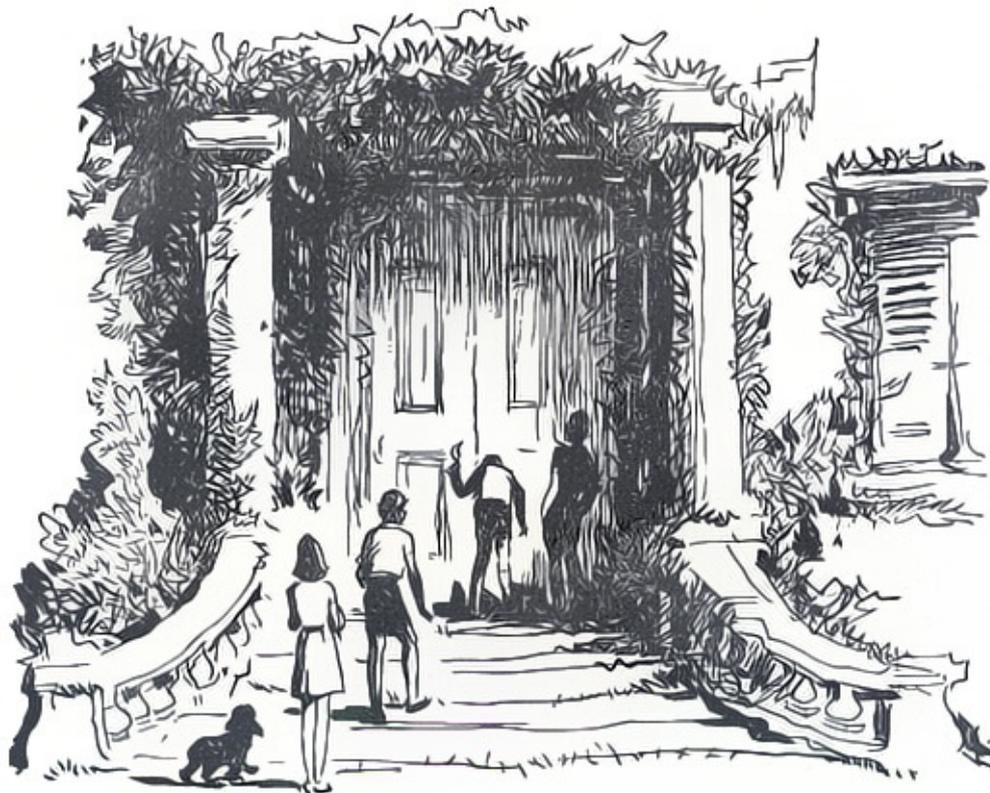
—Vamos a contarle a Nabé lo que queremos hacer esta mañana —dijo Roger—. Nabé, vamos a ir hasta la vieja casona cuyas chimeneas se ven desde aquí. Ahora está vacía..., no vive nadie allí..., se cuentan toda clase de extrañas historias sobre ella, y creímos que sería divertido echarle un vistazo.

Todos se pusieron en pie, «Ciclón» meneando la cola. ¿Es que iban a dar un paseo? A él no le gustaba permanecer sentado. Era muy aburrido. Avanzaron por los caminos cubiertos de maleza en dirección a la vieja casona.

—Casi hay que irse abriendo camino —exclamó Roger—. Pronto llegaremos a la avenida... que está bastante limpia de hierbas. Mirad..., ahora podéis ver la casa... Es enorme, ¿verdad?

Desde luego lo era. Grandes chimeneas emergían de su tejado, y sus múltiples ventanas estaban casi ocultas por la espesa hierba. Aquel lugar tenía un aspecto desolador.

—Vamos —les animó Roger—. La exploraremos... y os aseguro que nos divertiríamos si consiguiéramos entrar.



Capítulo 7- Una pequeña exploración

Los cuatro niños y «Ciclón» se acercaron a la vieja casona. Un gorrión salió volando de entre la espesa hierba sobresaltándoles.

—¡Hay tanto silencio! —exclamó Roger—. ¡Hasta el viento parece haber desertado de esta vieja mansión!

—No me gusta nada —dijo Diana—. Es un lugar horrible.

Llegaron hasta el tramo de escalones que conducían a la puerta principal. Por entre las resquebrajaduras crecían las hierbas, y uno de ellos osciló al pisarlo Roger. Los cimientos estaban deshechos.

—Se necesitaría toda una fortuna para volverla habitable —dijo la niña—. Sin embargo..., me imagino lo alegre y encantadora que debía ser cuando estuviera bien cuidada y viviera en ella una familia feliz.

Llegaron hasta la misma puerta. Era doble con numerosos adornos de hierro oxidado. No tenía aldaba, pero una gran argolla colgaba de una cadena junto a la puerta, y claro, Chatín tuvo que tirar de ella. Un terrible campanilleo rompió el silencio en el interior de la vieja casona sobresaltando a los niños. Chatín soltó la

argolla, y «Ciclón» empezó a ladrar desaforadamente, arañando la puerta con sus patas.

—¡Diantre...!, vaya susto —dijo Diana—. ¡Quién iba a imaginar que sonara al cabo de tantos años! Supongo que habremos asustado a todos los ratones que haya en la casa. Eres un tonto, Chatín. Por amor de Dios, no se te ocurra hacer sonar todos los timbres que encuentres. Vas a romper alguno.

—No creo que tuviera mucha importancia —dijo Chatín—. ¡Soy la única persona a quien se le ocurriría llamar a esta casa!

No había buzón en la puerta, de manera que los niños no pudieron atisbar por él, pero sí una grieta por la que acercando un ojo vieron un amplio y sombrío vestíbulo.

No era una visión agradable. Estaba cubierto de polvo gris, y sus paredes festoneadas de telarañas que le daban un aspecto remoto y olvidado. Una gran escalera se distinguía apenas al fondo del recibidor.

Roger empujó la puerta con fuerza, pero sin conseguir abrirla ni un centímetro. ¡No es que esperase conseguirlo! Nabé se rió de él.

—¡Se necesitaría la fuerza de un gigante para abrirla! —exclamó—. Vamos... Examinaremos las ventanas. ¡Hay muchas!

Bajaron el breve tramo de escalones y echaron a andar hacia el lado este de la casa. Llegaron ante unos grandes ventanales muy rayados y sucios, pero pudieron mirar a través de ellos. El interior debió haber sido sala de baile y el suelo era muy bonito. Las paredes estaban cubiertas de espejos incrustados en ellas, la mayoría ya rotos. Los niños vieron sus rostros fantasmales reflejados en el que estaba frente a la ventana por donde atisbaron, y se asustaron al mirarse.

—Realmente creí que alguien nos estaba mirando —dijo Diana—, pero sólo somos nosotros reflejados en ese espejo roto. ¡Qué habitación tan hermosa debió de ser ésta! ¿Qué son esas cosas rotas que hay en ese rincón?

Roger miró hacia donde le indicaba su hermana.

—Me parece que son sillas. Ya sabes que oímos decir que esta casa fue utilizada durante la guerra. Supongo que ésta debió ser una de las habitaciones donde se reunían. Esas sillas parecen sillones militares, o algo por el estilo.

Dieron la vuelta a la casa, miraron por todas las ventanas las habitaciones oscuras y polvorientas con aspecto del más completo abandono, que les causaron una impresión deprimente. Incluso «Miranda» y «Ciclón» estaban quietos y callados.

Después de dar la vuelta por detrás de la casa, volvieron a encontrarse ante la puerta principal sin haber hallado ni una ventana abierta, o siquiera agrietada o rota. Una o dos tenían los postigos cerrados, tal vez por estar rotas, pero los niños no pudieron comprobarlo.

Miraron hacia las ventanas superiores. Estaban bien cerradas... y algunas tenían también cerrados los postigos.

—¡Mirad! —dijo Diana señalando con el dedo—. Hay dos habitaciones con barrotes. Debían ser las de los niños. Cuando Roger y yo éramos pequeños también pusieron barrotes en nuestra ventana..., cosa que a nosotros nos fastidiaba.

Chatín miraba hacia las ventanas parpadeando en sus esfuerzos por distinguirlas claramente, ya que estaban bastante altas.

—¿Sabéis...? Parece como si hubiera cortinas tras esas ventanas —dijo—. ¿Las veis?

Nabé era quien tenía mejor vista de todos y sus ojos azules se fijaron en las ventanas de arriba.

—¡Sí! —exclamó sorprendido—. ¡Hay cortinas..., casi se caen a pedazos!

Todos miraron las ventanas con barrotes, incluso «Ciclón». «Miranda» abandonando de pronto el hombro de su amo, trepó por la hiedra hasta una pequeña terraza, y de allí hasta la ventana de la antigua habitación de los niños por la que se puso a mirar.

—¡Cáscaras..., ojalá pudiera hacerlo yo! —exclamó Chatín admirado.

—¡Me sorprende que no puedas hacerlo! —le dijo Roger.

Todos miraban a la monita sentada en el repecho de la ventana y que de pronto se introdujo entre los barrotes desapareciendo. Todos contuvieron la respiración.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Diana atónita.

—¡Ha entrado en la habitación! —repuso Nabé.

—Pero..., ¿ahí no hay cristal? —dijo Roger.

—Parece ser que no —replicó Diana—. ¡De lo contrario no habría podido entrar! ¡Qué extraño!

—Aguardad un poco —exclamó Nabé sin apartar los ojos de la ventana—. Me parece ver que está roto... por un lado. Mirad. Hay un agujero como si hubieran arrojado una piedra, y por ahí entró «Miranda».

La monita volvió a aparecer mirando a los niños sin dejar de chillar animadamente y de agitar su mano diminuta.

—Ha encontrado algo interesante —dijo Nabé en seguida—. Mirad..., ha vuelto a entrar en la habitación. ¿Qué es lo que puede haber encontrado?

«Miranda» apareció una vez más... llevando algo consigo. Todos se esforzaron por ver lo que era.

—¡Tíralo, «Miranda»! —le gritó Nabé.

Y por el aire fue a caer a los pies de Diana lo que la monita llevaba en brazos. «Ciclón» se abalanzó sobre el objeto y Diana tuvo que quitárselo. Luego riéndose, lo mostró a los demás.

—¡Una muñeca! ¡Es una muñeca de trapo antigua! ¡Queréis creerlo! ¡Imagino que «Miranda» la habrá encontrado en la habitación de los niños!

—Le encantan las muñecas —dijo Nabé examinándola. La sacudió produciendo

una nube de polvo. Luego la miró pensativo—. Me pregunto si habrá algo más ahí arriba —continuó. Y como si «Miranda» pudiera leer sus pensamientos volvió a aparecer en la ventana con algo más entre las manos que agitó chillando... antes de arrojarlo a los niños. Fue girando en el aire hasta llegar al suelo. Nabé lo cogió mostrándolo a los otros con una estentórea exclamación:

—¡Es un soldado de caballería..., hermosamente tallado! —dijo Roger tomándolo en sus manos—. Es precioso. Aún conserva los colores. ¡Qué hermosos soldados debían tener los niños en aquellos tiempos! Yo nunca tuve ninguno como éste.

—Debe formar parte de un juego hecho a mano —dijo Diana. Todos contemplaron el bonito juguete y luego volvieron a mirar hacia arriba. ¡«Miranda» les arrojaba otra cosa!

Esta vez era un libro que se hizo pedazos cuando «Miranda» lo tiró y sus páginas revolotearon por el aire. Diana consiguió coger algunas.

—¡Qué libro más curioso! —dijo—. Es muy parecido a uno que tiene abuelita en su biblioteca particular..., conserva una colección de libros infantiles que son muy valiosos porque tienen más de cien años. Es extraño..., ¿verdad?, que haya todavía cortinas en esa habitación... y juguetes. ¿Qué opinas tú, Roger?

—No lo sé —replicó su hermano—. A no ser que cuando abandonaron la casa, estuvieran cerradas las habitaciones de los niños..., por recuerdo o algo por el estilo..., ya sabéis cómo son las personas mayores para esas cosas. Acuérdate cómo conserva mamá los primeros zapatitos que calzaste, Di... y el primer diente que se me cayó. No quiere separarse de ellos por nada del mundo.

—Las madres son así —repuso Diana—. Quizá la mamá de los niños que jugaron con estos juguetes no quiso dejar que ningún extraño penetrase en sus habitaciones... y no queriendo deshacerse de los juguetes y muebles..., las cerraría con llave. Tal vez se olvidaron de esas habitaciones. Con una casa tan grande como ésta no tendría nada de particular.

«Miranda» apareció de nuevo en la ventana y Nabé le gritó:

—No, «Miranda». No tires nada más.

Pero otro objeto volaba ya en el aire. Era un pañuelo de tamaño reducido. Diana lo cogió cuando flotaba a la altura de su cabeza. En una de sus esquinas, delicadamente bordado con lo que en sus tiempos debió ser seda azul, aparecía un nombre: «Bob». Sólo eso. Los niños contemplaron el bordado. ¿Quién era Bob? ¿Sería ahora una persona mayor... o habría muerto tiempo atrás? Lo ignoraban. Imaginaron un niño pequeño al que le recomendaban que usara su pañuelo..., el que llevaba su nombre bordado. Diana casi podía oír a su aya hablándole:

—¡Suénate, querido Bob! Con tu pañuelo..., el que lleva tu nombre. Te lo di esta mañana.

—¡Baja, «Miranda»! —gritó Nabé, y agregó dirigiéndose a sus compañeros—: Si no la detengo, nos tirará todo lo que haya en la habitación. Y Dios sabe las cosas que habrá ahí. No me sorprendería que las habitaciones de los niños estuvieran todavía amuebladas con las camitas y demás. Es extraño, ¿verdad?

«Miranda» comenzó a bajar. Era asombroso verla descender por las paredes, cogiéndose a la hiedra de cuando en cuando.

«Ciclón» la recibió con una salva de ladridos. Estaba celoso porque ella podía hacer muchas más cosas que él. «Miranda» se sentó en el hombro de su amo y cogiendo su oreja derecha con su manita diminuta le susurró extraños cuchicheos mientras meneaba la cabeza como un perro.

—¡No hagas eso! ¡Me haces cosquillas!

—¿Qué vamos a hacer con estas cosas? —dijo Diana—. No nos pertenecen.

—Pues..., no vamos a poder devolverlas —replicó Chatín—. A menos que se lo pidamos a «Miranda»... y seguramente no sería capaz de entenderlo.

—Oh, sí que lo entendería —exclamó Nabé—. Hará cualquier cosa que yo le pida. No sabéis lo inteligente que es. Yo creo que es la monita más lista del mundo. Si la gente lo supiera, me ofrecerían mil pesetas por ella... ¡y yo no la vendería!

Todos miraron a «Miranda» con nuevo respeto. ¡Mil pesetas!

—¡Vaya, eso es más de lo que yo valgo! —dijo Chatín.

—¡Ya lo creo! Unas novecientas noventa y nueve pesetas con noventa y cinco céntimos más —replicó Roger en el acto—. Chatín, calcula cuanto queda.

Chatín no sabía hacerlo y cambió de tema mirando con nostalgia las ventanas con barrotes.

—¡Ojalá pudiera subir ahí! —dijo.

—Pues... —repuso Nabé sorprendiéndole—. Eso es fácil, si de veras quieres hacerlo.



Capítulo 8- Nabé tiene una idea

—¿Qué quieres decir? —exclamó Roger mirando a Nabé muy sorprendido—. Es imposible que podamos subir ahí..., son tres pisos, y los tres de techos altos. No podríamos conseguir ninguna escalera que llegase hasta allí..., aunque la tuviéramos... y no la tenemos.

—Y aún así pesaría demasiado para poder trasladarla —dijo Diana recordando lo mucho que pesaba la escalera de su casa cuando trató de moverla con ayuda de Roger.

—No estaba pensando en una escalera —replicó Nabé—, sino en una cuerda. Todos lo miraron estupefactos.

—¿Una cuerda? —repitió Roger—. ¿Pero cómo vas a atar una cuerda ahí arriba? ¡Necesitarías una escalera!

Nabé lanzó una de sus alegres carcajadas.

—No, no..., enviaría a «Miranda» para que la atase. Es muy sencillo para ella. Los niños seguían sin comprender, y Nabé sonrió al ver sus caras intrigadas.

—Está bien claro que no habéis vivido nunca en un circo o una feria —les dijo—. En esos sitios uno se acostumbra a solucionar problemas como éste. Ahora escuchad..., si conseguimos una cuerda, le daremos un extremo a «Miranda»... y ella subirá a la ventana de la habitación de los niños. Se sentará en el repecho, la pasará por detrás de los barrotes y luego nos la echará. Caerá junto a la pared... hasta llegar al suelo. Nosotros la cogemos y tendremos una doble cuerda cuyo centro pasará por detrás de los barrotes de esa ventana. ¡Será bien sencillo probar si resisten tirando de la cuerda!

—¡Entonces podremos subir hasta la ventana! —exclamó Roger comprendiendo al fin—. Cáscaras... es una buena idea. De todas maneras no creo que yo supiera trepar tanto trecho por una cuerda. Soy bastante bueno en el gimnasio, y uno de los mejores del colegio trepando por la cuerda..., pero esas ventanas están muy altas.

—Yo lo haría —dijo Nabé—. He trepado por la cuerda muchísimas veces en el circo... y caminado sobre el alambre. ¡Debierais haberme visto pasar la maroma de espaldas!

Los niños miraron a Nabé con nuevo respeto. ¿Sería realmente capaz de caminar sobre una cuerda o un alambre? Chatín se hizo el propósito de hacer que le enseñara durante aquellas vacaciones. ¡Se veía ya caminando sobre una cuerda en el gimnasio y causando la admiración de todos!

—Tregar por una cuerda no es nada —continuó Nabé—. Sólo es cuestión de ver si esos barrotes resisten todavía. Ahora bien... ¿de dónde sacamos una cuerda? Yo no tengo ninguna... ¿y vosotros?

Roger lo ignoraba. Las exploraciones llevadas a cabo en Villa Rockingdown no le habían descubierto ninguna cuerda o escalera.

—Aunque en casa no haya ninguna podemos comprarla —dijo—. ¿Sabéis que esto es emocionante? ¿De verdad crees que podrás subir a esa ventana, Nabé?

—Seguro —replicó el muchacho—. «Miranda» puede subir la cuerda con facilidad. Ya sabe cómo pasarla por los barrotes... lo ha hecho muy a menudo en el circo. Entonces subiré a ver lo que encuentro. Si hay un agujero lo bastante grande para que pase «Miranda», también lo será para que yo introduzca mi mano y abra la ventana... y luego podré entrar.

—Vamos a comprar la cuerda en seguida —dijo la niña excitada—. ¡Vamos! ¡No puedo esperar!

Y con «Ciclón» a la cabeza corriendo como un loco, los cuatro niños emprendieron el regreso a través de la maleza. Pasaron por la avenida descuidada por ser el camino más corto para llegar al pueblo. Habían decidido que sería inútil buscar una cuerda en Villa Rockingdown. La señorita Pimienta preguntaría qué andaban buscando, para qué querían una cuerda y cien cosas más.

—Las personas mayores son tan preguntonas —dijo Chatín quejoso—. Aunque

no esté haciendo absolutamente nada, todos vienen a preguntarme qué hago.

—No se lo reprocho —exclamó Diana—. Siempre andas preparando alguna fechoría. A propósito, ¿fuiste tú quien puso anoche mis zapatillas encima del armario? Estuve buscándolas horas y horas.

—Supongo que las pondría allí para que no las cogiera «Ciclón» —repuso Chatín.

—Pues no vuelvas a hacerlo. Limítate a cerrar la puerta de mi dormitorio, si está abierta... y así «Ciclón» no podrá entrar —dijo Diana—. ¡No estoy dispuesta a registrar toda la habitación cada noche para dar con mis zapatillas!

Cuando llegaron al pueblo decidieron tomar un helado en el bazar. Ocuparon la única mesa y pidieron helados de vainilla. La anciana propietaria fue a hablar con ellos.

—¿Os gusta Villa Rockingdown? —les preguntó—. Es muy bonita, ¿verdad? No tiene historias extrañas como la vieja casona.

—¿Qué historias son esas? —preguntó Roger pagando los helados.

—Oh, no quisiera asustaros con esos cuentos —dijo la vieja sonriendo—. Son malos tiempos para esa casa. Parece como si una maldición hubiera caído sobre ella... por las cosas que ocurrieron.

Aquello resultaba interesante.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Roger.

—Oh... los mayores fueron asesinados... los dos niños murieron... y...

—¿Qué niños? —preguntó Diana—. ¿Acaso uno de ellos se llamaba Bob?

—¡Vaya... es curioso que lo sepas! —dijo la anciana sorprendida—. Sí... ése era el amo Roberto. Y su hermana, la señorita Arabel... que se cayó por la ventana matándose... y entonces sólo quedó el amito Roberto. Pusieron barrotes en las ventanas de sus habitaciones y entonces cogió la escarlatina y también murió.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Diana tras una breve pausa—. ¡Pobrecito Bob! —Y pensar que ella tenía su pañuelo en el bolsillo. No había llegado a mayor... pero su pañuelito seguía allí. Y su soldado y su libro.

—Las habitaciones de los niños se cerraron tal como estaban y el abogado que fue nombrado albacea testamentario de la señora recibió orden de dejarlo todo tal como estaba... ¡todo! Estaba tan afectada... la pobre... quería a los niños como si fueran las pupilas de sus ojos.

—¿Qué fue de los padres? —quiso saber Roger.

—Lord Rockingdown fue asesinado —dijo la anciana—. Sí, y su esposa falleció de un ataque al corazón sin esposo... sin hijos. ¿No os lo conté ya el otro día? ¡Os debo estar molestando con tanto repetirme! Después la finca pasó a un primo que nunca se acercó a ella y por eso quedó abandonada.

Los niños tenían ahora una idea de lo que había ocurrido en aquella desdichada casa. Diana estaba triste. Imaginaba a la enorme casona alegre y llena de vida, en la

que «lord» y «lady». Rockingdown daban fiestas, salían de caza y escogían caballitos para sus dos niños pequeños: Arabel y Bob... y haciendo toda clase de planes para cuando fueran mayores.

Pero no llegaron a crecer, y llegó un día en que aquella familia alegre y feliz desapareció... y la casa quedó sola y abandonada. Sólo las habitaciones de los niños con sus juguetes, y Dios sabría qué más, quedaron como recuerdo de la pequeña familia.

Los ojos de Diana fueron recorriendo las existencias del abigarrado bazar. Era realmente un lugar interesante y Diana estaba segura de que allí se encontraba de todo. Cubos, utensilios de jardinería, sartenes, cafeteras, alfombras, cacharros de loza, sillas... todo revuelto. Toda suerte de cosas colgaban del techo y se amontonaban en los estantes que cubrían las paredes.

—¿Sabe usted exactamente todo lo que tiene en la tienda? —preguntó Diana intrigada—. Hay tantas cosas... que seguramente no se acordará de todas.

—Ah, sí que me acuerdo —dijo la anciana mientras una sonrisa iluminaba su cara surcada de arrugas—. ¡No hay una sola cosa que no recuerde, y encuentro al instante cualquier cosa que me pidan!

—Bien... ¿podría encontrarnos una cuerda larga y resistente? —preguntó Roger en el acto.

—¿Una cuerda? Veamos... —dijo la anciana frunciendo el ceño—. Sí... segundo estante a la derecha, cerca del extremo. Ahí es donde debe estar.

—Yo lo miraré —dijo Nabé levantándose—. ¡Usted no puede subirse a esos estantes!

El segundo estante estaba cerca del techo. Nabé trepó como un gato, encontró la cuerda y volvió a bajar.

—¡Lo que hace el ser joven! —exclamó la vieja admirada—. ¡Debieras trabajar en un circo! ¡Trepas como un gato!

Todos sonrieron, pero sin decir nada. La vieja miró el precio de la cuerda.

—¿De verdad queréis una cuerda? —les dijo—. No vayáis a hacer nada peligroso. Es una cuerda cara... pero es buena y resistente. Tal vez os sirviera una más barata. ¿Para qué la queréis?

—Oh, para varias cosas —replicó Diana a toda prisa—. Creo que irá mejor ésta, que es fuerte. Paga, Roger.

¡Roger obedeció pensando que era una suerte que acabaran de comenzar las vacaciones y por ello tuvieran bastante dinero! Tras dar los buenos días a la anciana salieron con la cuerda, y cuando bajaban por la calle el reloj de la iglesia dio las horas.

—Ya son las doce y media —exclamó Diana—. No tendremos tiempo de explorar esta mañana. Será mejor que volvamos a encontrarnos esta tarde, Nabé.

—De acuerdo —replicó el muchacho.

—¿Qué vas a comer? —le preguntó Chatín recordando de pronto que Nabé no tenía casa donde comer... ni siquiera donde dormir.

—Compraré un poco de pan y queso —dijo Nabé—. Es lo que suelo hacer. Y una naranja para «Miranda». Le gustan mucho.

Y se alejó con «Miranda» sobre su hombro después de quedar citado con los niños para las dos y media. Diana resolvió pedir a la señorita Pimienta que les preparase una buena merienda para comerla fuera... y así la compartirían con Nabé.

Estaba preocupada por él. ¿Resultaría cómodo dormir en un pajar? ¿Tendría bastante dinero para comprar los alimentos que necesitaba? ¿Y si lloviera? ¿Qué haría entonces? No parecía tener otra ropa que la que llevaba puesta. Qué vida más extraña la suya con «Miranda»... los dos solos... siempre de un lado a otro. Diana miró al cielo.

—Va a llover —dijo a los otros—. Espero que la señorita Pimienta no nos obligue a permanecer en casa durante toda la tarde.

—Aguantará hasta la noche —repuso Roger observando las nubes—. Creo que hará buena tarde, pero es posible que esta noche descargue una tormenta.

La señorita Pimienta se alegró de ver que por una vez eran puntuales. Un apetitoso aroma llenaba la casa cuando entraron.

—Salchichas... con cebolla —dijo Roger—. Espero que haya patatas fritas.

Las había... y también tomates fritos. Los niños tenían apetito y pronto vaciaron la gran fuente. Diana hubiera deseado que Nabé participase de aquella comida. Le imaginaba sentado sobre la hierba comiendo su pan con queso, y «Miranda» a su lado, mondando su naranja.

«No importa... esta tarde vendrá junto con nosotras para compartir la merienda... ¡y una espléndida aventura!», pensó.



Capítulo 9- Nabé trepa por la cuerda

A las dos y media Nabé estaba fuera silbando.

—Ahí está otra vez el niño del mono —dijo la señorita Pimienta—. Espero que sea un «buen» muchacho, Roger. No quiero que hagas amistad con nadie que pueda enseñarte cosas malas.

Roger sonrió.

—Es mucho más probable que sea Chatún quien se las enseñe a él. Bernabé es bueno, señorita Pimienta. ¿Quiere que le invite algún día a comer y así podrá juzgar por usted misma?

—Sí. Es una buena idea —repuso el aya—. Bien, será mejor que os marchéis si os está esperando. Ya os he preparado la merienda. Está en el repecho de la ventana

de la cocina. Pedídsela a la señora Redondo.

Chatín salió corriendo hacia la cocina seguido de «Ciclón».

—Redondita, Redondita, ¿dónde está? ¿Nos ha preparado la merienda?

La señora Redondo le miró por encima de su taza de té.

—Vamos, no seas descarado —le dijo—. ¡Llamarme Redondita! ¡Habrás visto desvergonzado!

—Redondita es un nombre que le sienta a las mil maravillas —dijo Chatín abrazando a la señora Redondo—. No puedo evitar el llamarla Redondita. Es un apodo cariñoso. No tiene que enfadarse.

Y la señora Redondo no se enfadó. Consideraba a Chatín un niño «terrible» y no le importaba lo que dijera o hiciera. Incluso ahora ya soportaba mejor a «Ciclón» a pesar de su costumbre de apoderarse de todos los cepillos y llevarlos al jardín.

—Valiente pareja formáis tú y el perro —dijo atusándose el pelo después del inesperado abrazo de Chatín—. Baja de ahí, «Ciclón». ¿Dónde has puesto el cepillo de las alfombras? Me gustaría saberlo. Espera a que lo encuentre y verás qué azotaina te doy con él.

«Ciclón» cogió un trapo de polvo echando a correr y sacudiéndolo como si fuera una rata. Chatín comenzó a gritarle y en aquel momento la señorita Pimienta apareció en la puerta.

—¡Chatín! Basta de ruidos. ¿Qué es lo que ha cogido ahora ese perro? Suéltalo, «Ciclón». Lo siento, señora Redondo... este perro está completamente loco.

—No tiene importancia, señorita —dijo la señora Redondo de buen talante—. Ahora ya me he acostumbrado a él. No es tan malo... hágase cargo de que es un cachorro; no lo hará cuando tenga más años.

La señorita Pimienta se sintió muy aliviada al ver que la señora Redondo tomaba las cosas con tanta calma. Dio a Chatín la cesta de la merienda y el niño salió al jardín con «Ciclón».

El perro saludó ruidosamente a Nabé mientras «Miranda» le observaba sentada en el hombro de su amo. De pronto pegó un salto y agarrando a «Ciclón» por una oreja, le dio un buen tirón, volviendo a subirse sobre su amo antes de que el perro comprendiera lo que había ocurrido. El pobre «Ciclón» lanzó un aullido.

Los niños rieron divertidos con las perrerías de «Ciclón» y «Miranda».

—Ya tenemos la merienda y la cuerda —dijo Diana—. ¡Vámonos!

Bastante excitados los niños emprendieron una vez más el camino de la vieja casona. «Miranda» comenzó su parloteo a medida que se aproximaban. Recordaba la aventura de la mañana.

—¡Qué contrariedad! ¡Está empezando a llover! —exclamó Roger—. ¡Precisamente hoy que pensábamos merendar al aire libre!

—Podemos hacerlo en ese porche —dijo Chatín señalando hacia el lado sur de la

casa donde se veía una veranda casi oculta por las enredaderas—. Arrancaremos parte de esas ramas para que penetre un poco de luz y de aire.

Pusieron la cesta sobre la veranda. Era un lugar desolador. Diana, segura de encontrarla llena de arañas y tijeretas, esperaba no tener que merendar en un lugar tan húmedo.

Los niños, ansiosos por comenzar la exploración, se encaminaron a la parte de la casa donde estaban las habitaciones de los niños. Alzaron los ojos para mirar las ventanas con barrotes. «Miranda» abandonó el hombro de Nabé para trepar hasta el repecho. Su amo le ordenó que bajara.

—¡Aquí, «Miranda»! Baja. ¡Tengo un trabajo para ti!

Chatín y Roger desenrollaron la cuerda. Desde luego era muy resistente.

—Me parece que pesará demasiado para que «Miranda» pueda subirla hasta allí —dijo Roger balanceándose entre sus manos. Desde luego pesaba mucho.

—Ya he pensado en eso —repuso Nabé sacando un cordel de su bolsillo—. ¡Emplearemos el viejo truco de atar un cordel al extremo de la soga!

Los otros le observaron mientras ataba el cordel a un extremo de la cuerda. Luego buscó una piedra que tuviera un agujero y la ató al final del cordel.

—¿Para qué es eso? —preguntó Diana.

—Pronto lo verás —dijo Nabé—. Vamos, «Miranda»... ¿estás preparada? Coge el cordel y pásalo por detrás de los barrotes como hacías con las cuerdas del trapecio en el circo... y luego déjalo caer.

«Miranda» le escuchaba con expresión inteligente. Contestó con su agudo parloteo. Era realmente una monita muy lista.

Luego de coger la piedra con su mano diminuta, saltó del hombro de Nabé, y trepó hasta el pequeño balcón llevando el cordel tras sí. Continuó subiendo por la hiedra hasta otra ventana y prosiguió la ascensión de nuevo por la hiedra hasta alcanzar las ventanas enrejadas. El cordel se iba desenrollando libremente mientras subía.

«Miranda» se sentó en el repecho y se puso a mirar el interior por el cristal de la ventana. Nabé gritó:

—Vamos, «Miranda». ¡Haz lo que te he dicho!

Los otros la contemplaron conteniendo la respiración. ¿Sería capaz de llevar a cabo su cometido?

¡Lo hizo! Deslizó la piedra por detrás de los barrotes dejándola caer por el otro lado de la ventana, y al hacerlo la piedra arrastró el cordel tras sí, que continuó subiendo por el otro lado hasta que la piedra dio en el suelo.

Nabé la cogió y tiró del cordel.

—Ahora observa bien —dijo a Diana—. Pronto verás como sube la cuerda.

Tiró con fuerza del cordel que fue pasando por detrás de los barrotes de la

ventana mientras él lo iba recogiendo... y al mismo tiempo seguía la cuerda que atara a su extremo, y que fue pasando a su vez por detrás de los barrotes para descender hasta las mismas manos del niño.

—Eres muy listo —exclamó impresionada—. A mí no se me hubiera ocurrido nada.

—Oh, no tiene nada de particular —dijo Nabé sonriendo—. Cualquiera que viva en un circo puede hacerlo desde los dos años. Hola... «Miranda» ha vuelto a entrar en la habitación. ¡Será mejor que suba antes de que empiece a arrojar cosas!

Retorció los dos extremos de cuerda que pendían desde la ventana hasta que parecieron una sola. Así sería mucho más fuerte y le proporcionaría un buen apoyo.

—Ahora esperemos que los barrotes resistan —dijo Bernabé. Y uniendo la acción a la palabra tiró de la cuerda con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido.

—Oh, Dios mío..., el primer barrote ha cedido —dijo Diana alarmada—. ¡Cuidado... puede caer!

Nabé volvió a cargar todo su peso en la cuerda. El primer barrote asomó por un lado de la pared y quedó colgando. La cuerda resbaló hasta el segundo. En total eran cinco barrotes.

—Bueno..., ha fallado el primero —dijo Nabé—. Quizá resista el siguiente. —Y volvió a colgarse de la cuerda. El segundo barrote se dobló un poco, pero aguantó.

—Ahora intentaré subir —dijo Nabé—. No os preocupéis si se rompe... y si ése también se rompiera pasaría al tercer barrote.

—Sí..., pero, Nabé... ¿y si se rompieran todos? —preguntó Diana presa de pánico.

—Para entonces yo ya estaré en el repecho de la ventana —replicó Nabé—. No te preocupes. Soy como un gato, y siempre caigo de pie.

Y de pronto se colgó de la cuerda sujetándola entre las piernas, y comenzó a ascender rápidamente.

—¡Está subiendo! —dijo Chatín mientras «Ciclón» ladraba excitado.

—¡Se está rompiendo el barrote! —gritó Diana—. Cuidado, Nabé..., ¡se está rompiendo!

Cierto, de pronto el segundo barrote se desprendió cayendo al suelo y por poco da en la cabeza de «Ciclón», que se apartó asustado yendo a esconderse debajo de un arbusto. Nabé sintió que la cuerda descendía un poco y daba una sacudida al descansar en el barrote siguiente. Por un momento permaneció inmóvil. ¿Qué ocurriría con el barrote siguiente?

Resistió sólo unos segundos, y también se rompió por la base. Éste no cayó, pero quedó colgando a un lado y la soga se deslizó hasta el cuarto barrote.

—¡Nabé, baja! ¡Se romperán todos y te harás daño! —gritó Diana realmente asustada. Nabé no le hizo caso y continuó trepando por la cuerda intentando alcanzar

al repecho de la ventana antes que se rompiera el último barrote. Si se rompía el cuarto ya sólo quedaría uno.

El cuarto se rompió precisamente cuando llegaba a la ventana, y con un movimiento felino consiguió agarrarse al último barrote y subir al repecho desde donde sonrió a los de abajo mientras la cuerda se balanceaba a sus pies. Diana estaba lívida de terror.

—¡Bueno, ya estoy aquí! —gritó Nabé recobrando el aliento tras el difícil ascenso, y se volvió para mirar por la ventana por si veía a «Miranda»... y aquellos segundos se hicieron eternos para los niños.

—¡Nabé! ¿Qué ves? —gritó Chatín impaciente y deseando poder verlo por sí mismo.

—¡Es fantástico! —les gritó Nabé al fin—. Esa habitación era de los niños... hay un caballo de madera y todo... y la comida servida en la mesa. ¡Me causa una sensación extraña!

Diana se estremeció ligeramente. Aquello era realmente extraño.

—¿Podemos también subir nosotros? —le gritó—. ¿Puedes atar la cuerda a cualquier otra cosa?

—Ninguno de vosotros subirá por la cuerda —dijo Nabé en tono decidido—. No sabéis trepar como yo. Estoy acostumbrado y vosotros no. Os mataríais.

Introdujo su brazo por el agujero del cristal de la ventana..., el que «Miranda» había utilizado para entrar y salir..., y estuvo buscando el modo de abrirla. ¿Estaría atascada aquella ventana? No deseaba tener que romperla más de lo que estaba.

Al fin dio con el pestillo. Desde luego iba fuerte..., pero se movió, y naturalmente se abrió la ventana. Claro que tuvo que empujar y tirar lo suyo para conseguirlo, y casi se cae del repecho en sus esfuerzos para abrirla.

Pero consiguió entreabrirla lo bastante para que pasara su cuerpo, y desapareció en el interior mientras los niños aguardaban, impacientes.

Nabé miró en derredor suyo. Había una alfombra cubriendo el suelo, casi comida por las polillas. Las cortinas de las ventanas estaban también llenas de agujeros. La mesa hallábase cubierta por un mantel que debió tener un colorido alegre. Las sillas eran asimismo de colores, y un gran caballo-balancín de madera estaba junto a la ventana. Nabé lo empujó con el pie y comenzó a mecerse entre crujidos que le produjeron una sensación extraña.

Una gran casa de muñecas veíase en un estante bajo, y una caja de construcciones estaba esparcida por el suelo. En una librería varios libros, la mayoría ilustrados. Al parecer, Bob y Arabel no eran muy mayores. Junto a la chimenea había una mecedora, y en el hogar cenizas, restos del último fuego.

«Debieron abandonarlas y cerrarlas de repente —pensó Nabé—. Sin recoger... ni ordenar nada... dejándolo todo exactamente igual que el día en que se llevaron al

pobre Bob enfermo».

Vio una puerta entreabierta que daba a otra habitación en la que había dos camillas, sin duda una para cada niño, un tocador bajo y dos cómodas pequeñas cerca de la ventana, y además otra puerta.

Nabé fue hasta ella. Aquélla debía ser la habitación de la niñera. Estaba ordenada, aunque cubierta de polvo... y no tan apolillada como las otras. La cama estaba en un rincón, y su colcha, blanca en otros tiempos, parecía gris debido al polvo que la cubría. Todo aquello era muy extraño y Nabé tuvo la sensación de haber retrocedido años y años.

Una voz llegó hasta él desde abajo.

—¡Nabé! ¡«Nabé»! ¿Qué estás haciendo? ¡Asómate y dinos lo que hay ahí!



Capítulo 10- En la vieja mansión olvidada

Bernabé volvió a asomarse a la ventana por la que había trepado y les gritó:

—Todo es muy extraño. Aquí hay tres habitaciones... todavía amuebladas. Esperad..., bajaré y os lo contaré todo. No sé por qué, pero no quiero gritar.

—¡Nabé! ¡Sólo queda un barrote! —le gritó Diana presa de pánico—. No te arriesgues. Ata la cuerda a otro sitio.

Nabé tiró del último barrote con la mano y se rompió en seguida. Era el que estaba más oxidado de todos. ¡Menos mal que no le había confiado su peso! Luego miró atentamente la cuerda. ¡Casi se había partido en dos! Había estado rozando alguna arista de los barrotes y hallábase cortada casi hasta el último cabo. Incluso cuando tiró de ella se partió en dos. Quiso cogerla..., pero cayó al suelo.

Se hizo un silencio.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Diana—. ¡La cuerda se ha roto!

—Podemos atarla, tonto —dijo Roger.

Nabé se asomó a la ventana y les señaló el cielo.

—¡Mirad..., está a punto de estallar la tormenta! Os empaparéis si os entretenéis en atar la cuerda y en enviar a «Miranda» con ella. Creo que lo mejor será que vea si puedo salir de esta habitación y penetrar en la parte principal del edificio. Entonces podré abriros la puerta o alguna ventana desde el interior para que podáis entrar.

—Bien —dijo Roger—. Iremos a esperar al porche, Nabé. Ya empieza a llover.

Roger, Chatín, Diana y «Ciclón» corrieron hasta el horrible porche, que como temiera la niña estaba lleno de arañas y tijeretas, así como otros muchos insectos que nunca viera hasta entonces. El suelo estaba resbaladizo y había mucha humedad. Era imposible merendar allí.

—Espero que Nabé encuentre algún medio para que podamos entrar —dijo Chatín estremeciéndose—. Ahora hace frío.

Estornudó.

—¿Te ha entrado pimienta en la nariz? —dijo Roger, tratando de despertar su hilaridad; mas el porche era un lugar demasiado lúgubre para bromas y risas.

¿Qué estaba haciendo Nabé en la vieja casona? ¿Buscaba un medio de hacerles entrar? Desde luego hacía cuanto estaba en su mano.

Fue hasta la puerta de la primera habitación de los niños. No estaba cerrada. A decir verdad, la llave estaba en la cerradura por la parte de dentro. Luego de abrirla vio que daba a un pasillo largo y oscuro. ¿Habrían cerrado aquellas habitaciones para que no entrase nadie?

Echó a andar por el pasillo, levantando el polvo del suelo. Un par de telarañas que colgaban del techo rozaron su rostro, sobresaltándole. Daban la impresión de unos dedos suaves. Aquello no le gustaba nada y hubiera deseado llevar consigo una linterna. ¡El pasillo era tan oscuro!

Llegó a una puerta maciza situada al extremo del corredor, y trató de abrirla accionando la manija a un lado y a otro. Inútil. La puerta no se abría. Estaba bien cerrada por el otro lado. Claro..., así era cómo habían aislado las tres habitaciones destinadas a los niños..., cerrando aquella puerta para que nadie pudiera acercarse a ellas.

¿Cómo podría entrar en la parte principal de la casa? Consideró la cuestión con sumo cuidado. Era casi imposible echar abajo aquella puerta y la cerradura se conservaba en buen estado. Al parecer, no podría salir de aquel pasillo.

De pronto se le ocurrió una idea. ¿Y la llave que viera en una de las puertas de las habitaciones de los niños? ¿Abriría aquélla por casualidad? Valía la pena probarlo por si acaso.

Volvió sobre sus pasos, y la nube de polvo casi le hizo toser. «Miranda» se agarraba a su hombro en silencio. Aquello no le gustaba. Era un lugar extraño y estaba muy oscuro.

Miró las tres puertas de las otras habitaciones. Cada una tenía una llave. Le parecieron más o menos iguales, pero quizá no lo fueran. Las llevó a la puerta del pasillo.

La primera se deslizó suavemente, pero no consiguió hacerla girar por más que intentó. Tenía miedo de forzarla por temor a que se rompiera y quedara dentro de la cerradura. Probó la segunda..., que sólo giraba a medias. Sin gran esperanza probó la tercera.

¡Y abrió! Ciertamente iba algo dura y que chirrió mientras la hacía girar lentamente y con grandes precauciones..., pero al fin corrió el viejo pestillo. ¡Ahora podría abrir la puerta!

Tiró del pomo y la puerta se abrió, levantando otra nube de polvo que les hizo toser. Ahora se hallaba ante un amplio descansillo con puertas a ambos lados. Nabé avanzó caminando de puntillas sin saber por qué.

Las fue abriendo una por una, mirando en todas las habitaciones. Estaban completamente vacías. Ni una silla, ni un libro, ni una alfombra quedaba en ninguna de ellas. Sólo el polvo cubría los suelos desnudos y las telarañas colgaban por todas partes. Grandes arañas corrieron por las paredes, asustadas al ver turbada su larga y oscura paz.

La mayor parte de las habitaciones estaban a oscuras, por lo menos sumidas en la penumbra a causa de la hiedra que crecía en las ventanas, y que apenas permitía el paso de la luz. Se olía a polvo y humedad.

Nabé fue bajando por la escalera y de cada escalón se levantaba un polvillo fino, como harina gris, que le hacía toser cuando llegaba hasta la nariz. No tocó el pasamanos por temor a levantar todavía más polvo.

Llegó al primer piso. Allí encontró más puertas que daban a otras habitaciones igualmente polvorientas y silenciosas. Desde el primer piso a la planta baja dos escaleras descendían a ambos lados del gran rellano y luego volvían a unirse para terminar en el amplio vestíbulo.

Ahora Nabé estaba ya en el recibidor que viera a través de la grieta de la puerta principal. Penetró de puntillas en una gran habitación que había a la derecha. Era el salón de baile. Los espejos le devolvieron doce veces la imagen de su confusa figura, haciéndole sentirse violento. Abandonó la sala de baile para entrar en otra habitación, que debió haber sido utilizada durante la última guerra, así como el salón de baile, ya que allí también había sillas rotas, restos de papeles rotos y un teléfono estropeado. También había polvo, pero no tanto como en los pisos de arriba.

Pasó a otra estancia, viendo que daba al porche. Distinguió las siluetas de los tres niños y «Ciclón» aguardando fuera pacientemente. Tal vez consiguiera abrir la puerta del porche. Acercándose a ella, golpeó el cristal con los nudillos, y los tres niños volviéronse sobresaltados para ver qué era aquel ruido.

—¡Es Nabé! —exclamó Diana satisfecha—. ¡Oh..., Nabé... entonces has conseguido salir de las habitaciones de arriba!

Nabé sólo podía adivinar lo que decían. Estuvo luchando con los pestillos de aquella puerta y al fin consiguió descorrerlos y abrirla. Los niños entraron corriendo y Diana se cogió de su brazo.

—¡Nabé! ¡Qué listo «eres»! Ahí fuera estábamos cogiendo frío y el agua empezaba ya a penetrar paulatinamente en el porche.

«Ciclón» empezó a dar vueltas por la estancia, levantando polvo.

—Basta, «Ciclón» —le dijo Chatín, airado—. Nos vas a hacer toser a todos... y tú toserás también.

«Miranda» seguía agarrada al hombro de Nabé, contenta de ver a los otros niños. Todos contemplaron aquella habitación polvorienta y silenciosa. Diana dio unos pasos adelante y lanzó un grito, haciendo saltar a los otros.

Había tropezado con una telaraña que le rozó la cara.

—Alguien me ha tocado —exclamó.

—No. Es sólo una telaraña —le dijo Nabé riendo—. Hay muchas. ¿Tenéis una linterna?

Chatín llevaba una. Por lo general tenía de todo. Era sorprendente la capacidad de sus bolsillos. Sacó la linterna y la encendió. En el acto una horda de arañas echaron a correr por todas partes y Diana volvió a gritar. No podía soportarlas. Los niños vieron las grandes telarañas que colgaban por todas partes.

—Esto no me gusta nada —dijo Roger—. Es un sitio horrible para merendar. ¿Cómo está lo de arriba, Nabé? Aún no nos has contado nada.

Nabé les refirió a toda prisa lo que había descubierto y el examen de las habitaciones de los otros pisos.

—Creo que estaremos mejor en las habitaciones de los niños —dijo—. Están también llenas de polvo, pero por lo menos hay sillas donde sentarse... y algo más de luz. Subamos.

Y fueron subiendo, primero por dos de las bifurcaciones de la escalera hasta el primer piso y luego por la más estrecha hasta el segundo. Llegaron hasta la puerta del pasillo y lo atravesaron.

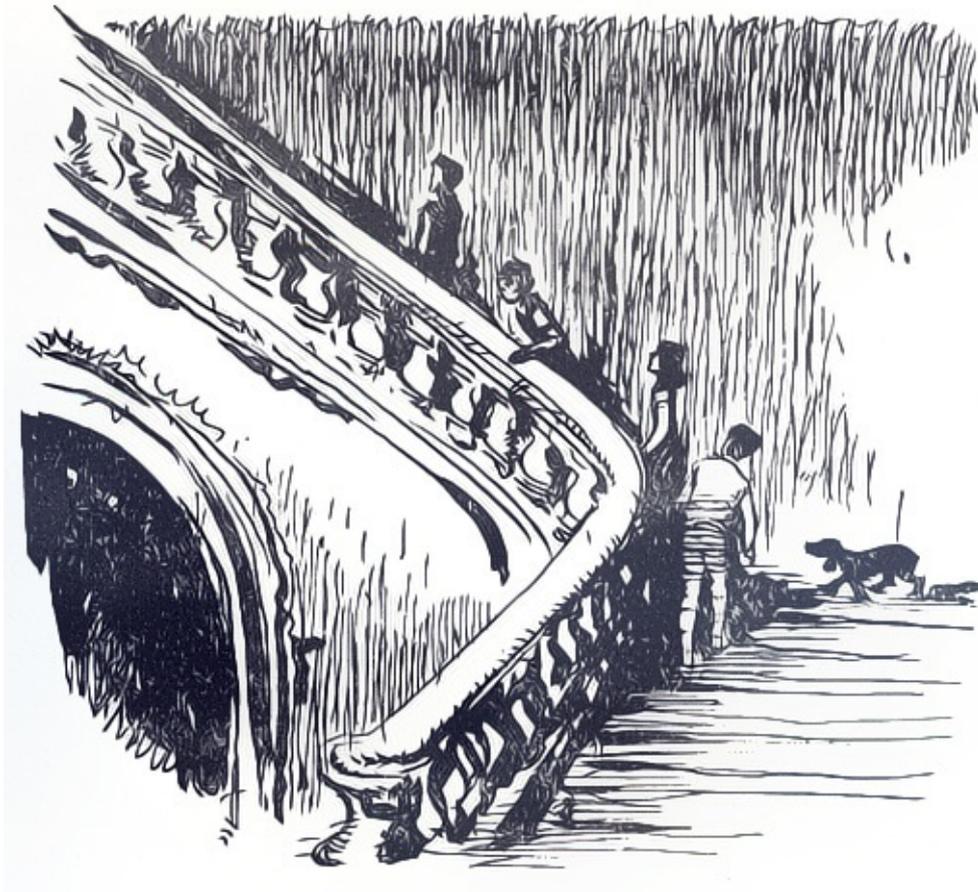
—Ésta debió ser el ala donde estaban las habitaciones de los pequeños —dijo Nabé—. Es un lugar muy bonito, con una magnífica vista del campo. ¡Mirad!

Abrió la puerta y los niños penetraron en la primera habitación. Quedaron silenciosos al ver el caballo-balancín inmóvil como si aguardase que algún niño lo montara..., el armario abierto, dejando ver los juguetes que guardaba en su interior..., la casa de muñecas... y los platos y viandas encima de la mesa preparadas para ser comidas.

—Es fantástico —exclamó Diana—. Fantástico de ver y de creer. No es que me

guste, pero esto resulta un poco más agradable que lo de abajo.

—Merendemos aquí —dijo Roger—. ¡Es decir, si no os importa sentaros sobre dos dedos de polvo! ¡Vamos! ¿Dónde está la cesta? Me sentiré mejor cuando tenga en mi estómago unos cuantos pedazos de pastel.



Capítulo 11- Una buena idea

La tormenta estalló mientras merendaban. Los truenos resonaban en el cielo, iluminado por los relámpagos, asustando a los niños, que saltaban en las sillas y parpadeaban deslumbrados.

—Bueno..., ¡me alegro de no estar merendando al aire libre! —dijo Roger tratando de bromear, pero nadie tenía ganas de reír. Sin embargo, se sintieron mejor después de haberse comido todos los bocadillos y pasteles y bebido las «Coca-Cola». «Ciclón» también tuvo su parte. En realidad era un estorbo en aquella polvorienta habitación, ya que sus cuatro patas levantaban mucho polvo. «Miranda» continuaba sobre el hombro de su amo mordisqueando rodajas de pepino.

Después de merendar, los niños volvieron a examinar las tres habitaciones. Parecía extraño que no hubieran sido utilizadas desde que se llevaron al pequeño Bob enfermito tantos años atrás.

—Supongo que su madre no podría soportar el volver a ver estas habitaciones

vacías —dijo Diana—. ¡Pobrecilla! Me pregunto si lo sabe alguien más aparte de nosotros. Es posible que estén del todo olvidadas. Quiero decir, que la gente pudo pensar que la puerta del pasillo, que estaba cerrada, daba sólo a un cuarto trastero o alguna habitación por el estilo.

—Tal vez tengas razón —replicó Nabé—. ¡Caramba, escuchad cómo llueve!

Desde luego, estaba diluviando. Los truenos seguían sonando, aunque más lejanos, y la luz de los relámpagos no era tan viva. Diana miró a Bernabé. ¿Dónde dormiría aquella noche? Sin duda no podría hacerlo en un pajar.

—Nabé..., esta noche no dormirás al raso, ¿verdad? —le preguntó al fin, guardando las botellas de «Coca-Cola» vacías en la cesta—. Todo está empapado.

—No —repuso Nabé—. A decir verdad, había pensado dormir aquí.

Los otros le miraron asombrados.

—¡Qué! ¿«Aquí»? ¿Solo? ¿En esta horrible casa deshabitada llena de arañas y polvo? —exclamó Diana horrorizada—. ¿Te «atreverías»? ¡Y además solo!

—Tendré a «Miranda» —repuso Nabé—. Y ya sabes que no me asusto fácilmente. He dormido en sitios mucho peores que éste.

Diana no podía imaginar un sitio peor que aquél y se estremeció. «Miranda» rodeó el cuello de su amo con sus bracitos y le habló al oído.

—Dice que está de acuerdo, que se quedará conmigo y asustará a las arañas —dijo Nabé con una sonrisa.

—Es una buena idea —dijo Chatín—. ¡Después de todo, las camas son buenas, aunque las sábanas se caigan a pedazos! La habitación de la niñera no está mal. ¿Por qué no la escoges como dormitorio, Nabé? Estarás muy cómodo allí.

—¡Ya sé! —exclamó Diana levantándose para ir a mirar en los armarios—. Veré si hay un cepillo y un trapo de polvo por algún sitio... y tal vez consiga limpiar un poco esa habitación.

Fue «Ciclón» quien encontró el cepillo, ¡naturalmente! Se metió en la parte inferior de un armario y sacó un cepillo de limpiar alfombras cuyas cerdas se habían ablandado.

—¡Precisamente lo que necesitaba! —dijo Diana quitando el cepillo a «Ciclón»—. Gracias, yo lo guardaré. Chatín, llámale..., está levantando polvo por todas partes.

—Será mejor que te envuelvas el cabello con algo, Diana —le aconsejó Roger viendo que el polvo flotaba alrededor de la cabeza de su hermana cuando empezó a sacudirlo—. Aquí tienes mi pañuelo. Es bastante grande. Átate a la cabeza.

De manera que, mientras los niños se divertían registrando el antiguo armario de los juguetes y sacando más soldados de madera tallados a mano y «Miranda» se probaba los sombreros de las muñecas, Diana estuvo muy atareada.

Quitó las ropas de la cama de la niñera, yendo a sacudirlas al descansillo. Estaban

llenas de polvo y el cobertor y una de las mantas se hicieron pedazos..., pero la otra parecía buena. Diana la llevó a la cama, colocándola sobre el colchón. No había sábanas. Quizá las quitó la niñera. La almohada estaba llena de polillas, que echaron a volar al sacudirla y que la redujeron a casi nada.

«Nabé tendrá que pasarse sin almohada —pensó—. Tendremos que traerle un abrigo viejo o cualquier otra cosa para que tenga donde apoyar la cabeza. O quizás un almohadón».

Quitó el polvo al tocador, al palanganero y la cómoda, pero se le introdujo en la nariz y empezó a toser. Tuvo que esperar a que se pasara un poco antes de continuar. Luego fue hasta la ventana para abrirla. Aquella habitación tenía tanto polvo y humedad que un poco de aire fresco le sentaría bien. Tras algunos forcejeos lo consiguió y unas gotas de lluvia la salpicaron al apartar las espesas ramas de hiedra.

Aquello le dio una Idea. Arrancando algunas ramas mojadas por la lluvia las sacudió sobre el polvoriento suelo para humedecerlo.

«Esto ayudará a sentar el polvo», pensó satisfecha de sí misma. Y así fue. De esta manera pudo barrer el suelo sin levantarlo.

Al final cogió la alfombra roída por la polilla y la encerró en un armario, ya que se caía a pedazos al cepillarla, y resultaba más sencillo barrer el lugar que había ocupado.

Cuando hubo terminado llamó a Nabé.

—Es todo cuanto puedo hacer —le dijo—. Ahora no hay tanto polvo... y tienes una manta bastante decente para dormir encima... o debajo. Aunque no sé dónde vas a encontrar agua.

—Es probable que haya algún pozo por alguna parte... o una bomba en la cocina —repuso Nabé alegremente. No le preocupaban aquellas pequeñeces—. De todas maneras, me baño en el río cada mañana.

—Ha sobrado una botella de «Coca-Cola» —exclamó Roger—. Te la dejaremos. Bueno..., espero que no te ocurrirá nada, Nabé... ¡durmiendo aquí solo!

—Es un sitio estupendo —repuso Nabé—. ¡Mejor que un granero húmedo o un pajar!

—¿Dejarás abierta la puerta del porche? —le preguntó Roger—. Así podremos entrar y salir cuando queramos. Mientras la puerta esté ajustada nadie sospechará nada. Podríamos utilizar estas habitaciones para jugar cuando haga mal tiempo.

—Celebro que Nabé haya encontrado donde dormir a cubierto —dijo Diana—. Y también «Miranda», desde luego. ¿Dónde está?

Fueron a buscarla. Había observado cómo Nabé se tumbaba en la cama, y tras mirarle atentamente salió de la habitación. ¡Y ahora había desaparecido!

Fue «Ciclón» quien la descubrió. Se puso a ladrar en la habitación contigua, donde había una camita de juguete con una muñeca.

Junto a la muñeca estaba acostada «Miranda», y sus ojillos castaños miraban pícaramente a «Ciclón». ¡Ella también tenía su cama como Bernabé!

—¡Oh, «Miranda»! —exclamó Diana—. Estás monísima. Nabé, ¿no es una monada? No hagas eso, «Ciclón». Has despertado a «Miranda», y eso no está bien.

—Será mejor que nos marchemos ya —dijo Roger—, o la señorita Pimienta, si se intranquiliza, llamará a la policía.

—Bajaré con vosotros —repuso Nabé—. Así dejaré entornada la puerta del porche como tú has dicho, Roger. Nadie sabrá que está abierta. Es evidente que nadie viene por aquí.

Les vio marchar con «Miranda» sentada sobre su hombro y tocada con un sombrero de muñeca que había encontrado y que se puso al revés. Diana corrió por el porche lleno de telarañas hasta pisar la hierba húmeda.

Los tres niños se mojaron mucho al regresar a casa por entre la espesa maleza, cubierta de gotas plateadas. El sol luchaba por salir y tal vez hiciera buena noche.

La señorita Pimienta estaba muy preocupada y alarmada por ellos.

—¡Dios mío, qué mojados estáis! —exclamó—. Id en seguida a poneros algo seco. Supongo que os habréis refugiado en algún sitio durante la tormenta.

—¡Oh, sí! —repuso Roger sin decirle dónde. No... aquello era un secreto. Nadie debía saber dónde habían estado aquella tarde.

Cuando estuvieron acostados, los tres se llamaron con voz muy queda mientras «Ciclón» iba corriendo como de costumbre de una habitación a otra cambiando de sitio todas las alfombras.

—¿Se habrá acostado ya Nabé? ¿Creéis que no le ocurrirá nada?

—¡No me gustaría dormir en esa horrible casa deshabitada! —Eso lo dijo Diana, naturalmente.

—A mí no me importaría estando con Nabé.

—¡Apuesto a que está en la cama y durmiendo como un tronco! ¡Y que no se despertará hasta mañana!

Nabé estaba acostado y dormía, y «Miranda» en la camita de la muñeca. Generalmente dormía con Nabé, acurrucada junto a él, pero aquella cama le pareció muy adecuada para ella, y allí estaba bajo la sábana abrazada a la vieja muñeca.

Bernabé durmió profundamente hasta las dos y media de la madrugada... y entonces despertó sobresaltado. «Miranda» había saltado sobre él y se agarraba a su cuello temblando.

Nabé se incorporó.

—¿Qué ocurre, «Miranda»? ¿Qué es lo que te ha asustado? ¡Estás temblando, parece que temes algo! ¿Te sentías sola?

«Miranda» se abrazó a él sin dar muestras de querer regresar a su camita, y Nabé llegó a la conclusión de que algo la había asustado. Pero ¿qué había sido? ¿Un ruido?

¡No era posible que hubiese entrado nadie en su habitación... porque allí no había nadie!

Entonces creyó oír un ruido lejano, y permaneció sentado en la cama escuchando. ¿Había sonado un golpe? ¿O era producto de su imaginación?

¡Debía haberlo imaginado! Volvió a echarse... «Miranda» seguía agarrada a su cuello..., pero volvió a incorporarse con un movimiento rápido.

¡«Había oído» un golpe! Y muy fuerte. ¡Bang! Escuchó atentamente y volvió a oírlo.

¡Bang! Luego el viento azotó la ventana y la hiedra golpeó los cristales. Nabé comprendió en el acto lo que era aquello... el viento y la hiedra. Pero ¿el otro ruido sería también producido por el viento? ¿Sería una puerta que golpeaba? ¿O tal vez la del porche que se habría abierto y golpeaba?

Nabé dudaba entre sí bajar o no. No tenía miedo, pero no le seducía la idea de andar en plena noche por aquella escalera y pasillos oscuros y polvorientos sin una luz.

—Si vuelvo a oír ese ruido bajaré —decidió—. Si no, no. Apuesto a que es una maldita puerta del porche que está golpeando. No debo haberla cerrado bien.

No volvió a oír más ruidos, aparte del rumor de una hoja que recorrió la habitación impulsada por el viento y que ponía los pelos de punta. Por un momento el pobre Nabé pensó que había alguien en el dormitorio..., pero «Miranda» sabía que sólo era una hoja y no se movió, y el muchacho supo que no tenía por qué preocuparse.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Estuvo escuchando unos minutos más, pero no oía más que el palpitante del corazón de su monita junto a su cuello.

Luego se quedó dormido, no volviendo a despertarse hasta que el sol penetró por entre las hojas de hiedra.



Capítulo 12- Llega el señor King

A la mañana siguiente, inmediatamente después de desayunar, Diana quiso ir a ver cómo estaba Bernabé.

—Tienes que ayudar a hacer las camas y recoger las tazas del desayuno —dijo Roger—. Dejaremos que vaya Chatín con «Ciclón». Ya estoy harto de él esta mañana. Ha puesto un gusano en mi zapato y melaza o algo por el estilo en mi esponja. Si va a tener uno de sus días pesados será mejor que se marche. Deja que vaya a molestar a Nabé. Él sabrá cómo manejarle.

Así que dijeron a Chatín que llevara a Nabé pan, mantequilla, tomates y una botella de leche, se marchó tan contento con «Ciclón» pegado a los talones. Cuando habían recorrido la mitad del camino descubrió que «Ciclón» llevaba en la boca el cepillo de la señorita Pimienta, y tuvo que regresar. Una vez debajo de la ventana de su dormitorio tiró el cepillo para que entrase por ella.

Se oyó un grito de dolor y Chatín puso pies en polvorosa.

—Bueno, ¿quién iba a pensar que estaba en medio...? —Díjose para sus adentros —. Eso es muy femenino.

Miró a «Ciclón», que había vuelto a pegarse a sus talones, esta vez con el cepillo de limpiar los zapatos de la señora Redondo. Chatín se detuvo para amonestarle seriamente.

—¿Qué es lo que te has creído? ¿Supones que voy a pasar la mitad del día devolviendo tus estúpidos cepillos? Eres un perro muy malo. ¡Devuélvelo! ¡Grrrr!

«Ciclón» miró a Chatín con ojos lánguidos y el rabo entre las patas.

—¡Devuélvelo! ¿Es que no me entiendes? —gritó Chatín—. ¡«De... vuél... ve... lo»!

«Ciclón» meneó el rabo y salió corriendo. Chatín estaba satisfecho.

—Es un perro muy listo —dijo a un par de gorriones que picoteaban por allí cerca —. Entiende todo lo que le digo.

Cuando regresó «Ciclón», le acarició.

—Bien, bien. ¡Apuesto a que lo llevaste hasta la cocina y lo dejaste caer a los pies de la señora Redondo!, eres el perro más inteligente del mundo.

«Ciclón» estaba muy contento. Acababa de dejar el cepillo en una madriguera de conejos. Bueno..., si Chatín se alegraba tanto dejaría muchas cosas en el mismo agujero.

Los dos continuaron la marcha. «Ciclón», corriendo tras todo lo que osaba moverse..., una hoja..., un remolino de polvo..., un pedazo de papel. ¡Grrrr! Mordisqueaba los cordones de los zapatos de Chatín, haciéndole tropezar. En resumen, se comportó como lo que era: un perro alocado, cosa que encantaba a su amito.

Chatín llegó al fin a la vieja casona y se dirigió al porche. La puerta estaba fuertemente ajustada y la empujó con el hombro. Costaba tanto de abrir que tuvo que dejar la cesta en el suelo y empujar con todas sus fuerzas hasta que se abrió de golpe, enviándole de cabeza dentro de la habitación. Se sentó rápidamente y «Ciclón» fue a lamerle, comprobando que no se había hecho daño.

—¡Hola! ¿Eres tú? —dijo la voz de Nabé—. He oído un gran estrépito y vine a ver qué era. Llegas muy pronto. Pero ¿por qué te has sentado en el suelo con tanto polvo como hay?

—Basta, «Ciclón» —dijo Chatín, apartando al excitado can. Luego miró a Nabé y sonrió—. Encontré la puerta tan cerrada que no podía entrar, tuve que empujarla con todas mis fuerzas..., se abrió cuando menos lo esperaba y me caí al suelo.

—Ya entiendo —repuso Nabé, descubriendo la cesta que quedada fuera—. Vaya..., ¿me has traído algo de comer? ¡Estupendo! ¡Pan, mantequilla y tomates! Todo delicioso. ¿Son para mí?

—Pues claro —dijo Chatín, sacudiéndose los pantalones.

Nabé fue a dejar la cesta en el interior y cerró la puerta. Luego tiró de ella. Desde luego ajustaba perfectamente. La estuvo contemplando preocupado.

—¿Qué te parece? —preguntó Chatín al ver su expresión—. ¿Por qué miras tanto esa puerta?

Nabé le contó lo asustada que estaba «Miranda» la noche anterior y los ruidos que oyera.

—Pensé que debía ser el viento que abría esta puerta —le dijo—. Pero ahora no lo creo. Cierra perfectamente.

Subieron juntos a las habitaciones de los niños. Chatín estaba un poco nervioso.

—A mí no me hubiera gustado nada —dijo a Nabé—. Estar a oscuras, oyendo ruidos... y sin poder encender una luz. ¡Brrrrr!

—Puedes dejarme tu linterna para esta noche —repuso Nabé—. Así podré realizar una pequeña exploración si oigo ruidos.

Chatín le entregó su linterna en el acto y se sentó a ver cómo comía Nabé.

—Hace un día espléndido —le dijo—. ¿Qué te parece si fuéramos al río y buscáramos un bote?

—Sí, me agradaría —repuso el muchacho—. ¿Cuándo empezáis las clases? ¿El lunes? Entonces será mejor que aprovechemos el tiempo. Esta mañana en la cama he estado leyendo el libro que me prestó Roger. Es magnífico.

—Bueno, si tú lo dices —dijo Chatín, haciendo una mueca—. Nunca he podido adivinar por qué Shakespeare tenía esa curiosa manera de escribir..., ya sabes..., todas las líneas del mismo tamaño. Es una idea extraña.

Nabé se echó a reír.

—¡Ojalá pudiera asistir a vuestras clases! —dijo—. ¡Apuesto a que me divertiría... y aprendería mucho!

—¡Vaya! —Chatín miró a Nabé como si se hubiera vuelto loco—. Debes estar chiflado. ¡«Querer» dar clase! Bueno..., no veo por qué no puedes venir a escuchar si así lo deseas. ¡Vaya unos «gustos»! ¿Oyes esto, «Ciclón»? ¡Está más loco que tú! ¿No te parece?

Caminaron hasta la puerta y sus huellas quedaron claramente marcadas en el polvo. Todas sus pisadas estaban allí, incluso las de «Ciclón», y Chatín las fue señalando.

—Éstas son las huellas de «Ciclón»..., y éstas las mías..., y éstas deben ser las tuyas. Aquéllas son de Di, son muy pequeñas. Y allí están las de Roger..., tiene los pies más grandes que ninguno.

Salieron por la puerta del porche y Nabé la cerró tras él. Luego empujó, pero no se abrió. Tuvo que forcejear mucho hasta conseguirlo. No pudo ser aquella puerta la que golpeará la noche anterior. Tenía que averiguar qué puerta era..., si es que fue una puerta. ¡Aquello era un misterio!

Nabé no durmió en la vieja casona las dos noches siguientes. Volvió el tiempo caluroso y los niños alquilaron un bote para un par de días. Nabé tuvo la ocurrencia de dormir en la barquita, tapado con una alfombra.

—¿No os importa? —preguntó a los otros—. Así os ahorraréis la molestia de devolverla al barquero, y a mí me encantará mecarme toda la noche sobre el agua.

—Bueno —dijo Roger, complacido—. Haz lo que quieras. Hace mucho calor para dormir en aquellas habitaciones polvorientas..., es mucho mejor dormir al aire libre si no llueve y hace buena temperatura.

El lunes llegó demasiado pronto, y con él el señor King armado de sus libros y una maleta. ¡Al parecer iba a quedarse en Villa Rockingdown! Los niños no habían pensado en ello y estaban sorprendidos.

—¡Válgame Dios! ¿Tendremos que soportarle a las horas de comer y todo? —dijo Chatín, contrariado, viéndole subir la escalera acompañado por la señora Redondo y el perro.

—Oh, no seas tonto, Chatín —le dijo la señorita Pimienta, impaciente—. Vive demasiado lejos para ir y venir cada día, y yo puedo que tenga que marcharme un par de días, y así estaré más tranquila al saber que hay alguien responsable en esta casa para cuidar de vosotros.

Los niños quedaron muy tristes. Nabé apareció en la ventana, enarcando las cejas.

—Sí. Ha venido —le dijo Diana—. Y va a vivir aquí. ¿No es algo espantoso? Tendremos que portarnos mejor que nunca.

—Yo no —dijo Chatín.

—Tú nunca te portas bien —replicó Diana—. Nabé, ¿de verdad quieres asistir a nuestras clases? Sinceramente, tendrás que estarte muy quieto...

Bernabé asintió. Sentía una verdadera sed de saber, y consideraba a sus amigos muy afortunados por poder recibir instrucción y poseer tantos libros.

—De acuerdo. Pues dentro de diez minutos ven y llama a la puerta —le dijo Diana—. Y cuando entres, finge sorprenderte al vernos trabajar tan quietecitos y...

—Que se disculpe e intente marcharse —intervino Roger, trazando un pequeño plan—. Y yo diré: «Oh, señor King, ¿le importa que Nabé se siente aquí a esperarnos?». Y todo saldrá a pedir de boca.

—Muy bien —dijo Nabé, desapareciendo con «Miranda» en el momento en que la señorita Pimienta entraba en la sala de estudios con el señor King.

—¡Ajá! Ya veo que estáis preparados —exclamó el señor King—. Muy bien. Veremos lo que habéis aprendido y así podremos continuar.

Un cuarto de hora después, Nabé pasó ante la ventana, y luego de penetrar por la puerta del recibidor, que estaba abierta, fue a llamar a la de la sala de estudio.

—Adelante —gritaron los niños antes de que el señor King pudiera decir nada, y entró Nabé con aire tímido, los cabellos húmedos y la cara y las manos limpias.

—Oh..., lo siento —dijo al ver a los tres niños sentados ante la mesa con el señor King—. No quiero interrumpiros. Perdone, señor.

E hizo ademán de salir de la habitación con aire contrito. Diana pensó que lo estaba haciendo muy bien. Chatín contuvo la risa y Roger se apresuró a decir al profesor:

—Oh, señor King..., ¿le importaría que nuestro amigo Bernabé se sentara a esperarnos? No nos molestará.

—Desde luego —replicó el señor King, amablemente—. No faltaba más. Siéntate junto a la ventana, Bernabé. ¿Tienes algún libro que leer?

El profesor quedó agradablemente sorprendido al ver que Nabé llevaba para leer nada menos que una obra de Shakespeare. Dando la espalda al muchacho, continuó la clase. «Ciclón» estaba tumbado a los pies de Chatín, agotado tras la loca carrera que acababa de dar subiendo y bajando la escalera. El señor King se felicitaba por tener una clase tan tranquila. La señorita Pimienta le había advertido que hallaría dificultades..., pero aquello no podía ir mejor.

Chatín se preguntaba dónde estaría «Miranda». Nabé no la trajo consigo. Debía haberla encerrado en alguna parte..., seguramente en el cobertizo. Bostezó. ¡Qué aburrimiento! Hasta «Ciclón» estaba apagado.

¡De pronto comenzaron a ocurrir cosas! La puerta se entreabrió ligeramente, dando paso a «Miranda», que vio a «Ciclón» dormido bajo la mesa. Sin que la viera nadie, pasó por debajo de la silla de Chatín para acercarse al perro. ¡Ah..., su enemigo estaba dormido! Cogió una de sus grandes orejas y tirando de ella con fuerza, lanzó un chillido. «Ciclón» se despertó en el acto y comenzó a aullar lastimosamente, persiguiendo a «Miranda», que se agarró al tapete para que no la agarrase. Éste cedió bajo su peso, arrastrando todos los libros, que cayeron al suelo con estrépito. A continuación se desarrolló una batalla campal debajo de la mesa, y el señor King se levantó sobresaltado, dejando caer su silla sobre «Miranda», que en aquel momento pasaba por debajo. La monita pegó un salto, y subiéndose a su hombro, le tiró de la oreja.

Chatín corrió tras «Ciclón», que se había caído junto a la chimenea, arrastrando las tenazas y la pala. Casi se encarama por la chimenea del susto que le produjo el estrépito. Nabé llamaba a gritos a «Miranda».

Chatín rompió un jarrón al perseguir a «Ciclón», y la señorita Pimienta y la señora Redondo, que estaban en la cocina hablando de la comida y oyeron el alboroto, se miraron asombradas.

—¿Qué estarán haciendo? —dijo el aya, corriendo hacia la sala de estudio y encontrándose con un perro enloquecido y una mona en igual estado que trataban de devorarse mutuamente.

«Miranda» desapareció escaleras arriba, yendo a esconderse. «Ciclón» volvió al

lado de Chatín, que no había cesado de llamarle a voz en grito, en parte para obligarle a obedecer y en parte por hacer el mayor ruido posible.

—¡Vaya! —exclamó la señorita Pimienta, muy contrariada—. Supongo que esto es lo que ocurre por dejar a «Ciclón» contigo, Chatín.

—«Ciclón» no ha sido —replicó el niño, indignado—. Estaba durmiendo debajo de la mesa. Ha sido «Miranda».

—Er... Yo cre... yo creo... que debes sacar al perro de la habitación —dijo el señor King, tratando de recobrarle bajo la mirada desaprobadora de la señorita Pimienta.

—Pero le aseguro que no fue culpa de «Ciclón» —casi gritó Chatín—. Esto no es justo.

—No puedo permitir que haya perros ni monos en mi clase —dijo el señor King con gran dignidad y repentina firmeza—. Los dos han sido sometidos a una prueba, y han fracasado.

—Pero, señor King..., «Ciclón» estaba dormido —se quejó Chatín—. ¿No oía sus ronquidos?

—No, no los he oído —replicó el profesor—. Llévate al perro, Pedro.

Chatín cogió a «Ciclón» por el collar para sacarle de la habitación, mirando al señor King con el rostro tan rojo como una remolacha.

—Está bien —dijo con voz temblorosa—. Si no le gusta mi perro, a mí tampoco me agrada usted. Se arrepentirá de no darle una oportunidad... ¡y eso que estaba dormido!

Salió con «Ciclón», que ahora estaba muy asustado. La señorita Pimienta le siguió.

—Vamos, no seas tonto, Chatín —le dijo—. Te portas como un niño de siete años. Yo me llevaré a «Ciclón» a la cocina para que lo vigile la señora Redondo.

—El señor King me las pagará —dijo Chatín en tono siniestro—. Ya lo verá. Tendrá que sentirlo, señorita Pimienta. ¡Vaya si lo sentirá!



Capítulo 13- Chatín recibe una sorpresa

Al señor King no le agradaron mucho los días siguientes. Chatín desplegó su vasta colección de trucos, convirtiéndose en una verdadera pesadilla para el maestro.

El pobre señor King encontraba una goma que no borraba o que producía extrañas manchas amarillas en el papel. Le proporcionaron una regla con medidas misteriosas y equivocadas que le asombró considerablemente. Esta regla era uno de los trucos predilectos de Chatín y le había sido confiscada innumerables veces en el colegio, pero de una manera u otra siempre volvía a manos del niño.

Los libros se caían al suelo de pronto como una cascada, a pesar de que Chatín se encontraba a bastante distancia de ellos. El señor King no veía el fino cordel atado al último del montón y que al tirar de él hacía que todos se vinieran abajo. La pizarra también se caía continuamente y cuando Chatín tenía que limpiarla, aparecía una nube de polvo de olor muy desagradable. Hubiera sido conveniente que el señor King examinara de cuando en cuando el borrador de Chatín, pero al parecer ni siquiera se le ocurría.

—Para haber sido maestro de una escuela de niños, resultaba bastante inocente —decía Roger, a quien le divertían sobremanera todos los trucos de Chatín. Y en cuanto a Nabé no podía contenerse cuando el niño ponía en juego otra de sus estratagemas, y su risa contagiosa resonaba por toda la casa.

Nabé parecía ser el único que disfrutaba de veras con las clases de la mañana. No tomaba parte en las lecciones, sino que permanecía sentado junto a la ventana al parecer leyendo. El señor King le daba la espalda, de manera que no se daba cuenta de que el niño absorbía todas sus enseñanzas..., escuchando las explicaciones sobre problemas de matemáticas, repitiendo la lección de francés, y deleitándose con la lectura de fragmentos de literatura inglesa. No había nada que no gustase a Bernabé. Poseía una memoria extraordinaria, y asombraba a Roger repitiendo las frases y declinaciones latinas cuando el pobre niño luchaba por hacer los deberes que le daba el señor King.

El señor King no era muy buen profesor, pensó Diana, y no ponía un interés especial en enseñarles. No sólo era incapaz de mantener a raya a Chatín, sino que algunas veces parecía inclinado a reír sus tonterías. Chatín se aburría separado de su perro, y estaba resuelto a no permitir que «Miranda» entrara en la sala de estudios ni un instante. La monita permanecía encerrada en el cobertizo mientras duraba la clase, pero algunas veces lograba escapar por algún lugar insospechado y aparecía silenciosamente en la ventana.

Buscaba a «Ciclón» y luego se acurrucaba junto a su amo, pero Chatín avisaba al señor King en seguida.

—Ahí está «Miranda», señor King. ¿Puedo traer a «Ciclón»?

Y «Miranda» tenía que marcharse. Nabé no le guardaba rencor alguno a Chatín por esto. Le gustaba aquel diablillo pelirrojo de cara pecosa, y siempre esperaba su próxima travesura.

El señor King les daba clase por la mañana y comía con ellos, pero luego desaparecía durante el resto de la tarde.

—Es usted muy aficionado a pasear, ¿verdad? —le dijo Roger una tarde cuando el profesor salía con su bastón y un libro—. ¿Adónde va?

—Oh, a ninguna parte —replicó el profesor—. Río abajo..., al pueblo..., según..., ayer visité esa vieja casona...

Los niños aguzaron el oído en el acto. ¡Diantre! ¿Habría descubierto su secreto? ¿Vería como ellos las cortinas tras aquellas ventanas, y las huellas que dejaron en el piso de abajo?

—Creo que es un lugar desolado —dijo Diana tras una pausa—. ¡No vale la pena visitarlo!

—A mí me pareció muy interesante —repuso el señor King—. Es muy antigua... y tiene toda una historia. Me gustaría conocerla.

Aquello era terrible. ¿Tendrían que cerrar la puerta del porche para que el señor King no descubriera que podía abrirse? ¿Era un entrometido?

Pero de hacerlo así, no podrían entrar y salir cuando quisieran... y como Nabé volvía a dormir en las habitaciones de arriba, era conveniente dejarla abierta para poder utilizarla si lo deseaban.

Ahora Bernabé se había acostumbrado ya a dormir en la cama antigua. Diana le había proporcionado un almohadón viejo del jardín para que lo usase como almohada, y una alfombra vieja. Y en la misma habitación de los niños encontró un par de platos y una taza.

Diana había conseguido quitar la mayor parte del polvo y Nabé disfrutaba en su pequeño escondite. ¡Nadie adivinaría nunca que estaba allí! Los días de lluvia los niños subían a las habitaciones de arriba y se divertían mucho. Una vez pensaron jugar al escondite utilizando la escalera principal y la posterior..., pero no llegaron a hacerlo. A nadie le apetecía esconderse en aquella casa tan lúgubre, y resultaba aterrador ir de puntillas a buscar a los que estaban escondidos.

—¡Tengo la impresión de que van a saltar sobre mí en cualquier momento! —decía Diana, estremeciéndose de pies a cabeza.

Bernabé no había vuelto a oír ruidos, pero «Miranda» no quiso dormir en la camita de la muñeca desde el susto de la primera noche, y dormía con su amo. Sólo iba a la cama de la muñeca cuando le molestaban los juegos de los niños. Entonces se arrebujaba debajo de las sábanas y al parecer dormía profundamente con la muñequita.

El único que había registrado toda la casa y entrado en todos los armarios era «Ciclón», por supuesto. ¡Las huellas de sus pezuñas estaban por doquier! Husmeaba aquí y allá, atragantándose con el polvo... y arañaba fuertemente las puertas para abrirlas.

Una noche Chatín quiso dormir en la vieja casona con Bernabé. La idea se le ocurrió de pronto.

—¿Pero por qué? —dijo Diana—. ¡Qué idea más horrible! En esa casa tan oscura... yo no dormiría por nada del mundo.

—Me gustaría —insistió Chatín—. Sólo por variar. Estas vacaciones me están resultando muy aburridas.

De manera que aquella noche, cuando le creían dormido, Chatín volvió a vestirse y salió al descansillo a escuchar. Abajo el reloj dio las once y media. ¿Se habría acostado el señor King? Solía hacerlo a las once, igual que la señorita Pimienta. La señora Redondo no pernoctaba en la casa, venía a diario del pueblo.

Diana y Roger sabían que Chatín iba a dormir con Nabé aquella noche, pero no se molestaron en permanecer despiertos para verle marchar. Chatín pidió prestado la linterna de Roger, ya que la suya se la dejó a Nabé, y en el descansillo la encendió y

apagó varias veces para ver si funcionaba bien. Sí. Era una buena linterna, mucho mejor que la suya.

«Ciclón» se había pegado a los talones de su amo, meneando la cola. Aquello le gustaba y no hizo el menor ruido. Cuando quería sabía estarse quieto y ser bueno... y ahora quiso por temor a que Chatín no le llevara.

Chatín decidió que el señor King estaba ya acostado. De todas maneras, por si acaso no fuera así, lo mejor era bajar por la escalera posterior y de este modo nadie le oiría. Comenzó el descenso de puntillas; el séptimo y el décimo tercer escalón crujían y los fue contando con sumo cuidado para no pisarlos. Llevaba a «Ciclón» sujeto por el collar para evitar que bajara corriendo como de costumbre.

Había llegado al pie de la escalera. Bien. Abrió la puerta para asomarse al exterior. La noche era espléndida y estrellada. No había luna, pero las estrellas brillaban tanto que era posible ver los árboles recostándose contra el cielo. Ahora andando hasta la Mansión Rockingdown. Los niños habían abierto un camino a fuerza de apartar ramas y arbustos.

Chatín cerró la puerta sin hacer ruido y emprendió la marcha acompañado de «Ciclón». Pronto pudo ver la sombra negra de la vieja casona recortándose contra el cielo estrellado. Parecía mucho más grande que a la luz del día.

«Ciclón» hizo varias excursiones entre la maleza, asustando a muchos conejos que no le esperaban. Le hubiera gustado perseguirles, pero no quería alejarse de Chatín. Era de noche y su amo necesitaba protección... contra... ¿qué? «Ciclón» lo ignoraba. Sólo sentía la responsabilidad de cuidar de Chatín aquella noche y por ello no se apartaba de su lado.

Chatín iba silbando quedamente. No es que estuviera asustado, pero le resultaba agradable tararear una cancióncilla. Llegó a un lugar que en otros tiempos estuvo cubierto de hermoso césped... y se detuvo de pronto, sujetando a «Ciclón» por el collar.

¡Había visto una luz moviéndose cerca de la casa! Aguzó la vista tratando de averiguar el significado de aquella luz. ¡Debía ser una linterna! Se movía de un lado a otro como si su propietario buscara algo. ¿Sería Nabé? Chatín no quiso silbar y averiguarlo por temor a que no lo fuese.

Y entonces «Ciclón», gruñendo sordamente, le dijo bien a las claras que no era Bernabé, y Chatín tuvo que sacudirle un poco para hacerle callar. No quería que el propietario de la linterna supiera que estaba allí con su perro. «Ciclón» no hubiera gruñido nunca a Nabé, por lo tanto aquél era un extraño. ¿Qué estaría haciendo? ¿Acaso era un vagabundo que buscaba un refugio donde pasar la noche?

Chatín se fue aproximando con «Ciclón», que ahora no hacía ruido y su amo pudo soltarle. No quiso encender su linterna y siguió la luz de la otra. Quienquiera que fuese iba dando la vuelta a la casa, examinando todas las puertas y ventanas. ¿Y

si llegaba hasta la puerta del porche y la encontraba abierta? ¿Entraría?

El hombre dobló la esquina de la casa y Chatín vio claramente su perfil, quedando realmente asombrado. ¡Vaya..., ahora sabía quién era aquel merodeador nocturno..., sin lugar a dudas..., el señor King!



Capítulo 14- Noche de misterio

Chatín estaba lleno de asombro. ¿Qué diablos estaba haciendo el señor King alrededor de la vieja casona a media noche cuando todos le creían en la cama? Permaneció inmóvil a la sombra de un gran arbusto pensando en todo aquello que no tenía pies ni cabeza.

Decidió ir hasta la puerta del porche, entrar lo más silenciosamente posible y subir a avisar a Nabé. Luego cerraría la puerta para que el señor King no pudiera entrar. El profesor estaba ahora en la parte de la casa opuesta al porche, o sea en el lado norte. Si se daba prisa, podría entrar sin ser visto ni oído. Echó a correr hacia la casa con «Ciclón» pegado a sus talones.

Una vez hubo subido los escalones del porche, tuvo que encender la linterna para buscar el pomo de la puerta. Lo hizo girar y empujó. La puerta se abría con más facilidad y sin mucho ruido ahora que los niños lo utilizaban a menudo. Chatín entró con «Ciclón», cerrándola tras sí. Luego corrió el pestillo y echó la llave. ¡Ahora el señor King ya no podría entrar!

Atravesó el vestíbulo de puntillas, entrando en otra habitación para ver si lograba

distinguir la linterna del señor King al otro lado de la casa. ¡Sí, allí estaba!

Chatín salió disparado escaleras arriba, pasó el primer rellano y luego el segundo. Se acercó a la puerta que daba al pasillo de las habitaciones de los niños y quiso abrirla.

¡Estaba cerrada! Chatín quedó intrigado. ¿Por qué estaba cerrada? Nabé la dejaba abierta para que ellos pudieran entrar y salir cuando quisieran. Llamó suavemente con los nudillos, y en seguida oyó el parloteo de «Miranda» al otro lado.

—¡«Miranda»! —exclamó en voz baja—. ¿Dónde está Nabé? ¡Busca a Nabé!

La puerta fue abierta inmediatamente y Bernabé apareció tras ella, llevando a «Miranda» sobre su hombro. Hizo entrar a Chatín y volvió a cerrar la puerta. Luego, en silencio le condujo a la habitación donde dormía.

—¿Por qué cerraste la puerta? —susurró Chatín.

—Porque anda alguien por ahí —repuso Nabé en voz baja—. ¿No has tropezado con él?

—¡Sí, por poco! Y además sé quién es —replicó Chatín.

—¿Quién? —quiso saber Bernabé.

—¡El señor King! —dijo Chatín—. Sí... es sorprendente, ¿verdad? Pero es cierto. Está examinando toda la casa por fuera, como si buscara por dónde entrar.

—«Miranda» me despertó hace unos minutos —explicó Nabé—. Y por su nerviosismo comprendí que ocurría algo, no cesaba de parlotear y de tocarme la cara con su manita. Así que me levanté para mirar por la ventana..., ¡y vi que había alguien abajo con una linterna!

—¿Por qué no bajaste corriendo a cerrar la puerta del porche? —preguntó Chatín.

—¡Porque pensé que podía llegar a la puerta al mismo tiempo que él! —repuso Nabé—. Por eso cerré la puerta del pasillo. Luego viniste tú, y me asusté un poco. Pensé que serías ese hombre... o tal vez otro. Sólo cuando «Miranda» empezó a demostrar alegría, adiviné que erais uno de vosotros tres. ¿Están los otros también aquí? ¿Por qué has venido?

Chatín se lo explicó entre susurros.

—Quise venir a pasar la noche contigo... y vi a ese hombre en cuanto me acerqué a la casa. Me sorprendí mucho al verlo. Los otros no han venido. Están en cama.

—¿Qué crees tú que está haciendo? —dijo Nabé, intrigado—. ¿Qué estará buscando?

—No puedo imaginarlo —replicó Chatín—. A propósito, ¿has oído más ruidos desde la otra noche?

—Ninguno —dijo Nabé—. Creo que debió ser el viento golpeando la puerta, nada más.

Fue hasta la ventana asomándose cautelosamente. No había nada que ver.

—Puede que esté al otro lado de la casa —dijo Bernabé—. Bueno, ahora que la

puerta del porche está cerrada, sabemos que no puede entrar. Bajemos a ver si averiguamos dónde está el señor King.

Y echaron a andar. «Miranda» iba encima del hombro de Bernabé sin cesar de parlotear y «Ciclón» disfrutando de lo lindo.

Una vez abierta la puerta del pasillo, bajaron silenciosamente la escalera hasta las habitaciones del primer piso. Una de ellas tenía balcón..., desde el que tratarían de descubrir la linterna del señor King.

La vieron en seguida..., moviéndose lentamente como si examinara todos los cierres de las ventanas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué querría entrar?

Y entonces..., cuando estaban observándose en silencio, oyeron un ruido.

¡Bang! ¡Pam! ¡Pam! ¡Bang!

Casi se desmayan del susto. Evidentemente, el señor King lo había oído también, porque apagó la linterna en el acto. Chatín se arrimó a Bernabé, muy asustado. «Ciclón» gruñó sordamente y «Miranda» permaneció muy quieta, escuchando.

—Ése es el ruido que oí la primera noche —dijo Nabé en voz baja—. ¿Tú crees que es una puerta que golpea?

—Pues..., podría ser —repuso Chatín, escuchando.

¡Bang!

—Ahí está otra vez —dijo Nabé—. ¿De dónde viene el ruido?

—De debajo —repuso Chatín, mientras le castañeaban los dientes.

Estaba avergonzado de su miedo y trató de apretar las mandíbulas para que sus dientes no se comportaran de un modo tan estúpido. ¡Deseaba con toda su alma volver a subir a las habitaciones de arriba y cerrar la puerta! Le sorprendía descubrir que no era tan valiente como había creído.

Nabé estaba muy tranquilo y sin asustarse, escuchaba atentamente. Los ruidos volvieron a oírse. Sí..., desde luego sonaban abajo.

No volvieron a ver la linterna del señor King. O se había escondido o se había marchado. ¿O tal vez se hubiera reunido con las personas autoras del ruido? Nabé consideró muy probable que fuese aquélla la razón que le llevara hasta allí aquella noche..., ¡el reunirse con sus amigos!

Permaneció inmóvil, escudriñando el exterior, y aguardando más ruidos. Se oyó un quejido semi-ahogado que puso los pelos de punta a Chatín... y luego un silencio absoluto. No volvieron a oírse más golpes.

—Bien —dijo Nabé al fin, apartándose de la ventana—. ¡Creo que por esta noche la función ha terminado..., fuera lo que fuese! El señor King ha desaparecido y los ruidos han cesado. Bajemos a explorar la planta baja para ver si descubrimos la causa.

Chatín estaba horrorizado. ¿Qué? ¿Bajar con aquella oscuridad para ver qué era lo que producía aquellos ruidos tan aterradores? ¡Nabé debía estar loco! Se asió de su

brazo.

—¡No, Nabé! ¡Subamos a la habitación y encerrémonos con llave!

—Ve tú —repuso Nabé—. Y llévate a «Ciclón». Yo iré a explorar.

Mas el pobre Chatín no se atrevía a subir solo..., no, ni siquiera llevando a «Ciclón» pegado a sus talones. Y pensó que de los dos males, el menor era quedare con Nabé..., ¡de momento no se atrevía a ir solo a ningún sitio!

Temblando de pavor, fue bajando la escalera con Nabé. Sentía a «Ciclón» pegado a sus piernas y eso le confortaba. Chatín hubiera deseado ser perro también. ¡Los perros no parecían asustarse de nada!

—Creo que los ruidos venían de la parte de la cocina —dijo Nabé en un susurro—. Aguardaremos un momento aquí en el recibidor y escucharemos.

Se detuvieron... ¡Y entonces, ante el horror de Chatín, algo tocó sus cabellos! Casi gritó de terror. Pero al notar que luego tiraban de ellos..., suspiró aliviado. ¡Era sólo «Miranda» que desde el hombro de Nabé quería demostrarle su afecto!

Penetraron en la gran cocina. Nabé encendió la linterna, y su haz de luz jugueteó por la estancia, apartando las sombras de los rincones. Chatín temblaba y Nabé lo notó.

—Estás asustado —le dijo, sorprendido—. No te preocupes, Chatín. «Miranda» y «Ciclón» nos avisarían en seguida si hubiera alguien cerca. No es posible que haya nadie por aquí o «Miranda» hubiera empezado su parloteo y «Ciclón» gruñiría.

Era cierto y Chatín se animó en el acto. En la gran cocina no había nada que ver. El haz de luz recorrió todo el suelo iluminando las huellas... de los pies de los niños y el perro, pero ninguna otra.

—Nadie ha entrado aquí —susurró Nabé, yendo al lavadero. Éste era una gran estancia con una bomba para el agua y una fregadera con sus grifos correspondientes. Allí, ni siquiera estaban las pisadas de los niños, puesto que nunca habían entrado en el lavadero.

Era muy extraño. ¿Cómo era posible que alguien hiciera ruido en la planta baja y sin embargo no dejara huellas ni el menor rastro de su paso?

—Es cosa de fantasmas —dijo Chatín al fin, y Nabé se echó a reír.

—¡No lo creas! Esos ruidos fueron hechos por personas..., no tenían nada de fantasmales. ¡No irás a creer en fantasmas! ¡Qué niño eres!

—Bueno..., es muy extraño —dijo Chatín—. Todos esos ruidos... y sin que encontremos la causa. ¡Ni siquiera la huella de una pisada! ¿Puedes explicarme cómo es posible que alguien haya armado tanto, estrépito aquí y no haya dejado huellas en el polvo?

—No, no puedo —replicó Nabé—. ¡Pero voy a averiguarlo! Eso es bien cierto. Hay algo raro en todo esto..., muy raro..., ¡y yo voy a dedicarme ahora a resolver este misterio!

—¿Tú crees que el señor King tiene algo que ver en esto, sea lo que fuese? — preguntó Chatín.

Nabé reflexionó.

—No me sorprendería —dijo—. Mañana hazle algunas preguntas, a ver qué dice. Pregúntale si ha dormido bien..., si ha oído ruidos durante la noche... ¡y si acostumbra a andar en sueños!

Chatín sonrió en la oscuridad.

—¡De acuerdo! ¡Veremos qué dice! Oye, ¿de veras ha terminado ya la función, Nabé? Tengo un sueño verdaderamente terrible.

—Sí, parece que ha terminado —repuso Nabé—. ¡Vamos, «Miranda», a la cama! ¿De veras vas a dormir aquí esta noche, Chatín?

—Pues, por nada del mundo volvería a Villa Rockingdown esta noche tan oscura —repuso Chatín—. ¿Me harás sitio en tu cama?

—¡Supongo que habrá que hacerle sitio también a «Ciclón»! —dijo Nabé—. Sí, espero que quepamos los cuatro. ¡Vamos!

Volvieron a subir la escalera, cerrando la puerta del pasillo y las de las habitaciones de los niños, y luego entraron en el tercer dormitorio. Chatín creía que le costaría mucho dormirse, pero los ojos se le cerraron en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Y allí durmieron los cuatro hasta la mañana siguiente... «Miranda» acurrucada junto al cuello de Nabé y «Ciclón» a los pies de su amo... ¡Qué cama más bien aprovechada!



Capítulo 15- Chatín es un estorbo

Chatín se despertó muy temprano con el afán de regresar a la casa antes de que nadie se hubiera levantado. Nabé le acompañó y quedó esperando en la ruinosa glorieta. Chatín prometió llevarle algo de desayuno.

Pero la señora Redondo vio a «Miranda» junto a la glorieta cuando llegaba a la casa para realizar la limpieza y preparar el desayuno, y al asomarse, descubrió a Bernabé.

—¡Ah..., otro más para el desayuno, supongo! —exclamó.

Nabé sonreía. Él y la señora Redondo se llevaban muy bien. Algunas veces el niño le ayudaba en pequeñas cosas..., desatascando la fregadera cuando se embozaba, colocando nuevas cuerdas para tender la ropa..., etcétera, etcétera. Ella le consideraba un niño habilidoso y servicial, aunque no podía soportar a «Miranda».

Nabé desayunó con los demás con el permiso de la señorita Pimienta. Uno más no tenía importancia, y Nabé parecía un niño simpático, aunque un poco raro. El señor King estaba allí también con aspecto cansado. Bajó a desayunar muy tarde.

Chatín le aguardaba preparado. Había referido a Roger y Diana los

acontecimientos de la noche anterior, que ellos escucharon emocionados y atónitos.

—¡Qué suerte... haber corrido tantas aventuras a medianoche y con Nabé! — exclamó Roger.

Chatín no le dijo lo asustado que se sentía..., ahora que era de día y el sol brillaba con fuerza, casi había olvidado cómo le castañeaban los dientes y se le erizaban los cabellos. Sentíase valiente... ¡Ajá! ¡Había pasado una noche maravillosa mientras los otros dormían tranquilamente en sus camas!

Quedaron muy sorprendidos al oír que el señor King también andaba de ronda. Roger lanzó un silbido como era su costumbre.

—¿Qué diablos estaría buscando? Es un competidor. ¿Por qué no dijo nada?

El señor King se disculpó por llegar tarde a desayunar, y en cuanto se hubo sentado Chatín, comenzó su interrogatorio.

—¿Ha pasado mala noche, señor King?

El profesor pareció sorprenderse ante el repentino interés de Chatín.

—No —dijo—. He dormido muy bien, gracias.

—Pues yo no —replicó el niño—. He estado muchos ratos despierto. ¿No ha oído ruidos esta noche?

El señor King pareció sobresaltarse y volvió sus ojos hacia Chatín, que había adoptado una expresión inocente.

—¿Qué clase de ruidos? —preguntó con cautela.

—Oh..., ruidos simplemente —repuso Chatín—. Quizá duerme usted demasiado bien para oír nada, señor King.

—Desde luego, duermo muy bien..., como un tronco —repuso el señor King—. Señorita Pimienta, ¿quiere darme la mostaza?

Chatín no iba a dejar que cambiara de tema, y continuó interrogándole.

—Anoche me pareció oír pasos. Tal vez fuese alguien caminando en sueños. ¿Ha paseado alguna vez dormido, señor King?

—Nunca —replicó el profesor en tono seco—. Estas salchichas son excelentes, señorita Pimienta. Siempre he dicho que en el campo todo sabe mejor que en la ciudad.

—Quisiera saber quién se ha levantado esta noche —insistió Chatín, con aire inocente—. ¿Fuiste tú, Roger? ¿O tú, Diana? Estoy seguro de que alguien bajó la escalera.

—Nosotros no —dijeron Roger y Diana, disfrutando al ver los apuros del pobre profesor.

—Y usted tampoco, ¿verdad, señor King? —dijo Chatín, volviéndose a él—. A menos que sea sonámbulo.

—Ya te he dicho que no lo soy —replicó el señor King, exasperado—. Ahora, ¿quieres dejarme hablar con la señorita Pimienta? Si esto es lo último que se te ha

ocurrido para hacerte el gracioso, ya puedes ir pensando otra cosa. Resulta pueril.

—¿Qué es pueril? —preguntó Chatín en el acto.

—Te lo explicaré en la clase de latín —repuso el señor King con voz que prometía una lección muy embarazosa para Chatín—. Aunque yo hubiera asegurado que ya sabías lo que significa «pueril». Es una lástima que estés tan atrasado.

Chatín guiñó un ojo a sus compañeros. Había descubierto lo que deseaba saber. El señor King no estaba dispuesto a admitir que salió la noche pasada..., ya que al parecer era asunto suyo, y si lo guardaba en secreto..., significaba que tal vez volviese a sus exploraciones y sería divertido vigilarle por si acaso.

—¿Va usted de paseo hoy también? —preguntó Chatín, dirigiéndose al señor King—. ¿Puedo acompañarle?

—Voy a ir de paseo..., pero no quiero que vengas conmigo con lo pesado que estás hoy —replicó el señor King, y Chatín tomó la resolución inmediata de seguirle. «Ciclón» que estaba debajo de la mesa, empezó a mordisquear los cordones de los zapatos del profesor. «Miranda» había quedado en el cobertizo para evitar que empezara a pelearse con el perro.

Chatín estuvo aún más pesado durante la clase que a la hora del desayuno. Le ordenaron que escribiera tres frases en francés, y formó las siguientes que leyó en tono muy alegre.

«*Ils étaient de bruits dans la nuit.*» —Hubo ruido durante la noche.

«*Je me promene dans mon sommeil.*» —Me paseo dormido.

«*Je ne parle pas toujours le vrai.*» —Yo no siempre digo la verdad.

El señor King escuchó aquellas curiosas frases en silencio, y tras observar a Chatín, pareció a punto de perder los estribos, pero luego cambió de opinión.

—Están llenas de errores elementales —le dijo fríamente—. Haz el favor de escribir tres más. Y si también te equivocas, escribirás otras tres.

Chatín decidió no molestar más al señor King, y escribió tres frases inocentes en francés sin la menor equivocación..., cosa que no es de extrañar, puesto que las había copiado de su libro de francés. El señor King no parecía recelar estos pequeños trucos. Chatín hubiera deseado que el profesor de francés de su colegio fuera tan ingenuo, pero por desgracia «monsieur» Riu era capaz de oler los trucos antes de que los pusiera en práctica.

Después de comer, los niños se reunieron en la glorieta, y comentaron riendo la frescura de Chatín.

—De todas maneras, el señor King es muy especial —dijo Roger—. ¿Por qué ese misterio? Podía haber dicho sencillamente que no podía dormir y que salió a dar un paseo. No es muy rápido improvisando.

—Esta tarde pienso seguirle —dijo Chatín—. ¿Verdad, «Ciclón», viejo amigo?

«Ciclón» dio su consentimiento apoyando sus patas en la rodilla de Chatín, y

lamiéndole la nariz a su gusto. Luego quiso tumbarse, pero al ver a «Miranda», echó a correr tras ella hasta que se subió a un árbol y desde allí se burló de él.

—¡Las cosas que le está diciendo! —dijo Nabé, fingiendo sorprenderse—. ¿Dónde las habrá aprendido?

El señor King salió de paseo a las dos y media, llevando consigo un mapa y su bastón. Chatín, que estaba a la espera, le dejó adelantarse y luego salió tras él. «Ciclón», que había recibido orden de no hacer ruido, caminaba a su lado olfateándolo todo.

El señor King caminaba a campo traviesa en dirección al río. Chatín estaba un poco decepcionado. Había esperado que volviera a explorar la vieja casona. De ser así, hubiera podido entrar, ya que la puerta del porche estaba abierta, pues desgraciadamente la llave no cerraba por la parte de fuera.

Chatín fue siguiendo al señor King con sumas precauciones, agachándose cuando el profesor se detenía y miraba a su alrededor. Esto causó gran asombro a una anciana que pasaba por allí cerca en el momento en que Chatín se dejaba caer al suelo repentinamente. Se había tumbado siseando a «Ciclón» para que también se echara, y la anciana se le acercó preocupada.

—¿Te encuentras bien, pequeño? —le dijo—. ¿No te sientes mal?

—¡Chisssss! —dijo Chatín, contrariado, arrastrándose hasta un seto como un cangrejo ante la alarma de la anciana. Aquel niño debía estar loco..., como no fuese...

—¿Estás jugando a los pieles rojas? —le preguntó.

El señor King había vuelto a emprender la marcha, y Chatín se puso en pie refugiándose tras el seto.

—Soy el gran jefe Pluma Roja —dijo a la viejecita—. Tenga cuidado con mis hombres. ¡No consienta que le arranquen el cuero cabelludo! Y dejó a la anciana buscando a sus «hombres» para continuar tras los pasos del señor King, asustando a varias vacas al echarse repentinamente al suelo cada vez que el señor King se detenía para estudiar el camino. Chatín se estaba divirtiendo de lo lindo. Se consideraba bastante listo..., ¡qué bien estaba siguiendo al señor King!

Llegaron al río, y el profesor, tras consultar su mapa, echó a andar corriente arriba. Era una región bastante selvática y el señor King y su seguidor, encontraron dificultades para avanzar. A decir verdad, Chatín, después de caerse dos o tres veces en zonas pantanosas y de tener que sacar del barro a «Ciclón» por lo menos seis, casi abandona la persecución.

Unas colinas escalonadas, se levantaban ahora a un lado del río. Un arroyuelo se desviaba hacia el este, y ante la sorpresa de Chatín, el señor King dejó el río para seguir aquel pequeño afluente. El pobre niño lanzó un gemido. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Debía ser casi hora de merendar... ¡y tenía que

recorrer todo aquel trecho para volver a casa!

Para empeorar las cosas, el señor King se sentó de pronto en una zona seca, y sacando un paquete de su bolsillo, lo abrió, poniendo al descubierto una serie de bocadillos y un pedazo de pastel. ¡Chatín hubiera llorado de rabia! ¿Por qué no había tenido la precaución de averiguar si el señor King pensaba regresar antes de la hora de la merienda?

Tuvo que tenderse bajo un arbusto bastante espeso y observar cómo el señor King devoraba bocadillo tras bocadillo, y un gran pedazo de pastel de frutas de la señora Redondo. «Ciclón» lanzó un gemido cuando el viento llevó hasta él el apetitoso aroma, pensando que su amo era muy tonto por no haber llevado también algo que comer.

Chatín vio que el señor King levantaba la cabeza al oírlo y siseó al asombrado «Ciclón».

—¡Cállate, estúpido! ¡Ni una palabra!

El perro miró a su amo unos instantes, pensando que se había vuelto loco, y luego se hizo un ovillo, disponiéndose a dormir. Chatín se alegró al ver que el profesor doblaba los papeles de su merienda y los guardaba en el bolsillo. ¡Ahora tal vez regresara a casa!

Pero no fue así. Continuó siguiendo el arroyo y Chatín tuvo que abandonar la persecución porque aquel paraje era demasiado desolado para poderle seguir sin ser visto. ¡Haber andado tanto para nada!

Aguardó un momento. El señor King estaba ahora muy quieto, mirando algo con gran interés. ¿Qué era? Chatín estaba lleno de curiosidad. Vio que el profesor se inclinaba sobre el arroyo y tocaba algo. Luego se agachó todavía más hasta casi desaparecer, permaneciendo unos minutos fuera de su vista. Al fin volvió a verle cuando sacaba unos prismáticos y examinaba todos los alrededores. ¿Qué estaría buscando? ¿Y qué fue lo que encontró en el arroyo? Chatín tomó la decisión de ir a verlo, aunque llegase tarde para la cena.



Capítulo 16- Chatín no demuestra ser muy inteligente

El señor King, ante la sorpresa de Chatín, echó a andar en dirección opuesta. Después de echar un vistazo a su mapa, se encaminó hacia el sur..., a campo traviesa... y por las colinas. El niño que no tenía la menor idea de dónde se encontraba, y se sentía a kilómetros y kilómetros de su casa, miró al profesor con desesperación.

«¿A dónde iré ahora? ¡Qué persecución más disparatada es ésta!».

Aguardó a que el señor King desapareciera de su vista tras un pequeño bosquecillo y luego lo más rápidamente que pudo fue al lugar donde le viera detenerse junto al arroyo. Allí había un pequeño remanso..., como una ensenada, semioculta por los árboles y arbustos, y casi escondido entre ellos, en el fondo del remanso, había un bote sin nombre con un par de remos y un rollo de cuerda. Nada más. ¡Qué misterioso!

Chatín contempló el bote abandonado. ¿De quién sería? Por allí no parecía haber ninguna casa. Qué extraño dejar un bote en aquel arroyo y tan escondido. ¿Por qué?

¿Quién lo utilizaba? ¿Y dónde vivía su propietario? Chatín hubiera deseado tener unos prismáticos como el señor King para poder escudriñar aquellos alrededores y descubrir si había alguna casa o granja escondida entre las colinas.

Cuando hubo terminado de examinar el bote, que no le dijo absolutamente nada, el señor King había desaparecido por completo y no pudo ver rastro de él por parte alguna. Miró a su fiel perrito.

—¿Crees que sabrías dar con él? —le preguntó—. Así podríamos seguirle sin perdernos.

«Ciclón» le miró con inteligencia meneando el rabo.

—De acuerdo..., síguete —dijo Chatín, indicando con la mano la dirección por donde desapareciera el señor King.

«Ciclón» emprendió la marcha ávidamente, aunque sin tener la menor idea de lo que quería su amo. El niño estaba encantado.

—Es el perro más inteligente del mundo —dijose echando a andar tras él, pero cuando «Ciclón» le hubo llevado hasta ocho madrigueras consecutivas, empezó a variar de opinión.

—Estás loco —le dijo, pesaroso—. ¿De verdad crees que te dije que buscaras madrigueras? No tienes sentido común, «Ciclón».

El perro ladró meneando el rabo y dispuesto a buscar otra madriguera, pero Chatín ya tenía bastante. Aparte de su hambre y sed, estaba cansado, sucio de barro y además muy ofendido con el señor King. Su persecución no le demostró más que el profesor era muy aficionado a los paseos largos... y habían visto un bote escondido que no parecía pertenecer a nadie. El señor King había saboreado una rica merienda antes de desvanecerse en el aire, y Chatín se perdería, tratando de seguir su pista. Debía volver al arroyo y seguirlo hasta el río y de allí hasta el lugar que ya conocía para regresar a casa.

Al pobre niño se le hizo muy largo el camino e incluso «Ciclón» parecía abatido cuando emprendieron el regreso junto a la pantanosa orilla del pequeño arroyo.

Chatín no llegó a casa hasta las ocho, encontrando a todos muy preocupados por él, incluso al señor King. Miró a su profesor, como si él tuviese la culpa de que hubiera pasado una tarde tan terrible.

—¿Cuánto tiempo hace que ha regresado? —le preguntó.

—Oh..., pues estoy aquí desde las cinco y media —repuso el señor King ante su asombro.

¡Las cinco y media! Vaya, el señor King había regresado desde el arroyo en cosa de media hora... o menos. ¿Pero cómo lo hizo? Chatín no podía ni imaginarlo. Estaba a punto de saltársele las lágrimas de hambre y cansancio.

La señorita Pimienta se compadeció de él, y olvidando su enojo e inquietud, le preparó un baño caliente y luego le acostó, llevándole a la cama un plato de la

deliciosa sopa de tomate de la señora Redondo, ternera asada y melocotones con nata. ¡Chatín se encontró como en el séptimo cielo! ¡Vaya festín! Sinceramente valía la pena haber pasado aquellas penalidades para conseguir aquella estupendísima cena.

Dijo muy tajante a la señorita Pimienta todo lo ocurrido durante su larga ausencia.

—Salí a dar un paseo y me perdí —fue su explicación—. Eso es todo.

—¿Adonde fuiste? —le preguntó el señor King, con curiosidad.

—En realidad no lo sé —le contestó en tono amable—. ¿Dónde fue usted?

—Oh, a dar una vuelta —dijo el señor King—. Pero yo me llevé la merienda. Es una lástima que no tropezaras conmigo, nos la hubiéramos repartido.

Chatín sonrió para sus adentros. ¡Qué poco imaginaba el señor King que estuvo lo bastante cerca de él para poder ver lo que comía! Hasta que la señorita Pimienta y el profesor se hubieron marchado de su habitación, Chatín no contó a los otros niños qué había ocurrido exactamente, y que les interesó mucho.

—Imaginaos, un bote escondido bajo los árboles, sin ningún propietario visible —dijo Roger—. ¡Un misterio!

—Sí, pero lo que parece ser mucho más misterioso..., es cómo consiguió regresar tan pronto el señor King —replicó Chatín—. Quiero decir... que se tardan horas en llegar hasta el bote, ¡y, sin embargo, el señor King sólo necesitó media hora para volver a casa!

—Bueno..., pudo tomar un atajo —repuso Roger—. Echemos un vistazo al mapa y lo averiguaremos.

Roger bajó a la planta baja para buscar un mapa de aquella región, y de nuevo arriba, señaló Rockingdown con el dedo.

—Aquí estamos... Mirad, éste es el pueblo... y éste es el camino del río. Ahora dices que fuiste río arriba..., así.

—Sí. Y llegamos hasta un arroyo... bastante grande, que se une al río —dijo Chatín, pinchando un trozo de ternera con el tenedor—. ¿Está indicado el arroyo?

—Sí, aquí está..., río Rocking —exclamó Roger—. Dices que lo seguiste un buen trecho..., bien, por aquí vamos —y fue corriendo el dedo por el mapa.

Diana lanzó una exclamación.

—¡Vaya! ¡Está clarísimo por qué el señor King regresó tan de prisa! Mirad..., había trazado casi un círculo... y tomando un atajo por esta colina, debió salir muy cerca de Villa Rockingdown. Fijaos..., apenas hay distancia.

Diana tenía razón. Porque debido a la curva que describía el río, Chatín había caminado en semicírculo, y luego arroyo arriba, lo cual formaba casi las tres cuartas partes de una circunferencia, y el cuarto restante es el que separaba la colina de Villa Rockingdown. ¡Bien sencillo!

Chatín exhaló un profundo suspiro.

—¡Cáscaras! He sido un estúpido. Estando a tan poca distancia de aquí, anduve

kilómetros y kilómetros por el camino largo, pero yo no lo sabía.

—Debieras haber llevado una brújula —dijo Roger—. De todas formas, si quieres que veamos el bote, no está muy lejos..., iremos por este camino de aquí hasta el arroyo, atravesando la colina y esta pequeña zona pantanosa... ¡hemos de encontrar ese bote!

Todo parecía muy sencillo teniendo el mapa ante los ojos. Chatín estaba realmente desesperado al ver el rodeo innecesario que había dado para regresar a casa. ¡Al señor King debía gustarle mucho pasear para hacerlo por terrenos pantanosos y entre espesa maleza! Bueno, era la última vez que seguía a nadie. El profesor podía seguir paseando a diario si lo deseaba..., ¡pero por lo que a Chatín respecta, lo haría solo!

Chatín se quedó dormido inmediatamente después de haber terminado su cena. Tras la inquieta noche anterior y la caminata de la tarde, estaba agotado. ¡Aquella noche sí que no saldría de excursión!

Nabé estuvo jugando con Roger y Diana hasta que fue hora de acostarse. El mapa que habían estado mirando, yacía olvidado debajo de una mesa cercana.

Nabé, a quien no le tocaba jugar en aquel momento, ya que el juego era sólo para dos y se turnaron, se entretuvo mirando el mapa..., fue siguiendo el arroyuelo... y al fin exclamó, intrigado:

—¡Aquí hay algo raro! ¡Mirad!

—¿Qué? —dijo Diana, meneando el cubilete de los dados—. ¡Un seis..., bien! Lo que estaba esperando.

—Mirad —continuó Nabé—. ¿Veis este arroyo en donde Chatín encontró el bote? Mirad a dónde va.

Todos miraron con atención.

—Bueno, no veo nada de particular —dijo Roger—. Sólo que pasa muy cerca de la Mansión Rockingdown..., luego tuerce hacia el Norte... donde están las colinas... y al parecer sigue su curso.

—Sí..., ¿pero no comprendéis? —dijo Nabé—. ¿Habéis visto algún riachuelo por estos alrededores? La vieja casona está situada en mitad de estas tierras. Pues bien, este mapa indica que el arroyo pasa muy cerca de la casa..., pero vosotros sabéis tan bien como yo que no hay ningún riachuelo por estos alrededores.

Los otros dejaron su juego para mirar el mapa más de cerca. Sí..., verdaderamente parecía que el arroyo pasaba muy cerca de la casa. Era un mapa en gran escala y el riachuelo estaba indicado en los mismos terrenos de la antigua finca.

Y, sin embargo, lo que decía Nabé era cierto. Ninguno de ellos había visto ningún río por allí, y eso que habían explorado la finca a conciencia.

«Miranda» saltó encima del mapa y los niños la apartaron. Ahora estaban intrigados. ¿Dónde estaría el riachuelo? Trataron de averiguarlo.

—No está cerca de nuestra casa, eso es seguro. Ni tampoco del pueblo, o habríamos tenido que cruzar algún puente. Debe estar al otro lado de la casona. Iremos a verlo. Esto me intriga.

—Si no está, debe haberse secado, o habrá alterado su curso —dijo Roger.

—Podemos averiguarlo fácilmente —replicó convencido Nabé.

—¿Cómo? —preguntó Diana.

—¡Utiliza tu cerebro!

—Oh, claro, podemos seguir el riachuelo desde que se separa del río —dijo Diana—. No se me había ocurrido. ¡Qué tonta soy!

—Sí. Podemos seguirlo fácilmente y ver cuál es su curso —dijo Nabé—. No es que tenga gran importancia. Sólo me ha interesado lo cerca que pasa de la vieja casona, al verlo en el mapa.

Dejaron aquel tema para empezar otra partida. Al cabo de un rato, la señorita Pimienta asomó la cabeza por la puerta de la sala de estudio.

—Nabé, es hora de que te marches. Está lloviendo mucho. ¿Duermes muy lejos de aquí?

La señorita Pimienta pensaba que Bernabé dormía en alguna parte. Le dijo que en una habitación, y ella se imaginó que sería en el pueblo. Nadie la sacó de su error. ¿Cómo iban a decirle dónde dormía Nabé en realidad?

—No. No muy lejos, señorita Pimienta —replicó Nabé levantándose para marcharse. En realidad era un niño bien educado—. Os veré mañana —dijo a Diana y Roger—. ¡Hasta la vista!

Salió llevando a «Miranda» sobre el hombro, como siempre, y «Ciclón» le escoltó hasta la puerta, dedicándole algunos ladridos, que en realidad eran para «Miranda».

—¡Al fin nos libramos de tanta tontería! —parecía querer decir, y luego volvió trotando junto a los otros niños, satisfecho de sí mismo.

Nabé recorrió los antiguos jardines de la vieja casona con sumas precauciones, preguntándose si andaría por allí el señor King... o cualquier otro..., pero no vio a nadie. De todas maneras, cerró con llave la puerta del porche y también la del pasillo... ¡No quería que volvieran a molestarle en plena noche!



Capítulo 17- Nabé lleva a cabo algunas explicaciones

De todas formas Nabé tuvo una noche muy inquieta. «Miranda» le despertó cuchicheando asustada y tirándole del cabello y las orejas. El niño la cogió en brazos y se sentó en la cama.

¡Bang! ¡Pam!

Otra vez aquellos ruidos. ¡Diantre! ¿Qué era lo que estaba pasando en aquella casa? ¿Tenía que levantarse e ir a ver, o tumbarse a dormir de nuevo? Al parecer no ocurría nada aparte de aquellos ruidos. No había entrado nadie, o de otro modo hubiera dejado huellas, y no se veían otras que las suyas.

Los ruidos volvieron a dejarse oír, y luego aquel quejido prolongado. «Miranda» estaba aterrorizada y trató de introducirse en la camisa de Nabé, lanzando grititos de temor. El niño la consoló mecánicamente, mientras escuchaba con suma atención. ¿Qué era lo que producía aquel ruido? ¿Y dónde sonaba? ¡Tenía que ser en el interior de la casa!

Nabé suspiró. Estaba cansado después de la mala noche anterior y hubiera deseado dormir, pero sentía una gran curiosidad por averiguar todo aquello. No tenía el menor miedo, y apartando la manta, echó a andar por la habitación hasta la puerta.

No encendió su linterna por temor a que la luz pudiera ser vista desde el exterior.

«Miranda» intentó retenerle, asiéndose a sus piernas y parlotando alocadamente. Bernabé rió.

—¡No te pasará nada, «Miranda»! ¡No tengas miedo! No seas tonta. Vamos..., estate quieta, o van a oírte.

Atravesó el pasillo y abrió la puerta sin hacer ruido. Se preguntaba cómo habían podido entrar en la casa el autor o los autores de aquellos golpes... y de ser así, ¿dónde estaban sus huellas? Dejó de pensar en ello. Era un verdadero rompecabezas.

«Aunque pienso resolverlo —pensó Nabé—. ¡Ignoro lo que ocurre, pero algo es! Y lo que es más, creo que el señor King tiene que ver en esto..., sea lo que fuere. Tal vez él entre en la casa por algún lugar que no hemos descubierto... y sea el autor de esos ruidos extraños».

¡Pam! ¡Pam! Sonaban otra vez en lo profundo de la casa. Uno de los golpes fue tan fuerte que Bernabé se sobresaltó.

Se dirigió a la cocina a tientas, sin atreverse a encender su linterna. Allí todo estaba tranquilo. Nabé la encendió al fin para iluminar el suelo. Allí no se veían huellas de pisadas recientes. Nadie había entrado en la cocina.

Fue al lavadero. Tampoco allí había huellas, y sin embargo, los ruidos parecían venir de aquella dirección, y mientras estaba allí observando, volvió a oírse un golpe.

¡Pam! ¡Pam! Y luego un gemido espeluznante y gutural que no oyera antes. Por un momento sintió miedo. Aquél era un ruido muy extraño..., ¿qué podría ser? No parecía un sonido humano. ¿Sería posible que hubiese calabozos o algo por el estilo bajo el suelo de la cocina? ¡Era una casa lo bastante antigua para tenerlos! ¿Y los sótanos? ¿Dónde estaban? Tendría que haberlos en una casona antigua como aquélla.

Nabé se preguntaba cómo no se le habría ocurrido antes. ¡Tenía que explorar los sótanos! Tal vez la explicación de los ruidos estuviera allí.

Atravesó la cocina, llegando a unas dependencias accesorias con el suelo de piedra..., un lavadero, y otra que debió ser lechería en otros tiempos. Las paredes estaban cubiertas de estantes de mármol para los cuencos de nata.

Su linterna fue iluminando todo y luego la dirigió al suelo, también cubierto de polvo. No se veía ni una huella, ni siquiera la de las patas del perro. Las puertas de aquellas dependencias habían estado cerradas, y por eso «Ciclón» no pudo entrar en ellas. Nabé examinó cuidadosamente el suelo y encontró lo que buscaba..., un espacio cuadrado donde había la puerta de una trampa con una argolla hundida en la misma para que la gente no tropezara.

Ahí era donde debían estar los sótanos..., debajo de aquella trampa. Bueno, no pensaba bajar aquella noche. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, podía continuar sin él. A pesar de que Bernabé no tenía miedo, no deseaba explorar los sótanos de momento..., ¡especialmente mientras sonaban aquellos ruidos tan

peculiares!

A la mañana siguiente comunicaría su descubrimiento a los niños y realizarían algunas exploraciones. ¡Sería emocionante! Nabé regresó a la cama bostezando. Mientras se acostaba, volvió a oír algunos ruidos, pero no hizo caso..., ni «Miranda» tampoco. Estaba acurrucada a su lado medio dormida con sus patas delanteras bajo el cuello del niño.

A la mañana siguiente Nabé contó a los niños lo que había oído y cómo había encontrado la puerta del sótano.

—El lavadero y la lechería están al lado de la despensa —les dijo—. Nunca habíamos ido por allí. En la lechería hay una trampa... y apuesto a que conduce a los sótanos. Esta tarde los exploraremos. ¡Estoy seguro de que allí ocurre algo extraño, aunque no puedo imaginar lo que es!

Aquello era tan excitante que nadie prestó gran atención a las clases de la mañana. Afortunadamente el señor King parecía también algo preocupado, y trazaba sus cálculos en una hoja de papel.

«Ciclón» entró sin que nadie se apercibiese, yendo a tumbarse a los pies de Chatín. Luego empezó a mordisquear un extremo del tapete que colgaba precisamente encima de su nariz, produciendo tal ruido con las mandíbulas, que el señor King levantó la cabeza.

—No hagas ruido, Chatín —le dijo, y el niño se apresuró a propinar un puntapié a «Ciclón» para que dejara de mascar, y volvió a renacer la paz.

Todos se alegraron de que la mañana llegara a su fin. El señor King descubrió de pronto a «Ciclón» debajo de la mesa y se disponía a hacer alguna observación, cuando Chatín se abalanzó sobre «Ciclón» acariciándole exageradamente.

—¿Cómo adivinaste que habíamos terminado? ¡Qué listo has sido..., entrar en el momento preciso de terminar! Señor King, ¿verdad que ha sido muy inteligente al adivinar exactamente cuándo podía entrar?

El profesor no dijo nada, limitándose a mirar a «Ciclón» y a Chatín sin expresión severa, y antes de que pudiera encontrar una respuesta adecuada, el niño había salido de la habitación con su perro, aullando como un piel roja.

Los otros tres niños se miraron sonriendo. Se dieron cuenta de que «Ciclón» estuvo debajo de la mesa toda la mañana y se habían preguntado cuándo lo descubriría el señor King.

—Señorita Pimienta, ¿puede quedarse Nabé a comer con nosotros? ¿Puede? ¿Puede? —gritó Chatín, que siempre chillaba con toda la fuerza de sus pulmones durante los diez minutos siguientes a la clase—. Hay pollo frío y ensalada y Redondita dice que hay suficiente.

—Está bien, está bien —repuso el aya, llevándose las manos a las orejas—. ¿Por qué tienes que gritar tanto? ¿Y no te dije que subieras a cambiarte esta camisa tan

sucia en cuanto terminaras de desayunar?

—Oh..., sí que me lo dijo —replicó Chatín—. Bueno, ¿tengo que cambiarme ahora? Quizá luego me ensucie.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? —preguntó la señorita Pimienta—. Ayer también llegaste hecho una desgracia. ¿Es «necesario» hacer esas cosas que te ensucian tanto?

—Sí..., es absolutamente necesario —le aseguró Chatín, alegremente—. Bien, entonces no me cambiaré de camisa. No quiero que Redondita tenga tanta ropa que lavar. Me gustaría ser como «Ciclón», que lava su piel y nada más.

—Tú no conseguirías ir tan limpio como va «Ciclón», ni siquiera en ese caso —repuso la señorita Pimienta—. Eres el niño más sucio que he visto en mi...

—¡Mi querida Pimienta! —exclamó el irresistible Chatín, gritando a su alrededor para intentar bailar con ella.

El aya estaba mitad molesta, mitad divertida.

El señor King entró de pronto con aire tormentoso.

—¡Chatín! ¿Fuiste tú quien ató ese cordel entre los dos postes de la puerta del jardín? Casi me he roto un tobillo. Señorita Pimienta, esta misma tarde voy a comprar una vara de fresno... bien fina, de esas que silban en el aire.

—Hágalo —replicó el aya—. Me la dejará utilizar alguna vez, ¿verdad?

A Chatín no le agradó aquello. Era mala señal que el aya y el profesor se unieran contra él. Adoptó una expresión contrita.

—Lo siento, señor King. Estuve haciendo prácticas de salto. Debe usted haber tropezado con mi cuerda y por eso se ha hecho daño.

—Chatín, esas cosas son estúpidas y peligrosas —dijo la señorita Pimienta—. Hoy te quedarás sin postre; ya te he dicho muchas veces que no emplearas esos trucos peligrosos, y no consentiré que lo hagas.

—Ajó..., te quedarás sin postre entonces —dijo el profesor, complacido—. Te está bien empleado, pequeño revoltoso.

Chatín perdió su buen humor, adoptando una expresión sombría. ¿Qué hacer si el señor King y la señorita Pimienta se unían contra él? Eran capaces de idear toda clase de castigos desagradables y les miró alejarse con el ceño fruncido.

«Tendré que procurar que se peleen entre ellos», pensó, sentándose para trazar un plan, cosa que no le llevó mucho tiempo. Fue a la cocina y cogió el bote de la pimienta en un descuido de la señora Redondo, escondiéndolo en uno de sus bolsillos. Volvió a salir de puntillas, y «Ciclón», que olfateaba su bolsillo, se puso a estornudar como si estuviera resfriado.

—¿Te ha entrado pimienta en la nariz? —le preguntó Chatín en voz alta para que pudiera oírle el aya—. Pobrecito. La pimienta es terrible, ¿verdad?

La comida estuvo pronto dispuesta, y les sirvieron grandes platos de puré de guisantes. La señora Redondo preparaba una sopa exquisita muy del gusto de los

niños y que les llenaba cuando no había mucha carne que comer, como aquel día.

Chatín dijo unas palabras al oído de su primo, que sonrió asintiendo. Todos se sentaron a la mesa y Roger probó la sopa.

—Le falta sal y pimienta —dijo—. Pásame la pimienta, Di. ¿Quiere usted un poco, señor King?

En el momento en que el profesor cogía el salero de la pimienta de encima de la mesa para ponerse un poco en la sopa, Chatín se levantó para coger la argolla de su servilletero que había rodado de pronto por el suelo, y al pasar por detrás del señor King sacó el bote de pimienta que llevaba en el bolsillo y empezó a sacudir todo su contenido alrededor de su cabeza.

La señorita Pimienta no notó nada, ni el pobre profesor. Terminó de poner sal y pimienta en su sopa y se disponía a coger la cuchara cuando sintió unas terribles ganas de estornudar, y sacó corriendo su pañuelo.

—¡A... chiss! Lo siento, señorita Pimienta. ¡A... chiss! ¡Oh, Dios mío! Ahí viene otro. La verdad... Yo... lo... ¡A... chiss!

El aya le miró. ¡Qué estornudos más aparatosos! El señor King estaba rojo como la grana y no sabía si marcharse del comedor.

—¡A... chiss! —volvió de nuevo—. Perdóneme. ¡Debe haberme entrado pimienta en la nariz!

Los niños rieron a coro. ¡El buenazo del señor King! ¡Había pronunciado las palabras exactas que tanto aborrecía la señorita Pimienta!

El aya le contempló fríamente. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella... y además delante de los niños? No creía en la autenticidad de sus estornudos y menos habiendo pronunciado las palabras fatales.

—Tal vez prefiera abandonar el comedor hasta... que se le haya pasado su... indisposición —le dijo en tono glacial.

El profesor se puso en pie y salió. Los niños le oyeron luchar con sus estornudos en el dormitorio de arriba, y Diana no podía contener la risa. Cada vez que se llevaba a la boca una cucharada de sopa se atragantaba de risa. La señorita Pimienta se puso realmente furiosa.

—Basta ya, Diana. Este chiste de la pimienta es muy tonto y está muy gastado. Ni siquiera tiene gracia.

Chatín adquirió una expresión grave.

—Me ha parecido una grosería que el señor King dijera eso delante de usted —le dijo muy serio—. Quiero decir..., que está bien que nosotros digamos tonterías como ésa, señorita Pimienta..., pero el señor King no debía olvidar sus buenos modales, ¿verdad?

—Basta —dijo la señorita Pimienta—. No quiero oír ni una palabra más. Y cuando vuelva el señor King no se hable más de esto.

El profesor regresó poco después con aspecto avergonzado, sin comprender aquellos repentinos estornudos. Le contrariaba la actitud de la señorita Pimienta. ¿Por qué se enfadaba tanto porque estornudaba en la mesa? Bueno, a cualquiera podía ocurrirle. Los estornudos son igual que el hipo... no pueden contenerse.

Comieron la carne y luego sirvieron el postre. Chatín estaba castigado a quedarse sin postre, pero el aya seguía enfadada con el señor King y se olvidó del castigo, sirviéndole un gran pedazo de pastel, como de costumbre.

¡Y el pobre señor King, que sí se acordaba, no se atrevió a recordárselo! Chatín sonrió. Se había salido con la suya, como siempre.



Capítulo 18- Una tarde emocionante

Las exploraciones de aquella tarde resultaron muy interesantes. Todos llegaron a la mansión Rockingdown poco después de las dos y media llenos de ansiedad. ¿Qué encontrarían en el sótano?

Chatín había olvidado sus temores de la otra noche y volvía a sentirse valiente y temerario. Fue el primero en entrar en la vieja casona e incluso gritaba para despertar el eco.

Nabé se rió de él, Chatín siempre le divertía con sus trucos y ocurrencias. Fueron todos a las grandes cocinas y por la puerta de la despensa pasaron a las dependencias accesorias. Primero al lavadero, y luego a la lechería de estantes de mármol.

—Aquí estamos ya —exclamó Nabé—. Y mirad, ahí está la trampa. Apuesto a que conduce a los sótanos y a que vosotros sois muy fuertes.

Roger asió la argolla de hierro, tirando de ella con fuerza, pero no se movió.

—Debe estar atrancada —dijo Nabé—. Hace años que no se utiliza. Déjame probar.

Tampoco él consiguió moverla. «Ciclón» comenzó a arañarla con sus pezuñas

como si de ese modo pudiera abrirla. Y todos se sentaron a descansar después de sus esfuerzos frustrados.

—¿Dónde está la cuerda que teníamos? —dijo Nabé de pronto—. Vamos... ¿qué hice de ella? Creo que está arriba, en las habitaciones de los niños, Chatín. Ve corriendo a traerla.

Chatín se marchó con «Ciclón»..., pero al llegar a la puerta del pasillo oyó ruidos arriba y se detuvo asustado. ¿Qué era aquello? Volvió a bajar la escalera regresando a la lechería.

—Hay alguien arriba. Les he oído.

—No seas tonto —le dijo Nabé—. ¡Eres un cobarde, Chatín! Allí no hay nadie.

—Sí que hay alguien... les he oído —dijo Chatín, y Nabé se puso en pie.

—Yo iré —le dijo, uniendo la acción a la palabra, y regresó con la cuerda... y con «Miranda».

—Era «Miranda» la que estaba arriba —dijo—. Había encontrado una caja de bolos y los estaba tirando al suelo. Eso es lo que oíste. ¡Nene!

Chatín se puso muy colorado y los otros se rieron de él mientras Nabé pasaba la cuerda por la argolla de la trampa para ponerla doble.

—Aquí tenéis —dijo a los otros tres—. Cogedla entre todos, y tiraremos de ella a un tiempo. Eso es, «Miranda». Tú también tirarás.

Así que «Miranda» ayudó también muy satisfecha de sí misma cuando los niños tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas.

Y, naturalmente, la trampa se abrió tan de repente que todos cayeron de espaldas en confuso montón, y Roger, que era el último, se dio un golpe tan terrible que casi se queda sin respiración.

Se levantaron del suelo y fueron a mirar por el negro agujero que se abría debajo de la trampa.

—Se ven unos escalones —dijo Roger—. Escalones de piedra. No hay duda de que conducen a los sótanos. ¿Tienes la linterna, Nabé?

—Yo pasaré primero —dijo Nabé, encendiendo la linterna para iluminar el camino. Los escalones torcían un poco hacia el final y terminaban en un suelo de piedra. Nabé lo tanteó con el pie para ver si era resbaladizo, pero no, estaba bien seco.

Un olor acre a viejos toneles y barriles le dio en la nariz. Como había supuesto, aquello era un sótano enorme. Veíanse por doquier cajas, toneles, barrilitos y botellas cubiertas de telarañas, y varios estantes de madera indicaban dónde se almacenaba el vino.

Ahora todos habían bajado ya los escalones. «Miranda» no abandonaba el hombro de Bernabé, agarrándose a sus cabellos con fuerza mientras el niño avanzaba hacia las profundidades del sótano. Los otros le seguían con las linternas encendidas.

«Ciclón», sorprendido por hallarse en un lugar que se abría inesperadamente en las profundidades de la tierra, corría de un lado a otro husmeándolo todo. ¿Habría conejos allí? ¡No olió ni uno siquiera! ¡Qué gran decepción!

Los niños exploraron el sótano de cabo a rabo; abrieron las cajas sin encontrar nada en ellas y golpearon los barriles y cubos hasta convencerse de que todos estaban vacíos.

—Ni siquiera hay una botella de «Coca-Cola» —dijo Chatín con pesar—. Es muy triste.

Ratones y ratas corrían a esconderse en los rincones cuando los iluminaban las linternas. «Ciclón» lo pasó estupendamente persiguiéndolos, y recibió un mordisco en una oreja. «Miranda» cazaba ratones. «Ciclón» acorraló a uno detrás de un barrilito y empezó a escarbar para dar con él. Se cayó el barril arrastrando otros tres que produjeron un estrépito en los sótanos. Todos se sobresaltaron al oír el estruendo.

—Es sólo «Ciclón» —dijo Roger aliviado—. Oye, Bernabé, ojalá oyéramos ahora esos ruidos extraños. Así sabríamos de qué parte del sótano proceden.

—Creo que es muy extraño —dijo la voz de Nabé desde el otro rincón—. Aquí no parece haber nada que explique esos ruidos... y con franqueza, no veo señales de que hayan andado por aquí. Hay polvo en muchísimos sitios, pero ninguna huella... ni colillas... ¡nada!

—Bueno..., ¿cómo podemos resolver este misterio? —le preguntó Chatín.

—Creo que cualquier noche que oiga esos ruidos bajaré aquí y vigilaré —repuso Nabé—. O tal vez mejor que me esconda antes de que empiecen los ruidos.

—¿Te atreverías? —exclamó Chatín horrorizado—. Caramba, debes ser muy valiente.

—Sí. Yo desde luego no me atrevería —dijo Diana muy seria—. ¿Y tú, Roger? Su hermano reflexionó.

—No, no creo que me atreviese —dijo al fin—. Y lo que es más, no creo que tú debas hacerlo, Nabé.

—Bueno, pues lo haré —replicó el muchacho—. No sé lo que está ocurriendo y voy a averiguarlo.

Permanecieron silenciosos unos minutos sentados sobre unas cajas mientras «Ciclón» daba vueltas en derredor suyo. Nabé aguzó el oído.

—¿Oís algo? —preguntó a los otros.

Todos escucharon.

—Pues... —dijo Diana, insegura—. Me parece oír un ligero rumor de cuando en cuando..., pero no sé cómo describirlo..., es como el glo glo del agua.

Aquello no agradó nada a Chatín, que se puso en pie. No tenía deseos de oír más ruidos, y menos que nada «acuáticos». Además, estaba cansado de aquel sótano húmedo y oscuro, y deseaba verse de nuevo al aire libre.

—Vamos..., no nos quedemos aquí escuchando «glo glos» ni «glu glus» —dijo—. Vámonos ya.

Los otros rieron y también se levantaron. Nabé escuchó unos instantes más y al fin se dio por vencido.

—Probablemente es cosa de mi imaginación —dijo.

Subieron los escalones de piedra con «Ciclón» a la cabeza. Una vez arriba, se detuvo gruñendo. Los niños cesaron de hablar en el acto y Diana se acercó a Nabé. ¿Qué sería aquello?

¡Se oían voces masculinas!

—¿No cerramos la puerta del porche? —susurró Roger—. ¡Cielos, no! ¡Qué tontos! ¡Ahora ha entrado alguien!

—Iré a ver —susurró Nabé—. Sujetad a «Ciclón» y no dejéis que gruña o ladre, o nos descubrirá.

Chatín puso una mano en el collar del perro para impedir que gruñera. Nabé salió silenciosamente del sótano y atravesando las dependencias accesorias penetró en la despensa, donde se detuvo a escuchar. En la cocina no había nadie. Fue hasta la misma puerta y atisbo por una rendija lo que estaba ocurriendo en el recibidor, y que le sorprendió muchísimo.

¡Allí estaba el señor King con otros dos hombres! Ambos eran fuertes y corpulentos y le daban la espalda a Nabé, mientras hablaban.

—¿Ven esas pisadas? —les decía el señor King—. Eso dice algo, ¿no? Tenemos que descubrir a quién pertenecen. ¿Y quién ha dejado entreabierto la puerta del porche? Miren las huellas que suben la escalera. ¡Las hay a montones! ¡Parece como si un tropel de gente utilizara este lugar para sus propios fines! Y, sin embargo, nunca he encontrado a nadie por aquí..., ni siquiera una luz. ¿A dónde irán?

—Cualquiera sabe —replicó uno de los hombres—. De todas formas, este es el lugar. Será mejor que nos marchemos ya.

Nabé había oído bastante y volvió junto a sus compañeros.

—Es el señor King... y otros dos hombres —susurró.

No creo que hayan venido para nada bueno. Aquí ocurre algo extraño y el señor King está mezclado en ello. No creo que ni siquiera sea maestro. ¡Es un impostor!

Aquella era una noticia sorprendente. Diana se aproximó a Nabé.

—¿Nos encontrarán aquí? ¿Qué vamos a hacer?

—Saldremos de aquí, cerraremos la trampa, y nos iremos por la puerta de la cocina —repuso Nabé—. Podemos llevarnos la llave para poder entrar cuando nos plazca. Tengo la seguridad de que esos individuos registrarán la casa y al ver nuestras huellas por todas partes, cerrarán todas las puertas y ventanas para que no podamos volver a entrar más.

—¡Pero como tendremos la llave de la puerta de la cocina podremos entrar

siempre que queramos! —dijo Chatín temblando de excitación—. ¿Nos vamos ya?

Nabé fue a mirar volviendo casi al instante.

—Han subido arriba. Me pregunto si conocerán la existencia de las habitaciones de los niños. De todas formas la puerta del pasillo está cerrada y yo tengo la llave. Tal vez piensen que sólo conduce a un desván.

—Entonces podemos irnos ahora —dijo Diana, que estaba deseando marcharse. Todos salieron del agujero del suelo, y luego cerrando la trampa sin hacer ruido. Pasaron a la cocina, y el perro hizo tan poco ruido como los niños.

Salieron por la puerta de la misma a un patio cubierto de hierbas donde aún había un cubo de la basura y junto a él una casita para perro casi cayéndose a pedazos. «Ciclón» acercose a ella oliéndola con gran interés, pero ya no quedaba el menor aroma perruno.

Nabé cerró la puerta con llave guardándosela en el bolsillo. Luego miró las ventanas de arriba. ¿Podrían verles si se marchaban ahora? No era probable. Las ramas de los árboles cubrían el patio casi por completo.

—Vamos —les dijo—. Hemos de irnos ahora. Procurad esconderos detrás de los árboles y la maleza para que no os descubran. Y haz que «Ciclón» no se aleje de tu lado, Chatín.

Atravesaron el patio a todo correr yendo a buscar el amparo de los arbustos. Al otro lado del patio hubo en otros tiempos una huerta, pero ahora estaba tan cubierta por la maleza que hubiera sido imposible descubrir lo que era de no haber sido por algún que otro manzano que surgía entre la hiedra que lentamente lo iba cubriendo todo.

Los niños no tardaron en dar con el camino que ya conocían y regresaron a casa a toda prisa, asombrados e intrigados. ¿Sería realmente un impostor el señor King? ¿Debían decírselo a la señorita Pimienta? ¿Qué es lo que estaba haciendo allí su profesor? ¿Y qué tenía que ver la Mansión Rockingdown y los extraños ruidos con todo aquello? Era todo un misterio.

—Creo que debiéramos decírselo a la señorita Pimienta —dijo Roger al fin—. Primero a dormir... y mañana por la mañana se lo contaremos.



Capítulo 19- En manos del señor King

Pero aquella noche iba a suceder algo que alteraría todos sus planes. La señorita Pimienta recibió una llamada telefónica y después entró en la sala de estudios con aspecto preocupado.

—Niños..., tendré que dejaros por unos días. Mi hermana está muy enferma..., gravemente enferma... y debo acudir a su lado. Tendré que dejaros al cuidado del señor King. Estaréis muy bien, y confío en que seréis muy buenos sin disgustar al profesor.

—Oh, señorita Pimienta... ¡Cuánto siento lo de su hermana! —exclamó Diana—. ¿Podemos ayudarla en algo? ¿Se marchará usted esta noche... o mañana por la mañana?

—Creo que esta noche. Oh, pobre de mí. No sé lo que debo hacer. ¿Podré alcanzar el último tren de esta noche? Tengo que hacer el equipaje y ver a la señora Redondo antes de irme.

La señorita Pimienta estaba tan afligida que los niños se compadecieron de ella.

—Puede darme a mí el recado para la señora Redondo —dijo Diana—. Ya sabe que la ayudaré en todo lo que me sea posible. Y también puedo prepararle el equipaje si me dice las cosas que desea llevar. Los niños pueden telefonar pidiendo un taxi y así podrá coger el tren de la noche seguramente.

—¡Qué buena eres! —exclamó la señorita Pimienta, casi llorando—. Muy bien. Me iré esta noche. Sube a ayudarme a hacer la maleta y mientras te diré lo que quiero que digas a la señora Redondo.

Roger telefoneó para pedir un taxi. Diana preparó la maleta escuchando las instrucciones que debía dar a la señora Redondo.

—Mañana la llamaré por teléfono para decirle cómo van las cosas —dijo la señorita Pimienta—. ¿He cogido ya el cepillo del pelo? ¿Y una blusa limpia? ¿Qué habré hecho de mis zapatos?

—Los tiene en la mano, señorita Pimienta —le dijo Diana cogiéndoselos—. Vamos, debe tomar las cosas con calma. Tiene tiempo de sobra para tomar el tren... y estoy segura de que su hermana se mejorará en cuanto la vea.

—También he de hablar con el señor King —continuó el aya—. Gracias a Dios que puedo dejaros a su cuidado. Parece muy serio y respetable.

Diana no hizo el menor comentario, puesto que ahora que sospechaban del señor King no podían decir cosas que intranquilizaran a la señorita Pimienta y probablemente también alteraran sus planes. De manera que continuó haciendo el equipaje sin pronunciar palabra.

El señor King subió a expresar su condolencia a la señorita Pimienta. Acababa de regresar de uno de sus paseos, y estuvo tan amable con ella que se sintió confortada por sus consuelos.

—Me siento muy tranquila al poder dejar a los niños con usted y la señora Redondo —le dijo—. Sólo espero que se porten bien... y creo que lo harán, señor King. Siempre responden bien ante cualquier emergencia y en realidad son dignos de confianza.

Se marchó en el taxi todavía preocupada. Todos la despidieron alegremente.

—¡Vaya! —exclamó el profesor cerrando la puerta—. ¡Pobre señorita Pimienta! Espero que le salga todo bien. ¡Ahora niños..., tenemos que poner la mejor voluntad por ambas partes! ¡Tendréis que soportar con paciencia el estar a mi cargo!

Los miró sonriente, pero ellos apartaron la vista.

—Eh..., haremos cuanto podamos, señor King —dijo Roger, considerando que alguien debía decir algo. El señor King quedó un tanto sorprendido al ver que no contestaban, pero lo atribuyó a su contrariedad por la repentina marcha de la señorita Pimienta.

Miró su reloj.

—¡Cielos..., nos hemos retrasado mucho esta noche! —dijo—. Creo que

debemos acostarnos. ¡A la cama todos! Haced el favor de apagar las luces dentro de diez minutos.

Los tres niños habían apagado las luces antes de transcurridos los diez minutos. Estaban preocupados por Nabé, que aquella noche no iba a dormir en la vieja casona. Le habían llevado a la glorieta almohadones y una estera con la esperanza de que no lloviese, ya que en la actualidad no estaba precisamente «a prueba de lluvias».

Cuando se aseguraron de que el señor King se había acostado, salieron por la escalera posterior para ir a reunirse con él y contarle la precipitada marcha del aya. Pronto estuvo al corriente de todo.

—No hemos podido comunicar nuestras sospechas a la señorita Pimienta — terminó Roger—. Tendremos que esperar a que regrese. Entretanto..., ¡hemos de tener los oídos y los ojos bien abiertos!

—Me pregunto si no debiera dormir hoy en la vieja casona —dijo Nabé—. Para ver si están tramando algo esos hombres y el señor King.

—No, no vayas —replicó Roger—. El señor King está en casa. Mira, puedes ver la luz de su habitación a través de las cortinas de su ventana. Si tuviera intención de volver a la casona esta noche tendría que pasar cerca de la glorieta... y si no estuvieras despierto «Miranda» te advertiría... y entonces podrías seguirle.

—Sí. Tienes razón —repuso Nabé tumbándose encima de la alfombra—. En realidad no tengo ganas de volver a atravesar toda esa maleza en este momento. Tengo mucho sueño.

—Bueno, entonces nos marcharemos ya —dijeron los otros niños—. Buenas noches, Nabé. Hasta mañana; que descanses.

Al día siguiente les resultó muy extraño no ver a la señorita Pimienta. Cuando llegó la señora Redondo le dieron la noticia.

—Pobrecilla..., quiere tanto a su hermana —exclamó—. Bueno, espero que no sea nada de cuidado. Ahora no necesitáis preocuparos más que de irme a comprar algunas cosillas de vez en cuando, haceros las camas, y echarme una mano cuando sea menester.

Tuvieron clase como de costumbre, aunque el señor King parecía absorto en sus pensamientos. De no haber dado palabra de honor de que se portarían bien habrían puesto en juego numerosos trucos para fastidiar al distraído profesor, pero ni siquiera a Chatín se le ocurrió ninguno, y Nabé se sentó como de costumbre junto a la ventana, mirando fijamente la espalda del profesor mientras se preguntaba: ¿Qué estaba haciendo en Villa Rockingdown? ¿Qué era lo que tanto le interesaba? Debía ser algo importante o no se hubiera tomado la molestia de aceptar el empleo de profesor para poder vivir cerca de la Mansión, limitándose a poner en práctica cualesquiera fueran sus planes.

Nabé, sin lograr adivinar cuáles serían, se preguntaba si por casualidad los tres

hombres habrían hecho algo en la casa después de que ellos escaparan a toda prisa... ¿Acaso escondieron algo por allí? ¿O tal vez encontraron lo que andaban buscando?

Salió de la habitación bastante antes de que terminara la clase.

Estaba deseando ir a ver si había ocurrido algo en la vieja casona..., aquellos hombres estuvieron allí por algo.

En la planta baja vio huellas de los tres hombres en todas las habitaciones. Se tomó la molestia de ir a las dependencias exteriores para ver si habían descubierto la trampa.

¡Estaba abierta de par en par y se veía claramente el tramo de escalones!

Nabé se inclinó sobre la abertura escuchando. Abajo reinaba el silencio. No debía haber nadie ya, pero evidentemente los tres hombres bajaron a buscar algo.

Subió al primer piso hallando por doquier las pisadas de los tres hombres. Habían abierto todos los armarios dejando algunos abiertos. ¿Qué podían andar buscando? ¿Un escondrijo secreto?

El niño continuó subiendo hasta el segundo piso con la certeza de que habrían abierto también la puerta del pasillo que dejara cerrada con llave.

¡Y así era! Debieron empujarla con fuerza, la vieja cerradura había cedido y ahora la puerta estaba abierta de par en par.

«¡Mi escondite está descubierto!», pensó Nabé entrando en las habitaciones de los niños. Las tres camas habían sido deshechas y las ropas estaban esparcidas por el suelo. Habían registrado las cómodas y los armarios, e incluso el «linoleum» del cuarto de jugar había sido totalmente arrancado.

El desorden era terrible, y Diana necesitaría trabajar toda una mañana para dejar las cosas como antes. Nabé se preguntó si sería prudente seguir durmiendo allí. Bueno, mientras continuara el buen tiempo, dormiría muy a gusto en la vieja glorietta de Villa Rockingdown.

Todo aquello era desconcertante, y Nabé tomó una decisión repentina. ¡Bajar aquella noche al sótano y esperar a que comenzaran los ruidos! Estaba resuelto a llegar al fondo de aquel misterio. ¿Tendrían algo que ver con los tres hombres?

Después de comprarse un poco de pan y queso en la tienda del pueblo, regresó de nuevo con los niños, y le dio a «Miranda» algunas ciruelas para que las comiera. Le gustaban mucho. Partía cada fruto por la mitad, sacaba el hueso, lo tiraba, volvía a juntar las dos mitades, y entonces comía la ciruela con gran deleite.

—Necesitas un babero, «Miranda» —le dijo Nabé riendo—. ¡Esas ciruelas son tan jugosas que te estás manchando todo el pecho!

Después de su comida, Nabé fue a ver a sus compañeros y les dijo lo que había descubierto en la vieja casona..., la puerta de la trampa abierta..., las pisadas por todas partes..., la puerta del pasillo forzada, y el registro de las habitaciones de los niños. Ellos le escucharon con verdadero asombro.

—¿Cómo se habrá atrevido el señor King a hacer todo eso? —exclamó Diana—. Después que yo la dejé tan ordenada. No hay derecho. Me va a oír.

—No. No dirás ni una palabra —dijo Nabé a toda prisa—. No hay que ponerle sobre aviso. Mientras no sepa que sospechamos de él, no intentará ocultar sus andanzas. Si adivinara lo que sabemos, pudiera escaparse... ¡y en tanto permanezca aquí, por lo menos le tenemos bajo nuestra vigilancia!

—Sí, eso es cierto —repuso Diana—. Bueno, no diré nada. Nabé, no me seduce la idea de que te pases la noche de vigilancia en el sótano. ¿No te gustaría que uno de nosotros se quedara contigo?

—¡Claro que no! —replicó Nabé riendo—. ¿Qué crees tú que puede ocurrirme ahí abajo? ¡Nada, por supuesto! De eso estoy seguro.

Pero por esta vez Nabé se equivocaba.



Capítulo 20- En los sótanos

Ninguno de los tres niños de Villa Rockingdown mostrose muy amable con el señor King, y el profesor estaba intrigado. ¡Incluso «Ciclón» le daba la espalda siempre que podía! El perrito siempre adivinaba cuando Chatín dudaba de alguien, y si su amo no demostraba simpatía por una persona, él tampoco.

El profesor miró a los niños tres o cuatro veces durante la comida del mediodía. ¡Qué extraños se habían puesto de pronto! Cualquiera diría que les había ofendido en algo. No le miraban ni le sonreían, aparte de casi no dirigirle la palabra.

—¿Ocurre algo? —les preguntó al fin—. No parecéis muy animados hoy. ¿Estáis preocupados por algo?

—Pues..., sí —repuso Diana—. Desde luego estamos preocupados... por la hermana de la señorita Pimienta.

—Vaya..., no creí que la conocierais siquiera —replicó el señor King asombrado

—. Bueno, alegrad esas caras. Estoy seguro de que pronto tendremos buenas noticias.

La señorita Pimienta telefoneó poco después, pero las cosas no iban demasiado bien. Su hermana seguía muy enferma, y no era posible regresar.

—Pero estoy segura de que estáis muy bien con el señor King —dijo—. Y la señora Redondo es buena también.

El señor King continuó tratando de animar a los pequeños y se ofreció para llevarles de paseo, para organizarles una clase de equitación, e incluso sugirió que fuesen a bañarse al río, puesto que el día era muy caluroso. Por lo general estas dos últimas invitaciones les hubieran llenado de alegría..., pero ninguno sentíase con ánimos de aceptar favores del señor King por el momento. Era un impostor, y ya no querían nada de él. Estaba «tramando algo» y su único deseo era averiguar qué era.

El señor King abandonó por fin sus esfuerzos por agradarles, convencido de que los niños estaban tristes y enfadados. El que más le enojaba era «Ciclón». No podía creer que un perro le diera la espalda a propósito, pero la verdad es que lo parecía.

Nabé se quedó a merendar. Los niños quisieron hacerlo en el jardín esperando librarse del señor King, pero él fue a reunirse con ellos. Ahora que no estaba la señorita Pimienta, no les perdía de vista ni un instante. Así que los niños no pudieron hablar libremente y Diana se puso de muy mal humor. Era la que menos disimulaba sus sentimientos.

Inmediatamente la niña adoptó una expresión infinitamente peor, y Nabé comprendió que el profesor empezaría a sospechar si todos se comportaban de aquel modo, así que empezó a charlar con él, contándole toda clase de cuentos, y animando considerablemente el ambiente. «Miranda» hizo también cuanto pudo portándose muy mal con «Ciclón»..., quitándole un pedazo de galleta que Diana le estaba dando y arrojándole los huesos de las ciruelas.

Todos rieron sus travesuras excepto «Ciclón», que estaba ofendido. ¡El señor King se sintió muy aliviado al ver que todavía «podían» reír!

Después de la merienda se escaparon del profesor, yendo hasta el pueblo a comprar helados. La anciana propietaria del bazar parecía tener abierto su establecimiento hasta muy tarde y podían adquirirse helados desde el amanecer a la noche.

—No regresemos hasta la hora de cenar —dijo Diana—. No puedo soportar al señor King ahora que sé que es un impostor. Vamos a ver si podemos encontrar ese arroyuelo.

—Oh, sí..., es una buena idea —repuso Roger—. Me he estado rompiendo la cabeza por querer adivinar dónde estará. En el mapa parece que pasa muy cerca de la vieja casona.

Exploraron sus alrededores concienzudamente de Norte a Sur y de Este a Oeste..., ¡pero no había el menor rastro del riachuelo!

—Ni siquiera hay un cauce seco o un charco —comentó Roger—. El mapa debe estar equivocado.

—Es de suponer —dijo Nabé—. De todas formas, como os dije, siempre podemos ver a dónde va siguiendo su curso desde el río. Sin embargo..., no es importante.

—No me gusta pensar que vas a pasar la noche en esos sótanos —empezó a decir Diana cuando emprendieron la marcha—. Te lo aseguro. Te llevarás una alfombra y un almohadón, ¿verdad? Es mejor que estés cómodo. El suelo estará duro y frío.

—Sí, los llevaré —repuso Nabé—. Y mirad..., me he comprado una linterna nueva..., ¿verdad que es estupenda?

Les mostró su linterna. Desde luego era muy bonita y daba mucha luz.

—¡Con esto no puede pasarme nada! —les dijo.

La señora Redondo había preparado bastante cena y Nabé se quedó. Le gustaba mucho comer con los niños, y después jugaron un rato mientras el señor King leía.

—Será mejor que me marche —dijo Nabé al fin, y el profesor alzó los ojos.

—¿Dónde duermes? —le preguntó de un modo que los niños tuvieron la certidumbre de que sospechaba que Nabé dormía en las habitaciones superiores de la Mansión Rockingdown.

—Anoche dormí en la glorieta, señor —le contestó Nabé cortésmente—. Y la semana pasada en el bote con una alfombra y un almohadón. No tengo casa, y las de huéspedes son caras.

—Ya —repuso el señor King—. Bien..., ¡hasta la vista y no hagas diabluras! Supongo que hoy dormirás en la glorieta puesto que hace calor..., bueno, si es así, ¡cuidado con las tormentas!

—Sí, señor, lo tendré —dijo Nabé mirando al señor King con ojos brillantes. ¿Qué hubiera dicho el profesor de saber que iba a dormir en los sótanos de la vieja casona?

Nabé se marchó con «Miranda», y los niños y «Ciclón» le acompañaron hasta la verja del jardín.

Diana lo estuvo mirando marchar hasta que se perdió de vista. Estaba preocupada.

—Espero que no le ocurra nada —dijo.

—¡Pues claro! —exclamó Roger—. No puede ocurrirle nada al viejo Nabé. De todas formas es como un gato..., siempre cae de pie. Ya sabrá cuidarse.

Bernabé abrió la puerta de la cocina de la vieja casona y una vez allí pasó al interior. Luego echó un vistazo al suelo, encontrándolo igual que por la mañana. Subió a buscar su alfombra y su almohadón. Aquellas habitaciones estaban exactamente igual a como las viera por la mañana..., en desorden... y con todos los cajones y armarios abiertos.

Nabé recogió la alfombra y el almohadón, y al bajar con «Miranda», ya

bostezaba. Pensó que lo más conveniente era dormirse en seguida y así, cuando empezaran los ruidos, estaría despejado.

«Miranda», asombrada al descubrir que Bernabé iba a dormir en aquel sótano oscuro, cosa que no le agradó en absoluto, empezó a parlotear enojada, tirando de la alfombra, y parecía decirle:

—¡No, no..., vámonos arriba! ¡Esto no me gusta!

—Lo siento, «Miranda»..., pero ¡aquí es donde voy a dormir esta noche! —replicó el niño con firmeza—. Ahora, ¿dónde te parece que estaremos mejor?

Todos los rincones estaban igualmente sucios, y al fin Nabé decidió que lo mejor sería tenderse en uno de los estantes de madera donde antes estuvieran las botellas. La madera no resultaría tan fría ni dura como el suelo de piedra.

Subiéndose a uno de los estantes, puso el almohadón bajo su cabeza y se arrojó con la alfombra vieja. Los sótanos eran fríos, pero aquella noche hacía calor y el niño consideró que pasaría bien la noche tapado con la alfombra y «Miranda» acurrucada junto a él como si fuera una botella de agua caliente. La monita se acostó protestando y haciendo gestos.

Bernabé se durmió en seguida a pesar de lo dura que era su cama. Una araña se paseó por su rostro, pero ni se enteró. Cuando hizo lo propio por el de «Miranda», ella, levantando una de sus manitas, la cazó. Luego también quedose dormida.

Bernabé dormía plácidamente. Llegaron las diez y media, las once, las once y media y las doce. Entonces el niño se despertó debido a la incomodidad del lecho. Le dolía uno de sus brazos que quedaba bajo el cuerpo aprisionado contra la dura madera. Cambió de posición y al recordar donde se hallaba, se incorporó para escuchar. ¿Se oía ya algún ruido?

Los sótanos estaban silenciosos... y en aquel silencio Nabé creyó percibir aquel ligero rumor que oyera antes Diana. Como una especie de «glo glo». Dejó oírse antes de que pudiera clasificarlo. Bueno..., era tan tenue y lejano que resultaba casi imposible identificarlo, si es que era algo en realidad.

Encendió su linterna, pero no había nada que ver excepto el par de ojos asustados y brillantes de un ratoncillo que desaparecía en un rincón.

Nabé volvió a acostarse y «Miranda» se abrazó a su cuello introduciendo sus manitas en la camisa del niño en busca de calor. A Nabé le agradaba el contacto con las manitas de la mona y le acarició afectuosamente mientras ella mordisqueaba la piel de su cuello también con afecto. ¡Tenía unas cosas tan divertidas!

El niño no tardó en volverse a dormir. Llegaron la una..., las dos... y entonces Nabé se despertó repentinamente.

¡Pum! ¡Bang!

Se incorporó de un salto y «Miranda» se cayó del estante. El niño escuchaba con atención.

¡«Bang»!

Allí abajo los ruidos sonaban mucho más fuertes. ¡Pero no podían tener origen en el sótano! Llegaban de mucho más lejos.

Nabé escuchó con todas sus facultades y cuando se hubo convencido de que los ruidos no provenían del sótano, encendió su linterna, que dirigió a todas partes..., no, allí no había absolutamente nada que ver. ¡Pero los ruidos continuaban!

¡Bang! ¡Pam!, y luego se dejó oír aquel gemido espeluznante, y después un chirrido gutural y agudo. Entonces Nabé tuvo la certeza de oír voces..., pero ahogadas..., como si hubiera una pared o dos entre ellas y Bernabé.

—¡Vaya! Ahora es cuando hemos de llevar a cabo ciertas exploraciones —dijo Nabé a «Miranda» mientras apartaba a un lado la alfombra, y saltó del estante, quedando a la escucha. Debía ir en dirección al lugar donde sonaban los ruidos.

Venían de la derecha. Avanzó en esa dirección hasta llegar a una pared de piedra. Los ruidos parecían sonar al otro lado. Pero ¿qué podría ser? No había medio de pasar al otro lado.

Nabé fue iluminando con su linterna todo el muro, que era igual que el resto de las paredes del sótano, con la única diferencia de que éste rezumaba humedad.

¡Pam! Aquel ruido había sonado precisamente al otro lado del muro. ¡Entonces debía haber algún lugar detrás! Nabé volvió a encender su linterna.

¡Y entonces encontró lo que buscaba! No lo habría visto a no ser por «Miranda»..., fue ella quien lo encontró en realidad.



Capítulo 21- Extraños sucesos

Junto a la pared había un cajón vacío. «Miranda» vio algo que se movía..., ¿una araña o una polilla?, y en un abrir y cerrar de ojos se lanzó en su persecución, deslizándose detrás del cajón que Nabé apartó para ver lo que era.

Y allí, en la pared, vio una argolla de hierro llena de herrumbre. Estaba muy baja y tuvo que arrodillarse para examinarla de cerca.

¿Por qué habría una argolla de hierro en aquella parte de la pared? Sin duda la pondrían allí por algo. Tal vez en los viejos tiempos aquel sótano fuera utilizado como mazmorra y ataron los prisioneros a aquella argolla.

Nabé, dejando la linterna, tiró de ella con ambas manos. Estaba fuertemente incrustada en el muro y no se movió. Insistió sin resultado. Y volvió a intentarlo mientras «Miranda» la contemplaba con gran interés.

Descubrió el secreto de la argolla de hierro por pura casualidad. Observó que giraba, y empezó a darle vueltas hasta... ¡qué ocurrió algo!

Nabé no llegó a comprender del todo lo que estaba ocurriendo. La rotación de la argolla parecía accionar algún resorte..., ya que de pronto la piedra contigua empezó a moverse muy..., muy... despacito. Se abría hacia fuera..., hacia el niño..., chirriando un poco al girar sobre sus goznes escondidos. Sorprendido, dejó de mover la argolla y la piedra también cesó de moverse, quedando medio dentro y medio fuera de la pared. Temblando de excitación, Nabé hizo girar nuevamente la argolla y una vez más la piedra comenzó a moverse.

Al salirse del lugar iba dejando una pequeña abertura en el muro. Nabé lo examinó. Podía pasar por ella fácilmente y también un hombre pequeño..., pero le hubiera resultado difícil a uno corpulento. Iluminó el hueco con su linterna, mas era imposible distinguir lo que había al otro lado.

—¿Nos metemos por ahí? —preguntó a «Miranda», que sin darle respuesta se introdujo limpiamente por el agujero, regresando casi en seguida con su acostumbrado parloteo.

No estaba asustada, de manera que Nabé decidió que no debía haber peligro al otro lado de la piedra movediza, y quiso verlo. Tal vez los ruidos tuvieran origen en aquel lugar.

De manera que se deslizó por la abertura. ¡Al otro lado del muro reinaba la oscuridad más completa! Nabé encendió su linterna para ver qué era aquello.

Se encontraba en un lugar curioso por demás..., muy pequeño, no mayor que una cabina telefónica con el techo o tejado tan bajo que Nabé no podía permanecer de pie. Las paredes rezumaban humedad y también se olía a moho.

Nabé contempló sorprendido aquel extraño lugar. ¿Qué diantre era aquello? Allí no había nada.

¡Y entonces oyó uno de los «ruidos»! ¡Cielos, y tan fuerte que por poco se cae del susto! Casi parecía haber sonado en aquella reducida habitación.

Tuvo la impresión de que sonaban bajo tierra; iluminó el suelo con su linterna... ¡y vaya sorpresa!

No lejos de donde estaba, había un agujero oscuro, redondo y muy estrecho. Se acercó a él y a gatas, ya que su linterna no podía iluminar el fondo, viendo los restos de una vieja escalerilla de hierro que partía de aquel curioso agujero... ¡y de allí venían los ruidos!

Desde la boca del agujero se oían muy fuertes. «Miranda» estaba aterrada, y desapareció por la abertura de la pared temblando de miedo. Nabé la llamó para que volviera, pero tardó mucho en regresar y tuvo que acercarse al muro y llamarla desde allí.

Al fin apareció de nuevo y, ¡entonces sí que ocurrió algo verdaderamente terrible! Nabé debió tocar algún resorte escondido, o presionado alguna palanca..., ya que la piedra que se había movido descubriendo el agujero empezó a moverse lentamente

hasta cerrarlo de nuevo. Al principio Nabé no comprendía lo que estaba ocurriendo, entretenido en acariciar a «Miranda» para calmar su miedo.

Luego un pequeño ruido le hizo alzar la cabeza... ¡y horrorizado vio cómo se iba cerrando el agujero! Trató de sujetar la piedra para abrirla de nuevo..., pero era muy pesada y no pudo impedir que volviera a su posición inicial.

Entonces Nabé fue presa del pánico. Tenía frío y humedad en aquel terrible recinto de paredes rezumantes, y buscó frenéticamente alguna argolla o palanca que volviera a poner en movimiento la losa y de este modo escapar de aquella trampa. ¡Si no la encontraba, estaba perdido! Tenía que haber algún modo de mover la piedra desde aquel lado... ¿o no lo habría? ¿Sería acaso una horrible mazmorra donde se abandonaba cruelmente a los prisioneros tiempo atrás?

Otro ruido retumbó fuertemente en el agujero y Nabé escuchó.

¡Si eran hombres los que producían aquellos ruidos, debía de haber un medio de salir de aquel agujero! Pero ¿adónde diantre conduciría? Nabé no deseaba bajar por él. Era demasiado oscuro y estrecho, y además aquella escalerilla de hierro no ofrecía seguridad.

Hizo algunos esfuerzos más por encontrar el medio de mover la piedra, pero fue inútil.

Miró por el agujero del suelo y otra vez creyó oír voces. ¿Eran realmente voces humanas? Si allí abajo había hombres, tal vez pudieran ayudarle..., sólo que lo que estuvieran haciendo debía ser algo muy secreto y probablemente contra la ley. ¡Y no se alegrarían de verle!

¡Supongamos que el señor King estuviera allí también! ¡Valiente situación! Nada divertida..., distaba mucho de serlo..., en realidad era terriblemente grave.

No sabía otra cosa que hacer que empezar a bajar por aquel pozo oscuro. Nabé arrodillóse sobre el suelo de piedra y luego introdujo una pierna por el agujero hasta poner un pie en la escalerilla. Apoyó todo el peso de su cuerpo en el primer travesaño.

¡Se rompió en el acto! ¡Vaya, aquello iba a resultar muy difícil si la escalera no resistía!

Buscó el segundo peldaño, hizo presión... y ¡también se rompió! Nabé volvió a dejarse invadir por el pánico, y «Miranda» castañeteaba asustada, agarrada a su hombro.

Entonces el niño fue tanteando los extremos de los travesaños. ¿Habría algún saliente: clavos... o siquiera un fragmento de los peldaños rotos?

Encontró un agudo pedazo de hierro, parte de uno de los peldaños que habían cedido, y pensó que lo mejor sería apoyar los pies en los extremos de los mismos para ver si así no se rompían.

De manera que con sumo cuidado fue tanteando un peldaño tras otro.

Ahora no se rompían y el niño respiraba con más tranquilidad.

Pronto tuvo todo el cuerpo dentro del pozo, y mientras sus pies tanteaban los extremos de los peldaños con las manos se sujetaba a los que iban quedando encima de su cabeza. ¿Adónde conducía aquel pozo? Mientras descendía, llegó hasta él uno de aquellos ruidos. «Miranda» casi se cae de su hombro del susto.

El pozo tendría unos tres metros y medio de profundidad y al fin llegó a su término, y Nabé pudo pisar tierra firme. Luego de soltarse giró en redondo, viendo una especie de puerta baja y estrecha en la pared que había a sus espaldas. Y se agachó cuanto pudo, para poder pasar por ella.

Ahora podía oír claramente voces masculinas llamándose mutuamente. Luego pegó un respingo. Acababa de oír aquel quejido agudo y espeluznante, comprendiendo lo que era..., el chirriar de alguna máquina..., un torno, tal vez.

Miró de reojo a su alrededor, sin atreverse aún a encender su linterna, que había apagado en cuanto puso pie en tierra firme, y permaneció en la oscuridad escuchando, sin atreverse a dar un paso más por temor a caer en otro agujero.

Luego tuvo conciencia de otro sonido... que se dejaba oír de cuando en cuando..., un rumor que de cuando en cuando se hacía más fuerte. ¡El murmullo del agua!

—Sí..., eso es... agua —exclamó Nabé para sus adentros lleno de asombro—. ¿Dónde está? Parece que muy cerca.

Encendió su linterna un breve instante. Se encontraba en un pasadizo estrecho que partía del pozo, ¡y al final del mismo vio brillar el agua!

—¡Vaya! —exclamó Nabé, estupefacto—. ¿Qué es esto? ¿Un estanque subterráneo?

Avanzó cautelosamente por el estrecho pasillo hasta llegar al agua, haciendo pantalla con la mano sobre la linterna para que la luz no fuera vista con facilidad. Sí..., ¡allí estaba el agua negra y brillante deslizándose ante su vista!

¡Deslizándose! Entonces debía ser una especie de río..., no, un arroyo, porque no tenía la anchura suficiente para ser río.

¡Y entonces, como por ensalmo, comprendió lo que era! ¡El afluente Rocking..., el riachuelo marcado en el mapa y que pasaba cerca..., muy cerca, de la Mansión Rockingdown! ¡No sólo pasaba cerca..., sino que prácticamente debía deslizarse por debajo de la vieja casona! No era de extrañar que la pared cercana al agujero del pozo estuviera tan húmeda.

Olvidando su prudencia, encendió la linterna para iluminar el arroyo que discurría sobre un fondo de piedras y bajo un techo abovedado que en algunos sitios era muy bajo. En el lado donde estaba el niño había un borde lo bastante ancho para andar por él. En el otro lado no había borde alguno.

¡Qué cosa más extraordinaria! Un río subterráneo, hombres trabajando en aquel

túnel y produciendo ruidos que sonaban en la vieja casona..., apagados, distantes..., pero acusados por el oído.

Nabé se preguntó si aquellos hombres sabrían que los ruidos podían oírse. Sin embargo, aunque lo supieran, no debía importarles, por considerar la vieja casona deshabitada... y por lo tanto nadie podía oírles.

Algo más abajo, hacia la izquierda, en la dirección en que discurría el arroyo, brillaba una luz opaca, y era allí donde sonaban las voces y otros ruidos. Bernabé echó a andar cautelosamente por el borde pedregoso junto a la corriente, agachándose en los lugares en que el techo descendía. Luego vio que el riachuelo torcía hacia la izquierda, y tras aquel recodo la luz brillaba con más fuerza..., evidentemente era el lugar donde estaban los hombres.

Nabé comenzó a sentirse animado. ¡Si aquellos individuos tenían un medio para entrar allí, también conocerían la salida y él podría encontrarla y escapar, pero antes quería ver lo que estaba pasando allí!

Llegó al lugar donde el río torcía hacia la izquierda y se asomó cautelosamente, quedando asombrado ante lo que vieron sus ojos. El estrecho túnel por donde corría el arroyo se ensanchaba de pronto hasta formar una gran cueva de techo bajo, y allí habían varios hombres haciendo girar un cabestrante que producía el chirrido que Nabé oyera tan a menudo. Otro cabestrante funcionaba asimismo no muy lejos, produciendo un sonido agudo y gutural que resonaba en el túnel.

Nabé distinguió las voces de tres hombres que gritaban para hacerse oír por encima de los cabestrantes. ¿Qué estarían haciendo? ¡Si pudiera averiguarlo!



Capítulo 22- ¿No hay medio de escapar?

Nabé permaneció oculto tras una roca que sobresalía del túnel, observando estupefacto todo lo que estaba ocurriendo. El arroyo se deslizaba rápidamente a sus pies, lamiendo uno de los costados de la gran cueva, y volvía a desaparecer en otro túnel, después de dejarla atrás.

Varios hombres tiraban de un par de cabestrantes que producían agudos chirridos mientras la cuerda se iba enrollando en cada uno de ellos. Alguien gritó: «Encended las luces».

Una luz brillante iluminó el arroyo y apareció otro hombre en el túnel más alejado llevando en la mano algo parecido a una horquilla. Los cabestrantes continuaban girando, y entonces se vio llegar por el túnel del otro lado de la cueva un objeto grande que flotaba sobre el agua y contra la corriente.

Nabé quedó boquiabierto. Aquellos hombres arrastraban grandes cuévanos por el otro túnel donde desaparecía el arroyo. No pudo precisar qué eran aquellos bultos parecidos a grandes cajas de embalaje... ¿Contendrían algo pesado? Era imposible averiguarlo.

Los cuatro hombres corrieron hacia la caja, que arrastraron hasta el interior de la cueva. ¡Bang! ¡Pam!

Desde luego debía pesar mucho a juzgar por los golpes que daba mientras la volvían de uno y otro lado hasta llevarla a su sitio.

Nabé se asomó todo lo que pudo para ver dónde la colocaban, creyendo ver otras cajas similares ya amontonadas. Aquello debía ser un escondite... o el lugar de clasificación. Evidentemente era un lugar que se utilizaba para cosas muy secretas.

Los cabestrantes giraron de nuevo hasta que asomó otro cuévano por la entrada del túnel..., seguido de otro... Nabé supuso que iban atados unos a otros. ¡Debía haber toda una serie en el interior del túnel! El hombre que llevaba en la mano aquella especie de horquilla desaparecía en el túnel cada vez que llegaba una nueva caja para guiarla y Nabé imaginó que habría también un borde rocoso en aquella orilla del río igual que la había en aquella parte del túnel subterráneo donde él se encontraba.

—¡Ya están todas! —gritó el hombre de la horquilla cuando la última caja fue transportada a su lado—. ¡Ahora Vámonos! ¡Estoy rendido!

Nabé se acurrucó contra la pared rocosa del túnel esperando que los hombres no pasaran cerca de donde él estaba. No fue así. Echaron a andar por el borde del otro túnel alejándose en la oscuridad. Sus antorchas se vieron durante algún tiempo y al fin desaparecieron.

El lugar quedó sumido en la más completa oscuridad. «Miranda», subida al hombro de Nabé, cuchicheó en su oído. Tenía frío y estaba cansada. No comprendía aquella extraña aventura.

Nabé volvió a encender su linterna, satisfecho de que fuera tan potente, y echó a andar por la cueva, que era incluso mayor de lo que había supuesto. Era, de hecho, una caverna subterránea cuyas paredes tenían fosforescencias en algunos puntos.

Amontonados contra la pared veíanse cajones de todas clases y tamaños. En ellas se leían nombres que Nabé no entendió. ¿Serían nombres de lugares o de personas? Lo ignoraba.

Estuvo examinando la gran cueva. En el extremo de la derecha descubrió lo que era evidentemente una especie de taller o lugar de clasificación. Allí había varias cajas de embalaje vacías que habían sido abiertas, y en las que no quedaba nada que indicase cuál fue su contenido a excepción de una serie de lingotes de color plomizo. Nabé cogió uno.

Desde luego pesaba mucho, y él creyó que debía ser un lingote de plata..., plata que había sido fundida para convertir en barras.

—Quizá funden los objetos de plata robados para convertirlos en lingotes —pensó el niño—. Tal vez sea este lugar una especie de central donde se reciben géneros robados... ¡Qué escondrijo más maravilloso! ¡Nadie adivinaría nunca dónde

está!

Continuó avanzando por la caverna, descubriendo algo que le satisfizo mucho..., un colchón viejo con unas mantas y una almohada... y... aún mejor que eso..., ¡un repecho donde estaban almacenados montones de latas de carne y frutas en conserva!

Era evidente que aquellos hombres comían allí algunas veces cuando tuvieran trabajo intenso... y tal vez durmieran en alguna que otra ocasión. Bien..., pues Nabé dormiría allí también si no había otro remedio... y también comería. Si no conseguía encontrar un medio de escapar en seguida se pondría cómodo y procuraría descubrir cuanto le fuese posible.

Miró los cabestrantes. Eran muy potentes. Los necesitaban para arrastrar aquellas cajas contra la corriente del río... ¿Y durante cuánto trecho? Nabé comenzó a preguntárselo. ¿Cómo lo sabría?

Decidió no explorar nada más de momento. Estaba cansado, tenía frío y por de pronto no deseaba correr más aventuras. Se tumbaría en el colchón y «Miranda» ya le despertaría si llegaba alguien.

Se acostó, quedando pronto dormido. «Miranda» se acurrucó una vez más junto a él. Ignoraba cuánto tiempo estuvo durmiendo porque no tenía reloj, y como en el interior de aquella caverna siempre era de noche, al despertar no supo si habría amanecido ya.

Creyó que ya debía de ser de día, y como sintiera apetito se dirigió al montón de latas de conserva. ¡Ah, latas de jamón! Abriría una..., si encontraba el abrelatas. Vio un rimerero de platos y vasos de aluminio allí cerca, así como un montoncillo de cuchillos baratos, cucharas y tenedores, y también un par de abrelatas.

Nabé no tardó en disfrutar de una succulenta comida a base de jamón en conserva y melocotones en almíbar. Escondió las latas vacías detrás de una roca para que cuando los hombres volvieran no sospecharan nada.

Después se sintió mejor..., ¡en realidad se sentía con ánimos para todo! «Miranda», que acababa de engullir cuatro pedazos de melocotón con gran deleite, también estaba dispuesta a todo. Iba de un lado a otro de la cueva examinando cosa por cosa... y de pronto todo se iluminó con una luz cegadora.

Nabé se puso en pie creyendo que regresaban los hombres, pero nadie apareció. ¿Entonces cómo se había encendido la luz tan repentinamente?

Se echó a reír..., claro, había sido su mona que, al encontrar el interruptor de la luz, le había dado vuelta, inundando la cueva de luz. Le encantaba tocar los interruptores que hallaba a su paso, y más de una vez se había buscado complicaciones por ello. El niño la llamó.

—¡Traviesa «Miranda»! ¡No enredes más! ¡Vuelve a apagar en seguida!

«Miranda» lanzó unos gritos de alegría y apagó y encendió la luz varias veces. Al fin la dejó apagada y volvió a reinar la oscuridad, rota únicamente por la linterna del

niño.

—Ven, conmigo, «Miranda» —le gritó Nabé—. Es hora de que salgamos de aquí. ¡Seguiremos río abajo... y si esos hombres se fueron por ahí, también nos iremos nosotros!

La monita trepó hasta su hombro para tirarle de la oreja derecha. Nabé se dirigió hacia el lugar donde el arroyo desaparecía en el otro túnel y encendió la linterna para iluminar su camino. Junto al agua quedaba un borde rocoso muy estrecho..., mucho más que el que recorriera antes, y también en algunos puntos, se hundía bajo el nivel del agua, lo cual representaba tener que vadear en aquella agua helada de vez en cuando.

El túnel no era recto, sino que torcía siguiendo el curso del arroyo. Fue una tarea penosa avanzar junto al agua negra por un estrechísimo pasillo de roca. En un punto el techo del túnel era tan bajo que Nabé se vio obligado a caminar a gatas, y «Miranda» se puso a gritar aterrorizada, pues no le gustaba el agua.

Al cabo de unos diez minutos Nabé estaba ya harto de aquello, pero tenía que continuar o retroceder, y prefirió seguir adelante, cosa que hizo durante otros quince minutos... y al fin vio algo de luz. ¿Qué era aquello? Se apresuró cuanto pudo con la esperanza de que fuese la luz del día.

¡Llegó ante una gran verja de hierro! Y al otro lado brillaba la luz del día, oscurecida por enormes plantas verdes que trepaban por los barrotes. Allí era donde el arroyo salía a la superficie. Nabé se detuvo para contemplar aquella gran verja. Era muy antigua, muy fuerte, estaba cubierta de maleza, y no había sido abierta nunca. La construyeron desde la bóveda del túnel hasta el lecho del arroyo dejando que el agua discurriera entre sus barrotes.

El niño no intentó siquiera sacudirla o moverla de alguna manera. ¡Era evidente que nadie salió nunca por allí... y que nadie habría de conseguirlo! Debieron construirla muchos años atrás para evitar que la gente explorara el riachuelo subterráneo que desaparecía en la colina donde estaba la vieja casona.

Nabé examinó la gruesa cortina verde que oscurecía la luz del sol. Zarzas, helechos y plantas trepadoras se entrecruzaban en la verja de hierro. ¡Era imposible salir de aquella prisión!

«Los hombres no pueden haber salido por aquí —pensó Nabé—. Bien, ¿dónde fueron entonces? Debo haber pasado por alto la salida. Retrocederé».

Así lo hizo, recorriendo de nuevo el pasillo rocoso y mirando con cuidado por todas partes para ver si se le había pasado el lugar por donde salieron del túnel aquellos hombres.

De pronto «Miranda» lanzó uno de sus grititos. ¡Había visto algo! Estaba en la parte superior del túnel. Nabé lo iluminó todo con su linterna, pero no consiguió ver más que las paredes rocosas del túnel y el pasillo donde se encontraba.

Entonces «Miranda» abandonó su hombro repentinamente y de un salto quedó suspendida encima del agua. ¡Se había agarrado a algo y se balanceaba de un lado a otro! Nabé la iluminó con la linterna. ¡La mona estaba colgada de una cuerda!

—¡Diantre! ¡Una cuerda! ¿De dónde sale? —exclamó Nabé asombrado, iluminándola con su linterna. Era gruesa y llegaba hasta el techo del túnel... y allí, en el techo veíanse como unas piezas planas de madera. Nabé estaba intrigado. ¡Una cuerda..., colgando de unas tablas en el techo del túnel!

Trató de encontrar una explicación. Debía haber un agujero en el techo del túnel... o bien natural, o hecho por la mano del hombre. Debieron descubrirlo o hacerlo, dieron con el río..., lo exploraron y hallaron la cueva.

«Los hombres deben haber utilizado este medio para salir —pensó Nabé—. Una vez quitan las tablas y trepan por el agujero, salen al exterior. Quisiera saber si es éste es lugar por donde entran las cajas y las bajan al agua. Tiene que serlo».

Subió por la cuerda que colgaba sobre el agua, pero no consiguió quitar las tablas que hacían las veces de tejado en el agujero del túnel. Debían haber puesto sobre ellas algo para ocultarlas, y tuvo que volver a bajar decepcionado.

Comprendía lo que hacían los hombres.

«Traen las cajas y cuévanos aquí de noche..., quitan las tablas que esconden el agujero del túnel y dejan caer el género al agua atándolo a un cable que sube por el arroyo hasta los cabestrantes. Entonces es sólo cuestión de arrastrarlos por el agua y guiarlos mientras avanzan; ¡qué idea más ingeniosa... a nadie se le ocurriría sospechar de semejante escondite!».

¡Pero el haber descubierto aquella idea ingeniosa no le ayudaba a escapar! Y allí estaba prisionero bajo tierra y sin tener por dónde salir.



Capítulo 23- ¿Dónde está Bernabé?

Al día siguiente los niños se preguntaron qué le habría sucedido a Nabé. No apareció a la hora del desayuno, a pesar de que dijo que iría, ni tampoco a la hora de clase, y aquello era muy extraño. ¡Nabé no se hubiera perdido una mañana de estudio por nada del mundo!

—¿Dónde puede estar? —preguntó Roger—. Espero que no le haya ocurrido nada.

Diana estaba muy preocupada, y cuando Nabé tampoco se presentó a comer, se puso fuera de sí.

—¡Sé que le ha ocurrido algo! —dijo—. Debemos ir todos a buscarle a la vieja casona..., bajaremos al sótano para ver si averiguamos algo.

El señor King no consiguió arrancarles nada. Era evidente que estaban preocupados, pero no quisieron decirle el motivo, y cuando se acercaba, callaban en seguida, exasperándole.

—Debo confesar que vuestro comportamiento es muy peculiar —observó ante

Diana—. ¿Por qué no me decís le qué ocurre? Tal vez pudiera ayudarnos. ¿Dónde está Nabé?

—Ya aparecerá —replicó Roger en el acto. No estaba dispuesto a comunicar sus preocupaciones al señor King. Y en cuanto a comportamientos peculiares..., bueno, ¿cómo explicaba el suyo?

Así que no le dijeron nada, y el profesor se enfadó mucho. La señorita Pimienta telefoneó para decir que su hermana estaba mejor, y que quizá no tardase mucho en regresar. El señor King respiró aliviado. Tal vez los niños se comportaran con más normalidad cuando su aya estuviera de regreso.

Después de comer, marcharon hacia la vieja casona. «Ciclón» se alegró de poder salir al aire libre. No le agradaba que los niños se quedasen en la casa preocupados y sin prestarle la menor atención.

Ante todo pensaban subir a las habitaciones superiores. Primero se estuvieron preguntando cómo entrarán, pero vieron que Nabé no había cerrado la puerta de la cocina, no sabían si con intención o sin ella. El desorden que reinaba en las habitaciones de los niños contrarió a Diana sobremanera. ¿Cómo se atrevía el señor King a revolverle todo de aquel modo?

—No te molestes ahora en ordenarlo, Di —le dijo Roger—. Será mejor registrar toda la casa y los sótanos en seguida..., por si acaso Nabé estuviera enfermo o herido y necesitase ayuda. Nunca se sabe. Es tan extraño que no haya aparecido en todo el día.

Recorrieron toda la casa sin ver nada. Luego bajaron a la cocina y salieron a las dependencias accesorias, encontrando abierta la trampa de la lechería.

—Bueno..., bajaremos —exclamó Roger encendiendo su linterna. Y allá fueron todos, pisando cautelosamente cada escalón de piedra, hasta llegar a los oscuros sótanos, donde llamaron a Nabé.

—¡Nabé! ¿Dónde estás? ¿Estás ahí?

Varios ecos repetían:

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ahí!

—No está aquí —dijo Roger—. «Ciclón», ve a buscarle. ¡Regístralo todo!

«Ciclón» empezó a husmear todos los rincones, y fue quien encontró el estante de madera donde durmiera Nabé la noche antes. Empezó a ladrar y todos corrieron a su lado, viendo en seguida la alfombra y el almohadón encima del estante.

—¡Mirad! ¡Ahí es donde durmió anoche! —dijo Roger—. Pero ¿dónde está ahora? ¿Y dónde está «Miranda»?

Era un verdadero misterio que les preocupaba mucho, y los niños se sentaron sobre una caja de embalaje para reflexionar lo que convenía hacer a continuación.

Mientras estaban allí sentados, «Ciclón» iba de un lado a otro tratando de adivinar con el olfato dónde estuvo Nabé y llegó al rincón donde se hallaba la argolla de

hierro incrustada en una piedra baja de la pared. Empezó a arañarla con su pezuña y a ladrar, pues comprendía que el niño había estado allí.

Chatín se acercó a él.

—¿Qué te ocurre, «Ciclón»? ¿Qué has encontrado? Vaya, eh, vosotros, venid acá. ¿Qué os parece que es esto?

Todos se arrodillaron para examinar la argolla de hierro y, lo mismo que Nabé, comenzaron a tirar de ella Mas, por desgracia, no se les ocurrió darle vueltas, de manera que no descubrieron el secreto de la piedra movediza. Al cabo de un rato tuvieron que darse por vencidos.

—No es nada —exclamó Roger—. No vale la pena molestarse más. Supongo que «Ciclón» se habrá excitado por el olor de alguna rata.

De manera que dejaron el sótano y subieron a la lechería. ¡Qué agradable resultaba volver a la luz del día!

—Bueno... Nabé no está aquí —dijo Chatín con gran pesar—. Vámonos. Esta casa hoy me pone nervioso. Os lo aseguro.

—¿Y qué podemos hacer por Nabé? —preguntó Diana a Roger—. ¿Tú crees que hemos de dar parte de su desaparición?

—Todavía no —repuso el niño—. ¡Quedaríamos en ridículo si lo hiciéramos y luego apareciera Nabé con «Miranda» tan sonriente como siempre!

—Está bien —dijo Diana—. No lo haremos, pero si mañana no ha aparecido, creo que hemos de decírselo a alguien. Ojalá estuviera en casa la señorita Pimienta. No podemos confiar en el señor King y aquí no conocemos a nadie más.

Salieron muy tristes de la puerta de la cocina, que luego ajustaron.

—¿Qué haremos el resto de la tarde? —preguntó Roger cuando echaron a andar entre la maleza—. Me gustaría dar un paseo o algo por el estilo.

—Pues no iremos ni a montar ni a nadar —replicó Diana— por si Nabé viniera a merendar. ¿Quién sabe? Quiero estar en casa cuando aparezca, por si tiene alguna noticia que comunicarnos.

—Ya sé lo que podríamos hacer —dijo Chatín de pronto—. Tomar ese atajo que lleva al arroyo que vi el otro día que estuve siguiendo al señor King... y así veremos adonde va. De este modo comprobaremos si el mapa está equivocado.

—No es muy emocionante..., pero podemos hacerlo —repuso Roger—. Vamos «Ciclón»..., deja en paz esa madriguera. No conseguirás entrar por ella. ¡Estás demasiado gordo!

Y allá fueron con «Ciclón» pisándole los talones. Pasaron primero por Villa Rockingdown para coger el mapa, y vieron que el señor King había salido.

—Se ha marchado en esa dirección —les dijo la señora Redondo señalando la colina—. Dijo que volvería a la hora de merendar.

—¡Cáscaras! Por ahí es donde queríamos ir nosotros —dijo Roger mirando el

mapa—. Mirad..., tomamos este camino... por detrás de este bosquecillo... y luego pasamos la colina hasta llegar al arroyo. Ahí debe ser donde Chatín vio el bote escondido. Iremos hasta allí y luego seguiremos el riachuelo para ver dónde termina.

Emprendieron la marcha seguidos de «Ciclón» que estaba muy satisfecho ante la perspectiva de un segundo paseo. ¡Quizás esta vez encontrase madrigueras lo bastante grandes para meterse en ellas! Ésta era siempre la mayor esperanza de «Ciclón».

No tardaron mucho en encontrar el arroyo.

—¿Dónde estaba escondido el bote, Chatín? —le preguntó Roger de pie junto al riachuelo que discurría rápidamente.

—¿Ves ese grupo de sauces? Me parece que fue ahí —repuso Chatín, y de nuevo echaron a andar por los campos pantanosos. «Ciclón» saltaba sobre las zonas donde había hierba, pero los niños, menos inteligentes, pisaban terreno falso del que tenían que sacar los pies llenos de barro hasta los tobillos.

—Esto no me gusta nada —dijo Diana deteniéndose para contemplar el ancho campo donde se encontraban—. Es un lugar desolado..., sólo hay árboles junto al arroyo. Puede verse por donde sigue su curso por los sauces y alisos que hay en sus orillas.

—Mirad..., éste es el lugar donde estaba escondido el bote —exclamó Chatín cuando llegaron junto al grupo de sauces que antes señalara.

¡El bote no estaba allí! El remanso estaba desierto.

—¿Dónde estará el bote? —preguntó Chatín.

—¡Oh..., supongo que su propietario habrá ido a remar un poco! —dijo Diana.

—¿Pero a quién pertenece? —quiso saber el niño—. Mirad a vuestro alrededor..., ¡no se ve ni una sola cosa!

No la había. Lo que Chatín acababa de decir era absolutamente cierto. Era muy extraño en verdad que hubiera un bote en aquel pequeño remanso escondido y ni el menor rastro de vida en varios kilómetros a la redonda. De todas formas ahora el bote había desaparecido, y era inútil preocuparse por él.

—Ahora sigamos río arriba —dijo Roger—. Vamos, «Ciclón». Por aquí. Cógele, Chatín, se va a caer al agua. Ha visto un ratón de campo o algo por el estilo.

Chatín fue en busca de «Ciclón» que estaba al mismo borde del agua y le obligó a andar delante de él. El perro se tumbó patas arriba pedaleando en el aire.

—Bien —exclamó Chatín—. ¡Si deseas pasar la tarde así, hazlo! ¡Adiós!

El perro no tardó en seguirles olvidándose del ratón, y los cuatro continuaron por la orilla del riachuelo que seguía descendiendo por la colina, y por eso su corriente era bastante rápida, serpenteando el doble de lo que era necesario.

Lo fueron siguiendo por espacio de un cuarto de hora hasta que al fin se alzó ante ellos una colina.

—Si el arroyo ha de pasar por ella, tiene que tener mucha fuerza —dijo Roger.

Pero no atravesaba la colina, sino que desaparecía repentinamente tras una cortina de hojas verdes. En realidad, continuaba por debajo de tierra.

—¡Troncho..., desaparece en el suelo! —gritó Roger—. Bueno..., eso explica lo del mapa..., por eso está señalado tan cerca de la vieja casona..., debe pasar casi por debajo de ella.

—Sí..., claro —dijo Diana muy excitada—. Esa es la explicación..., hasta aquí pasa bajo tierra... y luego sale a la superficie y se desliza mansamente por esos terrenos pantanosos.

Se acercaron al lugar donde el arroyo salía de la colina. No vieron la verja de hierro que lo cerraba a causa de la espesa cortina de zarzas y helechos, pero Roger, introduciendo sus manos a través de la hiedra tocó los barrotes de hierro.

—Aquí hay algo —dijo empezando a arrancar las ramas—. Sí..., es una verja o una barrera..., supongo que para impedir que la gente siga el arroyo. Quizá sea muy peligroso.

—¡Oh, qué lástima! Me hubiera encantado remontar el riachuelo y ver a dónde va a parar —dijo Chatín—. ¡Qué lástima que no esté aquí Nabé..., le hubiera gustado mucho!

No muchas horas antes, el propio Nabé había estado sólo a uno o dos metros de donde se encontraban ahora los niños..., ¡sólo que al otro lado de la verja! Pero ellos no lo sabían. Estuvieron mirando a través de la tupida cortina de maleza sin ver más que oscuridad.

—Bien..., hemos aclarado este misterio —dijo Roger bajando de donde había subido para mirar por entre la hiedra—. Será mejor que regresemos.

—Mirad..., ¿no hay allí un pequeño remanso? —dijo Diana señalando la otra orilla del arroyo un poco más allá de la verja de hierro—. Vamos a ver si lo es.

—Bueno..., ya deberíamos regresar a casa —exclamó Roger mirando su reloj—. Sin embargo..., veremos si hay algo interesante. Es posible que encontremos el bote misterioso.

¡Y así fue en efecto! Siguieron el extraño arroyo entre una hilera de alisos. Torcía de pronto formando como un estanque donde nadaban unos patos... ¡y allí estaba el bote atado a un árbol! ¡Chatín estaba seguro de que era el mismo porque no tenía nombre!

En una oquedad había una casa de campo, rodeada de pajares y con musgo en las baldosas. Era un lugar encantador.

—¡Vaya..., qué sorpresa! —exclamó Diana—. ¡Una casa aquí, perdida en este rincón del mundo! ¡Y el bote le pertenece! ¡No hay el menor misterio!

Todos fueron hacia la casa. Un hombre salía del granero y al verles pareció contrariarse mucho.

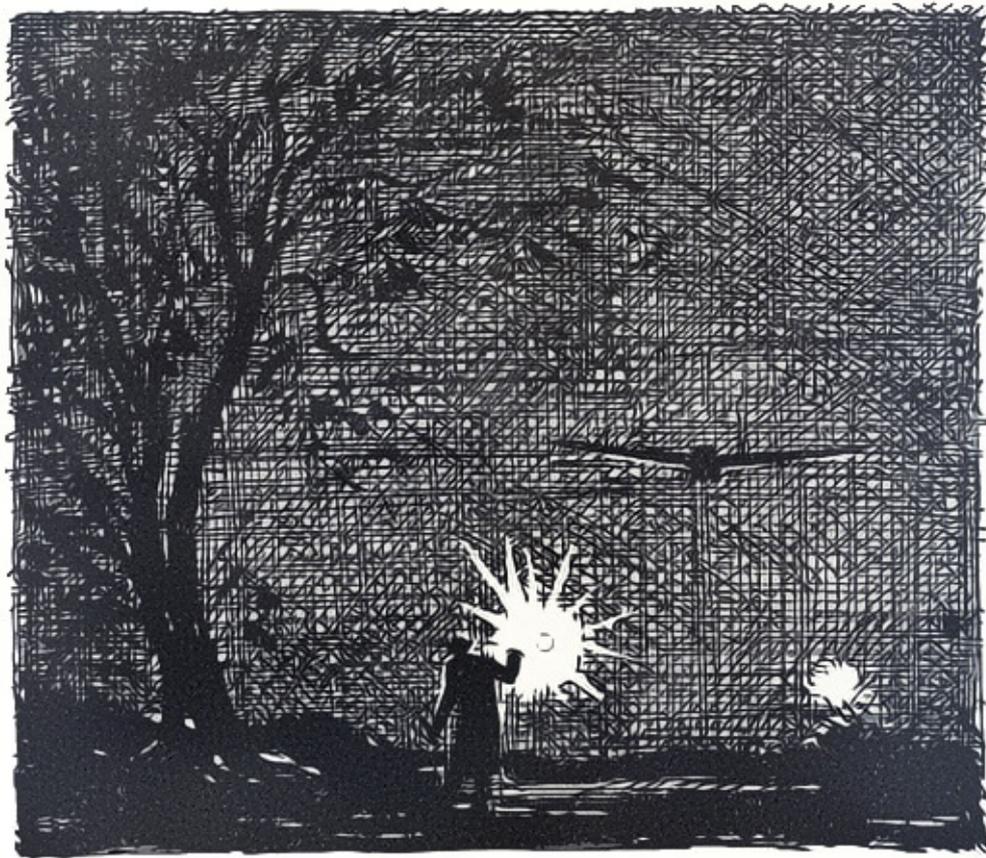
—¡Marchaos de aquí! —les gritó—. ¿No me oís? No queremos moscones por aquí. Marchaos en seguida o soltaré a los perros.

Tres o cuatro perros empezaron a ladrar desaforadamente y «Ciclón» les contestó, pero sin atreverse a acercarse. ¡Le daban miedo tantos perros juntos!

—¡Está bien! —exclamó Roger indignado—. ¡Ya nos vamos! No se preocupe.

Y los tres niños le dieron la espalda. ¡Qué individuo más antipático! Volvieron por el arroyo hasta el remanso... y allí recibieron otra sorpresa.

¡El señor King estaba examinando muy interesado la verja de hierro cubierta por la maleza!



Capítulo 24- Una gran sorpresa

El señor King quedó tan sorprendido al ver a los tres niños y a «Ciclón» como ellos viéndole a él. El perro estaba tan extrañado que olvidando la enemistad existente entre el profesor y los niños, saltó sobre él para saludarle.

—¡Vaya! —exclamó el señor King—. ¡Quién iba a pensar en encontraros aquí!

—Sí, es extraño, ¿verdad? —repuso Roger cortésmente.

¿Qué estaba haciendo el señor King? ¿Les habría seguido? En aquel rincón del mundo, ¿qué hacía..., mirando la verja cubierta de hiedra como si conociera su secreto? ¿Tal vez supiese dónde estaba Nabé!

—Bueno, será mejor que volvamos a casa —dijo el señor King mirando su reloj—. Llegaremos un poco tarde para merendar, pero supongo que la señora Redondo no se enfadará.

Los niños no querían volver a casa con él, pero no tuvieron más remedio que someterse. «Ciclón» parecía un tanto avergonzado. Había recordado que Chatín no

simpatizaba con el señor King, y lamentaba haberle dedicado una bienvenida tan calurosa.

—¿No está Bernabé con vosotros? —dijo el señor King en tono sorprendido—. ¿Dónde se ha metido hoy? ¿No lo sabéis?

—¡Oh, tiene muchas cosas que hacer! —le replicó Roger—. Supongo que estará por alguna parte. ¿No le ha visto usted, señor King?

—Espero que no os habréis peleado —dijo el maestro.

Aquella era una pregunta demasiado tonta para ser contestada, y Chatín hizo un mohín de desprecio. Sería difícil pelearse con el bueno de Nabé.

Bernabé no les esperaba para merendar, y la señora Redondo dijo que no había ido por allí. Merendaron con el señor King, empezando a preocuparse de veras. ¿Qué podía haberle ocurrido?

—Esperaremos hasta mañana por la mañana y luego avisaremos a la policía —dijo Roger, desesperado, cuando llegó la hora de acostarse sin que Nabé hubiera dado señales de vida. Diana estaba fuera de sí. Quería mucho a Nabé, pero Chatín estaba más triste que ninguno.

Aquella noche Roger se despertó sobresaltado. Había oído algo. Se sentó en la cama y estuvo escuchando un rato. ¿Qué había sido aquel ruido? ¿Sería Nabé? Sí..., era como si alguien cerrara la puerta principal muy..., muy... silenciosamente.

Roger se levantó en un abrir y cerrar de ojos, y sin ponerse la bata ni las zapatillas bajó la escalera sin hacer ruido. Corrió hasta la puerta principal y al abrirla vio una figura que iba en dirección a la verja. Aquella noche había un poco de luna y Roger pudo distinguir quién era..., ¡el señor King!

Sí..., el señor King en otra de sus misteriosas rondas nocturnas. Muy bien..., estaba dispuesto a seguirle para ver a dónde iba. Tal vez le condujera hasta Nabé. Roger consideraba al profesor lo bastante malvado para tenerle encerrado en alguna parte..., por alguna razón secreta.

No era agradable caminar descalzo, sobre todo cuando el señor King penetró en los terrenos de la vieja casona. Debía dirigirse allí. El niño le fue siguiendo, mordiéndose los labios cada vez que pisaba una piedra o una espina con sus pies desnudos.

El señor King se detuvo, y dos hombres surgieron de entre los arbustos. Luego hablaron en voz baja. Roger aguzó el oído, pero sólo pudo pescar algunas frases sueltas.

—Le hemos cogido..., pero no hablará.

Luego siguió una conversación que Roger no pudo entender.

—¡Oh, sí...! ¡Resulta un buen escondite! Vaya si lo es..., nadie lo hubiera adivinado nunca.

Más cuchicheos en voz baja y luego otra frase del señor King:

—¡Bueno..., si esos niños a quienes doy clase adivinaran lo que busco, realmente se morirían!

Roger tembló entre los arbustos. ¿Entonces habrían cogido a Nabé? ¿De qué escondite estaban hablando...? ¿De la vieja casona? «Muy bien, señor King, usted cree que no sabemos nada, pero sabemos que usted es una mala persona», pensó Roger sonriendo.

Los tres hombres continuaron hablando un rato más y luego se dirigieron a la casa. Roger había oído bastante. A la mañana siguiente iría a contar a la policía todo lo que sabía, y suplicarles que buscaran a Bernabé. ¡Y también para pedirles que arresten al señor King..., el impostor! No quería seguir más a aquellos hombres. Tenía los pies heridos y le sangraban. Debía regresar. De todas maneras ya había averiguado lo bastante para inutilizar las armas del señor King y detener su juego..., ¡fuera el que fuese!

Se volvió a la cama, pero no pudo dormir. Estuvo dando vueltas y más vueltas en su cerebro al problema del señor King... ¿Qué estaría haciendo? ¿Por qué había secuestrado a Nabé?... y cientos y cientos de otras preguntas que continuaron aún en sus sueños produciéndole pesadillas. Se despertó por la mañana, agotado por aquel sueño inquieto.

Contó a los otros lo que pensaba hacer.

—Voy a dar parte a la policía —dijo—. Vosotros asistid a la clase como de costumbre para que el señor King no sospeche nada. Decidle solamente que he tenido que ir a hacer unas compras urgentes por encargo de la señora Redondo. Sé que necesita patatas. ¡Me ofreceré para ir a comprarlas!

De manera que Diana y Chatín quedaron solos con el señor King. Sin Nabé y sin Roger. Diana estaba pálida y con aspecto preocupado. El profesor la contempló igual que al intranquilo Chatín. ¿Qué diantre les sucedía a aquellos tres niños desde que se había ido la señorita Pimienta?

A eso de las once se oyeron pasos ante la puerta principal..., ¡los pasos de dos personas! Diana empezó a temblar. ¿Vendría Roger acompañado de un policía? Desde la ventana de la sala de estudios no podía ver quién llegaba.

Se abrió la puerta y entró Roger con aire de gran importancia, y tras él un robusto policía. Diana contuvo el aliento, y el señor King pareció muy sorprendido.

—¿Qué significa esto? —dijo atónito—. Roger..., ¿no habrás hecho nada malo, verdad?

—«Yo» no —repuso el niño.

—Ocurre lo siguiente, señor —dijo el policía sacando un librito de notas y volviendo algunas de sus páginas—. Este niño vino a hacer una denuncia esta mañana. Parece ser que un amigo suyo ha desaparecido hace dos días..., se llama Bernabé, sin apellido conocido. Y aquí, maese Roger, cree que usted sabe algo de su

desaparición.

—Esto es absurdo —dijo el señor King furioso—. Roger, ¿qué significa esto?

—Pues que conocemos sus rondas nocturnas, sus misteriosos paseos y las exploraciones realizadas en la vieja casona —replicó Roger con osadía—. Usted penetró en la Mansión Rockingdown registrándolo todo..., destrozó las habitaciones de los niños tirándolo todo por el suelo..., se encontró con hombres extraños de noche..., para trazar algún plan. No sabemos cuál es..., pero estamos seguros de que tiene algo que ver con la desaparición de Nabé..., por eso fui a la policía esta mañana y di parte de todo.

—Eso es, señor —dijo el policía en tono firme—. Es una historia extraña, y nos gustaría que nos diera alguna explicación..., si no le molesta..., en particular con respecto al allanamiento de la Mansión Rockingdown. Eso es grave, señor.

El señor King había fruncido el ceño y miró a Roger, que sostuvo su mirada.

«¡Ajá! —decían los ojos de Roger—. ¿Qué dice usted a todo esto, señor impostor?».

El señor King se puso en pie pareciendo de pronto mucho más alto e imponente, y dijo con voz crispada y en tono de mando:

—Agente, eche un vistazo a esto, ¿quiere?

Y le alargó algo que el agente estudió, poniéndose muy colorado. Luego cerró el librito de notas y retrocedió apresuradamente.

—Le ruego me perdone, señor. No tenía la menor idea. No hemos recibido notificación alguna de jefatura, señor.

—No se preocupe —dijo el señor King conservando el mismo tono—. Creí mejor no decir nada a la policía local. Puede retirarse. Yo me encargo ahora de este asunto.

El agente se marchó ruborizado hasta las raíces de sus cabellos. Diana estaba completamente sobrecogida de asombro, y en cuanto a Roger y Chatín no sabían qué pensar de todo aquello y contemplaban estupefactos al señor King, que volvía a sentarse.

—Sentaos —les dijo, y Roger obedeció, mientras el señor King sacaba un cigarrillo de su pitillera que golpeó sobre la mesa antes de prenderle fuego. Nadie pronunció una palabra y él les miró con expresión grave.

—De manera que me habéis estado espionando, ¿eh? Quisiera saber el motivo... y por qué no acudisteis a mí en seguida para contármelo todo en vez de ir en busca de un policía del pueblo. ¿Qué es lo que sabéis exactamente?

De momento nadie respondió. Estaban completamente desorientados.

—Señor King..., ¿qué enseñó usted al agente, por favor? —preguntó al fin Diana.

—Algo que demuestra que ocupó un puesto muy superior al suyo en el cuerpo de policía —repuso el señor King tras una pausa—. Estoy aquí realizando una importante investigación, y siento que me creyeráis un malvado. Os aseguro que no

lo soy.

Hubo otro silencio, el pobre Roger se sentía muy violento. Entonces el señor King era... un detective..., un agente secreto... o, ¿qué? ¡Ni siquiera se atrevía a preguntárselo! Estaba avergonzado.

—Lo siento mucho, señor —consiguió decir al fin—. Pero..., pero estaba tan preocupado por la desaparición de Nabé que avisé a la policía y... y..., bueno..., les dije que sospechaba de usted. Lo siento muchísimo.

—Me lo imagino —repuso el señor King—. ¿Pero qué es esa historia de la desaparición de Nabé? Ignoraba que estuvierais seriamente preocupados por él. Escuchadme..., es evidente que habéis estado espiando tanto o más que yo... y tal vez sepáis cosas que yo ignoro. Será mejor que intercambiamos nuestros conocimientos y nos ayudemos mutuamente en vez de trabajar unos contra otros..., aunque yo ni remotamente sospechaba vuestras actividades secretas. ¡Sois una banda de pequeños delincuentes!

Sonrió y los niños sonrieron más aliviados. Tenía una sonrisa muy agradable. ¿Cómo pudieron creerle un impostor, un malvado? Era alguien importante, con dotes de mando, y en conjunto un personaje admirable.

—Hemos sido unos estúpidos —exclamó Chatín recuperando el habla—. Unos súper estúpidos.

El señor King les dedicó una sonrisa aún más amplia.

—Aunque he de confesar que sí he sido un poco impostor. ¡En realidad no soy maestro! Sé lo suficiente para enseñar a tres ignorantes como vosotros, pero no es un trabajo que me guste. Lo acepté porque necesitaba estar por estos barrios, como probablemente ya habréis adivinado.

—Sí..., adivinamos que era un... impostor en ese sentido —convino Diana enrojeciendo—. ¿Hemos de contarle todo lo que sabemos, señor King? Entonces tal vez pueda usted ayudarnos a encontrar a Nabé.

Y los tres niños se lo contaron todo mientras el señor King les escuchaba atentamente.

—Bueno..., casi todo lo sabía ya —les dijo—. Sin embargo, todo ayuda. Ahora, yo os comunicaré algo..., que espero no repitáis a nadie.

Le escucharon emocionados.

—En esta región se lleva a cabo mucho contrabando —dijo el señor King—. Yo lo vengo sospechando desde hace tiempo. Hay un avión misterioso que aterriza en algún sitio de noche y vuelve a elevarse casi inmediatamente. Y también una lancha motora igualmente misteriosa, que aparece de cuando en cuando en el río por estas cercanías. Creemos que existe una especie de central de recepción por aquí... donde esconden las mercancías hasta poder disponer de ellas con libertad... o donde las reparten en cantidades menores para venderlas o trasladarlas en seguida a alguna otra

parte. Pero ignoramos dónde está ese escondite, y quiénes son los principales contrabandistas. Hemos capturado a uno de la banda, pero no quiere hablar. Tuvimos la impresión de que el centro era la vieja casona... la Mansión Rockingdown..., pero la hemos registrado de arriba abajo sin encontrar nada que lo pruebe. Nada en absoluto.

—¿Y qué hay de esos ruidos —preguntó Roger excitado— cuyo origen Nabé pensaba descubrir?

—Ah..., sí..., muy interesante —dijo el señor King—. ¡Y creo que la desaparición de Nabé es debido a su curiosidad por averiguar la procedencia de esos ruidos! Me temo que ahora lo esté pagando.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Diana palideciendo—. ¿Qué cree usted que le habrá ocurrido? ¿Dónde estará?

—No tengo la menor idea —replicó el señor King—. Pero le encontraremos lo antes posible. Hay tantos cabos sueltos en todo esto... que parecen no conducir a ninguna parte. Por ejemplo, yo creí que el río Rocking, que corre bajo tierra, podría conducirme al fondo del misterio..., pero no, está bloqueado por una barrera absolutamente infranqueable..., ¡así que hemos de descartarlo!

—Menos mal que la señorita Pimienta no está aquí ahora —dijo Chatín de pronto—. Se hubiera puesto mala con todo esto.

—Sí..., es mejor que no esté —convino el señor King—. ¿Ahora..., queréis dejarme solo un rato? Debo reflexionar y rehacer mis planes. Os veré a la hora de comer para comunicaros lo que voy a hacer. Hasta luego, entonces... y por lo que más queráis..., ¡alegrad esas caras!



Capítulo 25- Todo se complica

A la hora de la comida el señor King comunicó sus planes a los niños.

—Estoy casi seguro de que la desaparición de Bernabé es consecuencia de haber metido sus narices en este asunto de contrabando —dijo—. Tenemos que encontrarle, o las cosas se presentarán mal para él. Estos hombres son peligrosos..., verdaderos malvados que no se detienen ante nada.

Diana estaba asustada y miró al señor King con ojos muy abiertos.

—¿Qué va usted a hacer entonces? —quiso saber.

—Ante todo, registrar otra vez la Mansión Rockingdown de arriba abajo..., sobre todo por abajo..., donde están los sótanos —dijo el señor King—. Creo que estáis en lo cierto al decir que esos extraños ruidos tienen algo que ver con todo esto... y Bernabé debió descubrir la causa y como consecuencia ahora ha desaparecido. Aunque debo confesar que me intrigan y quisiera saber de dónde proceden. Si no tienen su origen en el sótano..., ¿dónde pueden sonar?

El señor King continuó exponiendo sus planes.

—También he de averiguar a quién pertenece ese bote, y echar un vistazo a esa casa de campo de que me habéis hablado..., así como examinar a fondo esa verja o barrera. Parece que no la ha visto nadie durante siglos..., pero hemos de comprobarlo. Y si no podemos atravesarla..., bueno..., ¡estoy casi seguro de que nadie más lo habrá logrado!

—Nosotros le ayudaremos —dijo Roger con vehemencia y mirando fijamente al señor King.

Le pareció extraño que él y sus compañeros hubieran estado tan seguros de que era un malvado. ¡Ahora le parecía una persona admirable..., con una personalidad arrolladora! ¡Roger estaba orgulloso de conocerle! Y eso que hacía tan poco tiempo que le inspiraba aversión. Eso demuestra el cuidado que hay que tener para juzgar a las personas.

Todos pasaron un día muy atareado, pero sin grandes éxitos. La Mansión Rockingdown fue registrada una vez más de cabo a rabo. Dos hombres se unieron a ellos en sus cercanías. Eran los mismos que viera Roger la noche anterior hablando con el señor King, y que resultaron ser policías a sus órdenes destacados para ayudarle.

—Os presento a Jaime y Fred —dijo el señor King a los niños—. El terror del cuerpo de policía... ¡Cazadores de delincuentes y criminales y muy buenos amigos míos!

Los niños sonrieron. Jaime y Fred eran fuertes y corpulentos, pero de aspecto corriente, aparte de sus ojos de mirada rápida y perspicaz. Ambos vestían de paisano.

—Jaime y Fred..., os presento a Roger, Diana, Chatín... y «Ciclón» —dijo el señor King—. Ellos también son terribles, especialmente este jovencito..., Chatín. Tened cuidado con él u os gastará una de sus temibles bromas; es un verdadero diablillo. En realidad..., «Ciclón» es el mejor de todos... y casi el más inteligente.

Éstas eran las chanzas que los niños comprendían, y les encantaban. Todos rieron empezando a creer que todo saldría bien si Jaime, Fred... y el señor King... se encargaban de ellos. ¡Bernabé pronto estaría de regreso!

Una vez en los sótanos de la Mansión Rockingdown, el señor King contempló la alfombra y la almohada que Nabé dejara sobre el estante de madera, y también examinó la argolla de hierro de la pared, pero al igual que los niños, sin concederle importancia. No se le ocurrió hacerla girar.

—Aquí no hay nada —dijo al fin—. Creo que o bien Nabé salió del sótano siendo capturado en la finca... o bajaron aquí esos hombres por alguna razón y le descubrieron. En cualquiera de los casos no puede estar por aquí cerca, o gritaría y le oiríamos.

Jaime fue enviado a hacer averiguaciones con respecto al bote, y Fred a examinar la verja de hierro que cortaba el camino del arroyo subterráneo. Los niños quisieron ir

también, pero el señor King se negó..., no permitió que circulara tanta gente para evitar que pudieran despertarse las sospechas de los contrabandistas. Ignoraba dónde estaban..., pero era evidente que su escondite debía hallarse por aquellos alrededores.

Jaime regresó para dar parte de sus pesquisas.

—He estado en la casa de campo, señor, con el pretexto de comprar huevos. Había un muchacho navegando por el remanso. Dijo que el bote era suyo..., que se lo había regalado su tío el día de su cumpleaños. Parecía sincero, señor..., no creo que exista razón para desconfiar de él.

—Bueno..., ahí desaparece el misterio del bote, entonces —dijo el señor King—. ¡Pertenece a un muchacho que juega con él! Ah..., aquí está Fred. Tal vez tenga algo más interesante que comunicarnos.

Pero no era así. Fred había ido hasta el lugar donde se hallaba la verja de hierro y estuvo arrancando gran parte de la maleza que la cubría.

—Nadie ha entrado por ese camino, señor —dijo—. Es imposible. Y a no ser que volásemos la verja con una descarga de dinamita, nunca conseguiríamos entrar. Todos los barrotes están incrustados en la tierra firme y resulta imposible moverlos. No creo que ese arroyo tenga mucho que ver en este asunto.

El señor King, frotándose la barbilla, fruncía el ceño.

—Es un verdadero misterio —dijo—. Sabemos que un avión misterioso aterriza en algún punto de esos campos..., probablemente en el área llana y seca que hay en medio de ellos. Sabemos que una extraña motora recorre el lugar donde el arroyo se une al río. Sospechamos que se realiza contrabando en gran escala... y, sin embargo, no podemos descubrir a dónde va a parar el género, o cómo vuelve a salir de su escondite, cualquiera que sea. Y además de todo esto un niño desaparece... con un mono..., ¡y no tenemos la más remota idea de dónde puedan estar!

—¿Usted cree que los hombres de esa casa de campo saben algo de todo esto? —preguntó Roger.

—No, que nosotros sepamos —repuso el señor King—. Esa granja es de un viejo campesino que vive en ella hace años... y se llama Dows. Su padre vivió en ella antes que él, y gozaba de buena reputación. Lo hemos comprobado... y llevamos a cabo un registro de toda la granja..., enviamos un hombre que se fingió inspector del Ramo de la Alimentación, ¿sabes?... y el viejo Dows lo tomó como tal y le estuvo enseñando toda la casa sin recelar nada y protestando de que nadie pudiera pensar que no estaba al lado de la ley en todos sentidos.

—Bueno..., la verdad es que hemos llegado a un punto muerto —dijo Roger—. Me parece que ya no podemos hacer nada más.

—Me pregunto dónde estará Nabé —dijo Diana—. No ceso de pensar en él. ¿Qué estará haciendo? Estoy segura de que debe estar muy triste y asustado.

—Nabé no se asusta nunca —repuso Chatín—. Es uno de esos seres valientes por

naturaleza... y no se le mueve ni un pelo cuando todo el mundo tiembla de miedo.

De todas maneras, Nabé no se sentía muy valiente en aquellos momentos, y no se estaba divirtiendo. Había pasado el día anterior registrándolo todo por ver si encontraba el medio de escapar, pero sin resultado.

Como sabemos, había llegado hasta la verja de hierro dejándola por imposible. Luego descubrió la cuerda colgando del agujero del techo rocoso del túnel... ¡y también tuvo que abandonarla como medio de escape! Lo único que le quedaba por hacer era seguir explorando túnel arriba, y ver de dónde venía el arroyo. Tal vez se introdujera en el túnel por un lugar donde él pudiera salir. Claro que por otro lado podía seguir su curso por debajo tierra y no salir al exterior más que a través de los barrotes de aquella verja de hierro, cosa que en realidad resultaba bastante probable.

—¡Sin embargo, no perderemos las esperanzas, «Miranda»! —dijo Nabé a la monita subida a su hombro—. Vamos..., iremos río arriba..., pero antes, ¿qué te parece si termináramos el jamón y abriéramos otra lata de fruta?

Después de comerse el jamón y guisantes en conserva, el niño y la mona echaron a andar río arriba. Nabé llegó al pequeño pasillo que conducía al agujero por donde había entrado la noche anterior. Lo pasó de largo, y continuó siguiendo el arroyo por el borde rocoso. ¡De pronto el borde se interrumpió y Nabé tuvo que pasar de un salto al lugar donde volvía a empezar con peligro de caer al agua y empaparse!

Continuó andando un cuarto de hora, iluminando con su linterna por donde pisaba para no dar un paso en falso. En algunos lugares el suelo era resbaladizo y tenía que andar con mucho cuidado, en otros el techo bajaba tan repentinamente que dio contra él con la cabeza antes de darse cuenta.

Y al fin llegó a un punto donde no pudo pasar adelante. El techo había ido descendiendo hasta el agua y ya no había más túnel..., sólo un canal de agua que lamía las paredes de roca que lo aprisionaban. Era casi como el interior de una gran tubería.

A menos que me meta en el agua y siga avanzando por ella sumergido, cabeza y todo, no puedo seguir adelante —pensó el pobre niño con desaliento—. ¡Y no me atrevo a hacerlo! No sé qué longitud tendrá este canal hasta convertirse en túnel de nuevo, con un borde por donde poder andar, y un techo sobre mi cabeza. Tendré que avanzar por debajo del agua conteniendo la respiración. Dios sabe cuánto tiempo y es probable que me ahogue. Y en cuanto a «Miranda», no podrá acompañarme, pues si lo hiciera moriría en seguida.

No le quedaba otro remedio que volver sobre sus pasos. Era descorazonador. Cuando llegó al pequeño pasillo que conducía al pozo por donde entrara, se detuvo. Su intención era subir de nuevo a aquel recinto... y probar de mover la piedra una vez más.

De modo que echó a andar por el pasillo con «Miranda», y subió por la escalera

del pozo penetrando en el pequeño recinto..., ¡pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguió mover la piedra de su sitio! Desconocía el secreto, y acaso no fuera posible moverla desde aquel lado. Probablemente no. ¡Pobre Nabé..., realmente ya no sabía qué hacer!



Capítulo 26- «Miranda» descubre el juego

Nadie penetró en el túnel subterráneo aquel día, y Nabé estuvo solo con «Miranda». Aquello no le gustaba nada, y deseó una y mil veces haber tenido reloj. ¡No sabía si eran las doce de la mañana o las seis de la tarde! En realidad, en aquel momento eran las cinco y media de la tarde, y fuera brillaba la luz del sol. Abajo en la cueva todo era oscuridad, excepto cuando el niño encendía su linterna.

No quiso utilizarla mucho por temor a que se le terminara la pila. Sabía cómo encender las luces que iluminaban la cueva, pero no se atrevió a hacerlo por si los hombres regresaban inesperadamente y al ver las luces sospecharan la presencia de un intruso. ¡Y Nabé no quería ser descubierto por nada del mundo!

«Lo que yo quisiera es encontrar el medio de huir y poder comunicar a los otros lo que he descubierto —pensaba Nabé—. Luego supongo que habríamos de avisar a la policía..., ¡y qué sorpresa iban a llevarse!».

Decidió volver a comer, y «Miranda» devoró algunos trozos de piña americana a la que era muy aficionada, igual que Bernabé, y que le supieron a gloria. Luego el

niño fue a tenderse sobre el colchón.

—Estoy muy preocupado, «Miranda» —le dijo a la monita—. ¡Cielos! ¿Aún estás comiendo piña? ¡Te vas a poner muy gorda si no tienes cuidado! «Miranda», ¿qué vamos a hacer? ¿No se te ocurre nada?

«Miranda» comenzó a parlotear, mientras chupaba el pedacito de piña. Ahora se había acostumbrado a aquel sitio... y mientras tuviera a Nabé y melocotones, guisantes y piña americana en conserva, estaba dispuesta a pasar mucho tiempo en el túnel.

—No tengo libros que leer..., ni nada que hacer —se lamentó el niño dando puñetazos a la almohada—. Es horrible. ¡Sólo tiene una ventaja estar en este sitio, «Miranda»..., y es que no gasto dinero! Ya sabes que me queda poquísimo. Tendremos que conseguir trabajo pronto, «Miranda», de lo contrario...

A la monita aquello le traía sin cuidado. Le gustaban los «empleos», especialmente cuando eso representaba vestir bonitos trajes y ver a la gente aplaudiendo y gritando en el circo o en una feria. ¡Era estupendo!

Nabé se quedó dormido a eso de las ocho, y estuvo durmiendo cuatro o cinco horas hasta que «Miranda» le despertó tirándole de la oreja.

El niño incorporose sin recordar dónde estaba. ¡Claro..., seguía prisionero en la cueva! Miró a su alrededor deseando saber si era de noche o de día. ¡Qué extraño resultaba ignorarlo!

—¿Qué ocurre, «Miranda»? —le dijo—. ¡Deja de tirarme de la oreja, tonta!

Pero «Miranda» había oído algo y le avisaba. El niño así lo comprendió al oír un fuerte ruido que venía del túnel y se puso en pie de un salto.

Los hombres volvían al trabajo. Entonces era media noche..., la segunda que pasaba allí. Estaban bajando las mercancías al túnel..., y pronto llegarían otros para tirar de los cabestrantes.

Comprendiendo que debían ocultarse pensó en los cajones para espiar desde allí. Ahora ya oía las voces de los hombres, y cogiendo a «Miranda» se dirigió al lado de la cueva donde se almacenaban grandes cajas de embalajes y se introdujo en una de las vacías para poder atisbar por las rendijas.

Pronto se vieron luces por el túnel..., eran las antorchas de los hombres que se acercaban, y Nabé distinguió sus voces. Esta vez eran cinco. Uno o dos evidentemente extranjeros, como lo demostraba su acento. Nabé apenas podía entenderles.

Supuso que aquella noche habrían arribado más cajas... en un avión que las descargó no lejos de allí, y luego de transportarlas hasta el túnel..., hasta ahora iban a subirlas por el riachuelo por medio del cable que se iba enrollando en los cabestrantes.

Y entonces Nabé comprendió algo en lo que no había caído antes. Las cajas no

eran arrojadas al agua simplemente..., sino colocadas sobre unas sólidas plataformas de madera que eran guiadas por el hombre de la horquilla. Las cajas eran pesadas, la corriente veloz, y las balsas con las cajas encima iban dando tumbos al remontar el arroyo.

Nabé lo observaba todo a través de las rendijas del cajón vacío conteniendo la respiración. Los hombres se pusieron en seguida a trabajar empujando los cabestrantes, que giraban entre chirridos y hablándose a gritos para subir las cajas o cuévanos según iban apareciendo sobre las balsas. Seis en total.

Pronto las tuvieron amontonadas junto a las otras, y luego uno de los hombres, el jefe o tal vez el capataz, dio una orden. Dos de los hombres cogieron una caja de las ya almacenadas y la abrieron.

Estaba llena de balas al parecer de seda. Nabé se esforzó por ver lo que era, pero le resultaba difícil. Luego abrieron otra caja llena de revólveres con los que formaron un montón. Abrieron la tercera caja y fueron extendiendo sobre el suelo de la cueva aquellos lingotes de color plomizo que Nabé viera anteriormente.

De otro rincón uno de los hombres trajo unas cajas pequeñas, y unos sacos de lona donde fueron introduciendo rápidamente las mercancías. Nabé adivinó el por qué. Ahora dispondrían de ellas en cantidades menores. Luego, las fueron colocando sobre las balsas que el hombre del tridente guiaba corriente abajo hasta que se perdían de vista.

Fueron cargando una balsa tras otra, y luego los hombres hicieron un alto para comer. ¡Nabé esperaba que no descubriesen la falta de algunas latas! Y así fue. Abrieron una de pollo, otra de carne y tres de fruta. Descorcharon también algunas botellas en las que bebieron directamente sin preocuparse de buscar vasos o tazas.

Encendieron cigarrillos y charlaron. Era difícil oír lo que decían, y Nabé sólo pescaba alguna palabra de cuando en cuando. Hablaban de caballos, coches, alimentos y cine..., era lo único que pudo averiguar.

«Miranda», que les observaba desde el hombro de Nabé, vio que uno de los hombres arrojaba una lata vacía de melocotón y ante la mirada horrorizada del niño salió del cajón para cogerla, gritando alegremente al ver que todavía quedaba en ella algo de almíbar.

El hombre la vio, quedando boquiabierto. Se frotó los ojos y volvió a mirar. «Miranda» estaba lamiendo la lata.

—Eh, Jo —gritó el hombre—. ¡Mira esto!

Jo dio media vuelta, quedando también atónito a la vista de «Miranda». Se puso en pie rápidamente.

—¡Mirad, muchachos..., un mono! ¿De dónde diablos puede haber salido?

Todos los hombres rodearon a «Miranda», que les miraba con descaro. Uno de ellos la acarició suavemente, y «Miranda» encaramose al instante sobre su hombro y

empezó a tirarle del cabello.

Los hombres se echaron a reír, haciéndola objeto de toda clase de mimos e incluso abrieron otra lata para ella.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —preguntó Jo maravillado—. No lo habíamos visto nunca. ¿De dónde vendrá? Seguro que no estuvo aquí siempre.

—Claro que no. No seas tonto, Jo —le dijo un hombretón que tenía una cicatriz en la mejilla derecha—. Lo que quiero saber es..., ¿habrá venido con alguien?

Ahora le tocó a Jo echarse a reír.

—¡Ésa sí que es buena! ¿Cómo iba a entrar aquí? Sólo hay un medio y es el que empleamos nosotros... y nadie lo conoce.

—Bien, ¿entonces cómo ha entrado el mono? —quiso saber el de la cicatriz.

—Oh..., los monos se meten por cualquier parte —replicó Jo—. Son muy listos. Mirad, éste, se come ese pedazo de melocotón igual que pudieras hacerlo tú..., ¡cogiéndolo con una sola mano!

Nabé observó a «Miranda» temeroso y enojado. ¡La muy tonta! Ahora era capaz de descubrirlo todo..., incluso el sitio donde él estaba escondido.

La monita continuaba comiendo el melocotón..., en realidad estaba ya tan llena que no pudo comerse el último pedazo que le ofreciera uno de los hombres en cuanto acabó el que tenía en la mano.

Y entonces se acordó de Nabé. Le daría el melocotón. ¡A él también le gustaba mucho! Así que, abandonando el corro de admiradores, se fue derecha al cajón donde estaba escondido el pobre niño y se introdujo en su interior parloteando.

—¿Será ése su escondite? —preguntó Jo, yendo a comprobarlo con su linterna, y entonces lanzó un grito terrible:

—¡«Eh»! ¡«Mirad aquí»!

Todos se acercaron a ver, descubriendo a Nabé acurrucado en el interior del cajón del embalaje... y a «Miranda» que trataba de hacerle comer el melocotón.

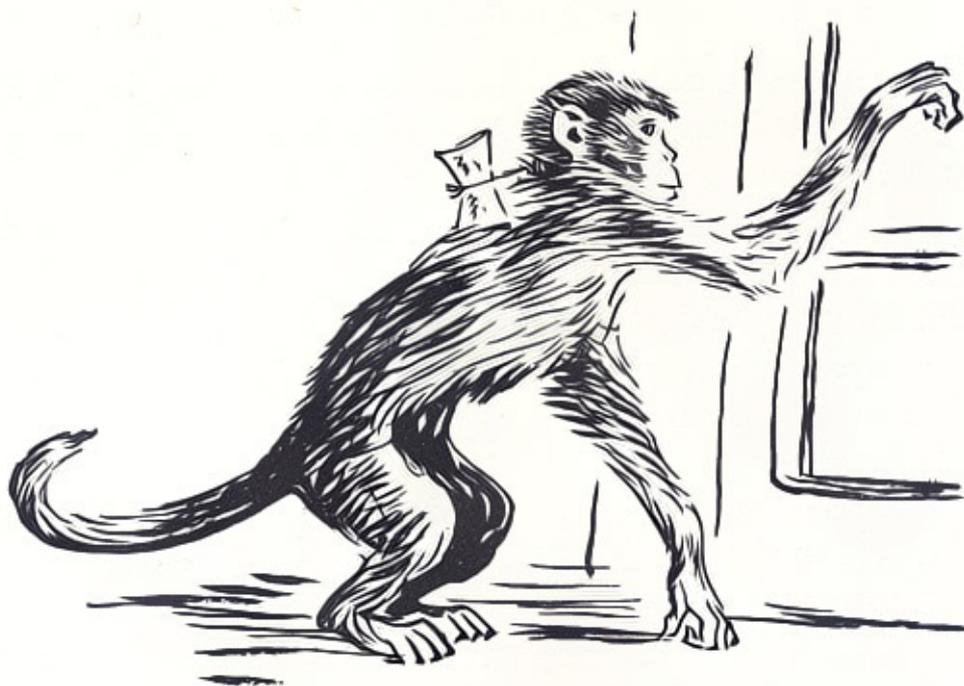
Lo sacaron bruscamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado en este túnel? ¡Vamos, cuéntanoslo todo o vas a sentirlo!

Nabé contempló los rostros enojados de aquellos hombres. Ahora estaba descubierto... La tonta de «Miranda», por golosa, había llamado la atención de aquellos malhechores. Jo le zarandeó con tal fuerza que casi se cae.

—Dinos cómo has entrado —gruñó Jo, entre dientes—. ¡Vamos..., pronto!

—Está bien —repuso Nabé—. Se lo enseñaré. Suélteme..., no he hecho nada malo. Sólo quería explorar un poco. Vamos..., les enseñaré por dónde he entrado.



Capítulo 27- «Miranda» hace lo que puede

Nabé condujo a los hombres por el túnel hasta el pequeño pasillo que daba al pozo.

—Bajé por ahí —les dijo.

—Vaya..., conocemos todo lo referente a ese viejo pozo —dijo el hombre de la cicatriz—. Conduce a un pequeño recinto de piedra, pero nada más.

—Sí, pero hay una piedra movable en la pared que da a los sótanos de la Mansión Rockingdown —dijo Nabé—. La moví por casualidad cuando estaba en el sótano y me introduje por el agujero, mas la piedra volvió a cerrarse y no pude retroceder y por eso bajé por el pozo hasta el túnel y me escondí allí. Eso es todo.

—¿Sabía alguno lo de esta piedra movable? —preguntó el hombre de la cicatriz, mirando a sus compinches, que negaron con la cabeza.

—Yo subiré contigo —dijo el de la cicatriz y Jo empujó a Nabé para que le siguiera.

—¡Sube... y enséñame esa piedra maravillosa!

Nabé mostró al hombre la piedra que se había movido y él la estuvo examinando cuidadosamente con su linterna. Al fin llamó a Jo para que subiera también.

—Jo, ¿ves esa piedra? Se abre por medio de un resorte que debe haber por alguna parte. Busca una pequeña ranura en la pared, una argolla, o cualquier saliente imperceptible, y destrúyelo. ¡No voy a dejar que nadie más descubra esta entrada!

—De manera que ésta es la explicación de este recinto misterioso —exclamó Jo apartando a Nabé de un codazo—. Debieron construirlo secretamente al hacer la casa..., hará dos o tres siglos..., como entrada secreta. ¡Vaya un medio sencillo de deshacerse de los enemigos!

—Mucho —dijo el hombre de la cicatriz en un tono que a Nabé no le agradó nada—. Ahora baja por esa escalera, niño... y decidiremos cómo deshacernos de ti. Diantre, ¿ese mono todavía está sobre tu hombro?

De nuevo en la caverna los hombres interrogaron a Bernabé más a fondo. Cuando se enteraron de que el niño era poco más o menos un vagabundo que iba de feria en feria y de circo en circo, y que había dormido en la vieja casona porque necesitaba un techo bajo el que cobijarse, sus rostros se aclararon un poco.

—Ya —dijo el de la cicatriz—. Entonces oíste esos ruidos y bajaste a explorar..., descubriendo el secreto de la piedra movable. Bueno..., pareces un chico inteligente..., que puede tomar parte en nuestro negocio..., un poco de contrabando de cuando en cuando. ¿Te gustaría trabajar con nosotros?

—No —replicó Nabé.

Eso era precisamente lo que aquel hombre no esperaba, y frunciendo el entrecejo, propinó un buen golpe en la oreja del muchacho.

—¡Bien! Si es eso lo que piensas, allá tú. Pero no va a gustarte. Te quedarás aquí hasta que podamos sacarte, y entonces te llevaremos al extranjero en avión. ¡Allí te venderemos a alguien que se alegrará de tener tu ayuda!

—De todas maneras, ahora puede trabajar para nosotros —intervino Jo—. Siempre hay mucho que hacer. La única diferencia es que trabajará por nada porque es un tonto, en vez de ganar una buena paga.

Nabé sintió que se le helaba el corazón. ¿Cuánto tiempo le tendrían allí trabajando bajo tierra? Estaba seguro de que no le permitirían salir al exterior con ellos, y le dejarían siempre allí en la oscuridad, con el rumor del arroyo por toda compañía.

—¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí? —preguntó con toda la osadía que pudo.

—Tal vez cuatro semanas... o cuatro meses... o tal vez cuatro años —dijo el hombre de la cicatriz para asustar al niño—. Depende de lo que dure nuestro trabajo. ¡No tardarás en aficionarte a este sitio!

Nabé estaba convencido de que no sería así, pero no dijo nada. Le daban miedo aquellos hombres rudos y malcarados y temía que le maltratasen. No iba a ayudarles más que lo indispensable y desde luego no pensaba aprender nada de sus negocios ilegales..., pero comprendía que no le quedaba más remedio que trabajar para ellos, o

pasarlo muy mal. Seguro que le utilizarían cuanto pudieran.

¡Y desde luego le hicieron trabajar de firme aquella noche! Tuvo que ayudar a dirigir las balsas río arriba, a transportar las cajas de embalaje al lugar donde se almacenaban, y le encomendaron la tarea de desempaquetarlas para su clasificación y nuevo embalaje. No dijo nada, pero hizo lo que le decían lo más despacio que pudo.

Mientras, su cerebro trabajaba activamente. ¿Cómo conseguir escapar? Debía haber algún medio. ¡Si por lo menos consiguiera enviar un mensaje a sus compañeros! Estarían ya muy preocupados por él. Si fueran a buscarle a los sótanos..., habrían encontrado su alfombra y su almohadón..., pero nada más que les indicase cómo había desaparecido. Les era imposible avisar a la señorita Pimienta... y estaba seguro de que no se lo dirían al señor King.

Nabé había esperado ver al señor King entre los hombres que bajaron al túnel aquella tarde. Tal vez dirigiera las operaciones sobre tierra. En caso de que bajase, estaba dispuesto a decirle lo que pensaba de él, aunque luego le pegaran. ¡Era un impostor, un hipócrita y un farsante! Estuvo un buen rato pensando mal del señor King. ¡Qué poco imaginaba lo distinto que ahora pensaban de él sus compañeros!

Los hombres estuvieron en el túnel varias horas y luego se marcharon dejando a Nabé bajo tierra, naturalmente.

—Volveremos mañana noche —dijo el llamado Jo—. ¡Y tendrás que volver a trabajar de firme, de manera que duermes todo el día!

—Aquí abajo no sé si es de noche o de día —replicó Nabé, tristemente—. Siempre está oscuro.

Pasó un día aburridísimo, siempre a oscuras, encendiendo las luces sólo de cuando en cuando, ya que los hombres le prohibieron hacerlo, pero no iba a pasar todas las horas a oscuras. Su linterna iba dando menos luz y debía ahorrarla.

Durmió durante toda la tarde, a pesar de que él ignoraba qué hora del día era, se despertó cerca de las cinco, y estuvo corriendo con «Miranda», a quien había perdonado ya por haberle descubierto. Le agradaba mucho tenerla a su lado porque le divertía con sus «monerías» y le hacía compañía.

Sentíase completamente despejado y se preguntó si era de día o de noche. Tal vez fuera por la mañana, ya que estaba tan despierto. ¡Si hubiera sabido que empezaba a oscurecer!

Empezó a buscar una solución a sus problemas. Debía haber algún medio de escapar. Miró a «Miranda» que había encontrado un lápiz, propiedad de uno de los contrabandistas, y estaba llenando de garabatos un papel arrancado de una de las cajas de embalaje. Luego lo mostró a Nabé, dándoselas de inteligente.

El niño simuló leerla.

—«Por favor..., venid a rescatarnos..., estamos en un túnel subterráneo». ¡Eres muy lista, «Miranda»! Muy lista, vaya si lo eres... y tienes una letra muy bonita.

Iba a devolverle el papel cuando se le ocurrió una idea repentina. «Miranda» estaba acostumbrada a llevar notas o paquetes. ¿Podría..., sabría llevar un mensaje a los otros niños? Era una monita muy pequeña... y sabiendo que se trataba de llevar un recado, ¿no sería capaz de encontrar por dónde salir del túnel? Era tan chiquitina...

Nabé había enseñado a «Miranda» a llevar recados por el mismo sistema con que todos los buenos domadores enseñan a sus animales..., mimándoles y tentándoles con la recompensa. La acariciaba repitiéndole el nombre de la persona a quien iba a llevar el mensaje... y una vez cumplida su misión, siempre era recompensada por la persona que lo recibía.

¿Sería capaz de encontrar a Chatín y entregarle la nota? ¿Conseguiría escurrirse por alguna parte? Valía la pena intentarlo, aunque no diera resultado.

Nabé llevaba en su bolsillo una libreta en la que escribió con el lápiz de «Miranda» un breve relato de lo que le había ocurrido y dónde se encontraba.

«Ignoro cómo podéis rescatarme —les decía—. Ni siquiera sé cómo vais a encontrar el sitio por donde entran los contrabandistas en el techo del túnel. Ellos bajan desde allí descolgándose por una cuerda. Todo lo que puedo deciros es que debe haber algún lugar donde haya un hoyo en el suelo..., algún punto donde el túnel pasa muy cerca de la superficie. Haced lo que podáis».

Cuando hubo terminado de escribir la nota, la dobló dos o tres veces y sacando un trozo de cordel de su bolsillo, la ató cuidadosamente. Luego, buscó el collar de «Miranda», apenas visible entre la piel de su cuello, y le ató el mensaje.

—Vete —dijo a la monita, mientras la acariciaba—. Llévasela a Chatín. Conoces a Chatín, ¿verdad? Chatín, mi amigo, que te quiere tanto. Llévasela a Chatín, a Chatín. Busca a Chatín, «Miranda». ¡Chatín!

«Miranda» le escuchaba acariciando sus manos con sus manecitas morenas. Sabía muy bien lo que su amo quería decir. Tenía que llevar la carta que Nabé estaba atando a su cuello a su amigo Chatín..., aquel niño tan simpático que tenía un perro.

Saltó del hombro del niño al suelo rocoso del túnel. Nabé la observaba. ¿A dónde se dirigía? ¿Acaso era posible que conociera una salida? Le costaba creerlo, puesto que no se había apartado ni un solo momento de su lado.

«Miranda» echó a andar túnel arriba, y el niño quedó muy sorprendido. ¡No hay ninguna salida por ahí, «Miranda»! Pero al cabo de unos veinte minutos la mona estaba de regreso, llevando todavía la nota atada a su cuello. Había subido por el pozo hasta el pequeño recinto de arriba, recordando que habían entrado por allí..., pero, claro, al no hallar salida, regresó por donde había ido.

«Miranda» emprendió la marcha de nuevo... y esta vez no regresó. Nabé se estuvo preguntando si habría encontrado el medio de salir de allí, y de ser así, ¿por dónde? Estaba seguro de que si hubiera tan sólo un agujero o rendija por donde poder

deslizarse más pronto o más tarde, ella lo encontraría.

«Miranda» había recordado un lugar donde estuviera con Nabé..., junto a la verja de hierro..., donde percibió la luz del día. Chatín debía estar al aire libre y tenía que encontrarle.

Llegó a la barrera. Ahora penetraba más luz por ella, ya que Fred había arrancado gran parte de las ramas de hiedra que se enroscaban con fuerza a los barrotes. «Miranda» trepó ágilmente por la verja.

Los barrotes estaban muy juntos... y por más que se esforzó, no pudo pasar entre ellos... Casi se atasca, y en su prisa por libertarse, se hirió una de las patas.

Se sentó para lamérsela, parlotando para consolarse. Luego, fatigada por sus esfuerzos, se acurrucó en un rincón quedando dormida. Estuvo durmiendo dos o tres horas y al fin se despertó. Al despertarse tocó la nota que llevaba colgada del cuello. Ah..., tenía que llevársela a Chatín. Nabé se lo había ordenado.

Contempló la verja con aire pensativo. Le daba un poco de reparo desde que había herido su pata. La insultó violentamente y luego volvió a trepar por ella, examinándola de arriba abajo en busca de un resquicio por donde escapar.

Y en la parte de abajo, encontró un sitio donde se había roto un barroto junto a la superficie del agua. «Miranda» se caló hasta los huesos al pasar a través de él. ¡Pasaba muy justo, pero lo consiguió! Estaba ya al otro lado de la verja, pero era ya de noche. ¡Chatín! Tenía que encontrar a Chatín. ¿Qué camino debía tomar?



Capítulo 28- Una noche emocionante

Aquella noche los tres niños se fueron a acostar terriblemente abatidos. Incluso el señor King había confesado que no sabía a dónde volverse. Nabé parecía haberse desvanecido en el aire, y ya no podían dar más pasos para encontrarle o para aclarar aquel misterio.

—No quiero acostarme —dijo Diana—. Sé que no voy a dormir.

—Oh, sí que dormirás —replicó el señor King con firmeza—. Podéis empezar a acostaros. Ya son las diez. ¡Cielo santo, lo que diría la señorita Pimienta si supiese que os permito estar levantados hasta estas horas!

Los niños obedecieron a regañadientes, y «Ciclón» echó a correr delante de ellos. A él no le importaba ir a dormir. Entró como una tromba en la habitación del señor King y cogiendo sus zapatillas forradas de piel, las tiró por la escalera. Luego estuvo mordiendo todas las alfombras y arrastrándolas hasta formar con ellas un solo montón para que el señor King tropezara y cayera. A continuación subió la escalera como si le persiguiese un tigre, aterrizando debajo de la cama de Chatín, donde quedó

hecho un ovillo.

—Eres un ciclón —le dijo Chatín, que se estaba quitando los calcetines—. ¡Un ciclón! ¡Un loco! ¡Un chiflado! ¡Un demente! ¡Un desequilibrado!

—Guau —ladró «Ciclón», satisfecho, lamiendo a Chatín por todas partes.

Diana se durmió en seguida a pesar de creer lo contrario. Y Roger lo mismo. Chatín estuvo despierto un ratito y al fin se puso a soñar con Nabé y «Miranda».

«Ciclón» le despertó algún tiempo después. El niño se sentó en la cama y buscó su linterna. Troncho, ¿dónde la había puesto? La Luna entraba en la habitación a través de los árboles, iluminándola con su luz tenue y Chatín procuró guiarse por ella.

«Ciclón» estaba junto a la ventana gruñendo ferozmente a alguien que estaba fuera de la casa, dando golpecitos en el cristal.

—¿Qué ocurre, «Ciclón»? —exclamó el niño sorprendido, preguntándose si sería un ladrón que intentaba penetrar en su dormitorio. No..., claro que no..., ningún ladrón haría frente a un perro que gruñera como el suyo.

Entonces algo penetró por la ventana, saltando sobre un cuadro y de allí a la barra de la cortina con una gran agilidad.

—¡«Miranda»! ¡Oh, «Miranda»! ¡Eres tú! —exclamó Chatín, reconociendo a la monita gracias a un rayo de Luna—. ¿Dónde está Nabé?

«Ciclón» ladraba ahora desafortadamente furioso al ver que «Miranda» osaba penetrar de noche por la ventana de su amo estando él de guardia. Chatín le arrojó un libro.

—¡Cállate, tonto! Vas a despertar a toda la casa. ¡Cállate, te digo!

«Ciclón» se sometió al fin saltando sobre la cama lleno de celos. «Miranda» estaba ahora en los barrotes de la cabecera. Chatín se levantó para ir a encender la luz en el momento en que Diana y Roger, despiertos por el ruido, encendían las suyas. Roger apareció con aire soñoliento.

—¿Qué le ocurre a «Ciclón»? ¿Se ha vuelto loco?

—¡No..., mira, «Miranda» ha vuelto! —exclamó Chatín, y la monita al oír su nombre, se subió a su hombro, agarrándose a su cuello. Chatín quiso acariciarla y en seguida vio la nota atada a su collar.

—Vaya..., ¿qué es esto? ¡Un mensaje! ¡Apuesto a que es de Nabé! —y desatando la nota, se dispuso a leerla. Roger se acercó también, así como Diana, que venía ansiosa a participar de las novedades.

—¡Vaya! —dijo Chatín cuando todos terminaron de leerla—. Imaginaos las cosas que le han ocurrido a Nabé.

Diantre..., que lástima que ahora nadie pueda mover esa piedra para entrar en el sótano. Y pensar que ahora está debajo de tierra..., en el río. ¿Podéis creerlo?

—Tendremos que rescatarle como sea —dijo Diana en seguida—. ¡Lo que se va a emocionar el señor King cuando sepa todo esto!

—Será mejor que vayamos a decírselo —repuso Roger, y los tres bajaron corriendo la escalera e irrumpiendo en la habitación del señor King tras una breve llamada. Estaba dormido. Pero se despabiló por completo en cuanto hubo leído la nota de Nabé.

—¡Cielos! ¡Esto sí que es una noticia! Así que ahí es donde van a parar las mercancías..., donde Nabé está ahora. En alguna caverna subterránea, a la que se llega por medio del arroyo. ¿Pero cómo vamos a encontrar ese agujero del techo del túnel por donde los contrabandistas arrojan las mercancías? Ahora lo comprendo todo..., lo único que falta por averiguar es dónde está ese agujero. ¡Tenemos que encontrarlo, y se aclarará todo!

—¿Podemos hacer algo esta noche? —preguntó Chatín, excitado.

—Yo sí..., pero vosotros no podéis acompañarme —dijo el señor King enérgicamente, ante la amarga desilusión de los tres niños. Saltó de la cama, yendo hasta el teléfono. Fred, Jaime y dos hombres más recibieron orden de ir en seguida a Villa Rockingdown. El señor King dijo a los niños que se marcharan y empezó a vestirse. Estaba ya dispuesto cuando llegaron los otros policías. Los pequeños le despidieron con tanta sumisión que el señor King debiera haber sospechado que tramaban algo..., pero no fue así.

¡Debajo de sus batines los niños estaban completamente vestidos! Tenían intención de seguir al señor King y los cuatro policías y ver «la función», como dijo Chatín.

Antes de marcharse con sus hombres, el señor King echó un vistazo al mapa, señalando un punto del mismo.

—Sabemos que ese agujero del techo del túnel está en algún lugar donde existe un gran hoyo —dijo—. Eso significa una gran depresión en el terreno... y sólo hay un lugar en la Colina Rockingdown donde hay una depresión y es... donde está construida la casa de campo a la que fuiste el otro día, Jaime.

—Cierto —repuso Jaime—. ¡Eso es! El contrabando se realiza desde allí. Claro... y el viejo Down no sabe nada..., es demasiado viejo... ¡Está ocurriendo ante sus mismas narices y no sospecha nada! Supongo que su yerno es quien forma parte de la banda. Es un sujeto indeseable.

—Bien..., vamos allí —exclamó el señor King—. ¡Será un asalto por sorpresa! Incluso es posible que les pesquemos con las manos en la masa. Pero si no están allí, tendremos que buscar hasta que logremos encontrar ese agujero del techo del túnel y bajar nosotros mismos. Bueno, niños..., ¡os veré por la mañana!

Se despidieron de la gente menuda antes de salir a la oscuridad de la noche.

—No es necesario que corramos —dijo Roger a Chatín, viendo que se apresuraba a quitarse el batín—. Ya sabemos a dónde se dirigen. No hay que seguirles muy de cerca por si acaso nos sorprenden y nos hacen volver. Saldremos dentro de cinco

minutos.

De manera que aguardaron impacientes aquellos cinco minutos y al fin emprendieron la marcha seguidos de «Ciclón». «Miranda» había vuelto a marcharse, aunque nadie la vio. La estuvieron buscando y al no encontrarla, supieron que había vuelto al lado de Nabé.

Ahora ya conocían perfectamente el camino de la casa de campo, y fueron escogiendo la ruta mejor. Una vez llegaron al pequeño remanso, comprendieron que se hallaban ya muy cerca. Fueron siguiendo la corriente y llegaron a la laguna.

—Mirad..., mirad..., esos deben ser el señor King y sus hombres..., registrándolo todo con sus linternas —dijo Chatín, en un susurro—. Todavía no han despertado a los de la casa de campo. Es extraño que no ladren los perros.

—Escondámonos en algún lugar seguro —dijo Roger—. Mirad..., aquí hay un granero. Entremos y escondámonos entre la paja.

Entraron en el granero. En un rincón había un gran montón de estiércol, y en otro de paja. Los niños se tumbaron sobre ella, cubriéndose lo mejor que pudieron para esperar a que la cosa se fuera animando... y entonces saldrían a ver lo que ocurría. La luz de la Luna penetraba en el granero, llenándolo de claridad y negras sombras. Desde luego aquello resultaba extraordinario y, sobre todo, muy emocionante.

«Ciclón» estaba más quieto que un ratón, y Chatín le sujetaba por el collar.

—No comprendo por qué no ladran los perros de la granja —dijo Chatín, entre susurros—. ¿Qué les habrá ocurrido?

—No lo sé... o bien alguien les hace callar por alguna razón, o no los hay —replicó Roger también bastante extraño.

Su primera idea era la acertada. Los perros de la granja estaban silenciosos porque les mandaba callar alguien que había descubierto al señor King y a sus hombres..., alguien que deseaba que otros escapasen antes de que ladrasen los perros, para después salir al descubierto y responder a las embarazosas preguntas que le hiciera el señor King.

De pronto se fue abriendo lentamente la puerta del granero, y Roger al verlo, acurrucose junto a Chatín y Diana susurrando en sus oídos:

—¡Mirad..., alguien entra! Que no se mueva «Ciclón».

Entró un hombre silenciosamente yendo a inclinarse sobre el montón de estiércol. Le siguió otro... y otro... y otro. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? Los niños lo ignoraban. «Ciclón» comenzó a olfatear y se le erizaron los cabellos del cuello, pero no hizo ruido alguno.

Roger lamentaba amargamente haber entrado en el granero con los demás para esconderse. De entablarse una lucha cuando entraran el señor King y sus hombres, Diana pudiera resultar herida.

Atisbo por entre la paja. Aquellos hombres, provistos de horquillas iban

apartando rápidamente el estiércol del rincón. Uno se había arrodillado y estaba quitando del suelo cosas que parecían tablas. Luego se introdujo en el hueco resultante y desapareció por él. Todos los demás le siguieron menos uno que quedó para volver a poner el estiércol en su sitio.

Los niños le observaban en silencio mientras los corazones les latían muy de prisa. ¡El agujero del techo del túnel! Vaya, si estaba allí, en el suelo del granero..., sólo a unos pasos de ellos. Los hombres habían bajado al túnel..., el río debía pasar justamente por debajo del viejo granero, y sin duda abastecía la laguna y el remanso igual que atravesaba la verja de hierro.

El hombre, abandonando la horquilla sobre el montón de estiércol, se acercó a la puerta. Un par de minutos más tarde los perros de la granja comenzaron a ladrar desaforadamente y una voz les ordenó callar.

—¿Quién anda ahí? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo de noche en mi granja?

Entonces les contestó la voz severa del señor King y hubo un encuentro en mitad del patio. No era el viejo granjero, que dormía, sino su yerno quien daba aquellas voces.

—¡Qué tontería! Yo no sé nada de contrabandos, ni de entradas a ríos subterráneos. Debe de estar loco. ¿Es que la policía no tiene nada mejor que hacer que buscar cosas que no están aquí ni han estado nunca? ¡Les digo que pueden registrar todo lo que quieran que no han de encontrar nada sospechoso!

Roger se quitó la paja que le cubría y corrió hacia la puerta. El señor King se pondría furioso al verle allí a pesar de su prohibición..., pero tenía que avisarle y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señor King! ¡Señor King! Sabemos dónde está el agujero. Está aquí, en el granero, y varios hombres acaban de escapar por él para ocultarse hasta que usted se marchara... y luego volver a salir.

Hubo un silencio lleno de asombro.

—¡Vaya! Has venido a pesar de todo... y los otros también, supongo —exclamó el señor King, acercándose al granero con sus hombres.

Roger señaló el montón de estiércol.

—Está ahí debajo. Nunca lo habiéramos adivinado. ¡Apártenlo con la horquilla y verán! ¡Troncho...! ¿Verdad que es «emocionante»?



Capítulo 29- Conclusión

Nabé estaba en la caverna cuando «Miranda» regresó sin la nota, y el niño la acarició complacido, dándole además como premio un gran pedazo de piña americana en conserva. Ahora sus compañeros sabían dónde se encontraba... y alguno de ellos idearía un medio de rescate. ¡Y no necesitaba preocuparse más!

Y entonces los acontecimientos empezaron a sucederse con una rapidez sorprendente. Los hombres llegaron a toda prisa con el mayor silencio, pero no se pusieron a tirar de los cabestrantes, ni trajeron nuevas mercancías. Reunidos en la caverna con aspecto preocupado, parecían haberse olvidado por completo de Nabé.

Al niño no le agradó su aspecto. ¿Y si estaban en el subterráneo porque Roger había dado parte a la policía y ellos se enteraron? En ese caso tal vez sospecharan que Nabé tenía algo que ver y la emprendieran con él. Por eso decidió que lo mejor era esconderse.

Pero ¿dónde? En los cajones vacíos no..., puesto que era lo que mirarían primero.

Lo mejor era trepar por la pared rocosa de la caverna hasta encontrar un repecho donde tenderse y no podrían encontrarle. Así que el muchacho se fue arrastrando en silencio hasta el fondo de la amplia cueva y empezó a trepar por la pared, tanteando con sumo cuidado los puntos en que apoyar firmemente sus manos y sus pies.

Encontró un saliente muy estrecho..., tanto que casi se cae de él al respirar hondo, y que no se veía desde abajo, y allí se tendió con «Miranda» escuchando.

Y empezaron a oírse voces que gritaban y transmitían órdenes. Nabé oyó la del señor King por encima de las otras, quedando asombrado. ¡El señor King! ¿Habría bajado con los demás contrabandistas? Nabé ignoraba todavía que el maestro no tenía nada que ver con aquellos hombres, y por ello quedó estupefacto al oír lo que gritaba dando órdenes.

—¡Podéis rendiros! Estamos armados y lo sabemos todo. O bien os rendís ahora, o sellaremos el agujero del techo para dejaros morir de hambre y entonces sí que saldríais pronto.

—No nos rendiremos —oyó Nabé que Jo decía a los otros—. Tenemos muchas provisiones. No nos moriremos de hambre, desde luego.

—¿Y cuánto tiempo nos durarán? —preguntó el hombre de la cicatriz—. Una semana a lo sumo. No seas tonto, Jo. Estamos cogidos como ratas en una trampa. ¿Por qué se nos ocurriría bajar? ¡Si lo hubiésemos pensado un solo momento, hubiéramos comprendido que en cuanto bajáramos aquí, estábamos perdidos!

Volvieron a discutir acaloradamente. Unos querían rendirse, otros resistir... El señor King volvió a gritar airadamente:

—Os daré cinco minutos. Quedaros ahí abajo si queréis, mientras tenemos a vuestro jefe aquí arriba. Sabemos todo lo referente a él... y hablará para salvar su pellejo. Ya sabéis que también habló antes de ahora. Bajaremos a recogeros cuando vosotros queráis. Un poco de dieta de hambre no os hará ningún daño.

—Yo voy a rendirme —dijo el hombre de la cicatriz—, será inútil intentar escapar o querer resistir. Todos sabemos que nos han atrapado. Hemos tenido mala suerte. Bien, yo voy a entregarme. ¿Viene alguien conmigo?

—¿Y qué hay del muchacho? —preguntó Jo, de pronto—. ¿No podríamos hacer un trato? Podemos decir que le conservaremos aquí abajo con nosotros y le dejaremos morir de hambre.

—¡Me había olvidado de él! —dijo el hombre de la cicatriz—. ¿Dónde está? Buscadle.

Pero no consiguieron encontrarle. No vieron que estaba tendido peligrosamente en un repecho alto de la pared rocosa del fondo, conteniendo la respiración para que no le oyeran.

—Bueno —dijo la voz firme del señor King—, ha pasado el plazo. Nosotros nos vamos... y sellaremos el agujero. Un hombre quedará de guardia en el granero.

Golpead tres veces las maderas del agujero cuando queráis rendiros sin más dilaciones.

Entonces el pánico hizo presa en aquellos hombres, y echaron a andar por el túnel, olvidándose completamente de Nabé.

—¡Nos rendimos! —gritó Jo—. Estamos vencidos, y lo sabemos.

—Avanzad de uno en uno a partir del recodo del túnel —les indicó la voz—. Y con las manos arriba, o dispararemos inmediatamente.

Así que, en fila india, fueron doblando el recodo del túnel con las manos en alto, siendo luego izados hasta el agujero, y al llegar al granero les ponían las esposas. Jaime y Fred saludaron a un par de ellos conocidos de antiguo, llamándoles por su nombre.

—¡Vaya, pero si es Jo! No puedes vivir sin meterte en líos, ¿verdad? Y aquí tenemos de nuevo a Frisky..., cosa bien natural... ¡y pensar que también forma parte de la banda! ¿Y quién hubiera imaginado encontrarte aquí, Cara-marcada? El mundo es muy pequeño, ¿verdad?

Cuando hubo salido el último hombre, el señor King les increpó duramente.

—¿Dónde está el muchacho propietario del mono? Si le habéis hecho algún daño, vais a pasarlo muy mal.

—No sé dónde está —replicó el hombre con voz bronca—. No está aquí. Le hemos buscado por todas partes sin poder encontrarlo.

Roger no pudo permanecer callado por más tiempo y, yendo hasta el agujero, se inclinó sobre él para gritar a voz en cuello:

—¡Nabé! ¡Nabé! ¡«Miranda»! Vamos, salid, estamos aquí. Ya estáis seguros.

Bernabé ya había emprendido la marcha por el túnel al observar que ya no quedaba ningún contrabandista, y oyó la llamada de Roger, a la que contestó:

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

También él fue izado, y los tres niños y «Ciclón» se abalanzaron sobre él casi ahogándole. ¡Estaban tan contentos de verle!

—¡Recibimos tu mensaje! ¡Lo trajo «Miranda»!

—¡El agujero del techo estaba debajo de un montón de estiércol... en este viejo granero!

—¿Estás bien? ¿Tienes hambre?

Los contrabandistas, esposados, miraban a los niños con asombro. ¿De dónde habían surgido en plena noche? ¡Qué cosa más extraordinaria! El jefe, que había enviado a sus hombres al subterráneo y luego cubierto el agujero con el estiércol, ahora estaba cabizbajo y abatido. Era el yerno del viejo granjero, que con el pretexto de contratar hombres para que ayudaran en los trabajos de la granja y reparar varias cosas, había llevado allí aquellos malhechores, convenciéndoles para que le ayudaran en sus actividades ilegales.

—Y ahora —dijo el señor King, mirando a los niños con aire severo— ha llegado el momento de comportaros como buenos niños e ir a la cama. Nabé, celebro mucho verte a salvo..., pero me parece que habrás pasado muy malos ratos. Y en cuanto a vosotros, me asombra cómo os atrevisteis a seguirme después de lo que os dije... y de no ser porque inesperadamente habéis resultado una gran ayuda, tendría mucho más que deciros por vuestra desobediencia. Tal como están las cosas, es probable que no diga nada en obsequio vuestro.

Sonrió de pronto y los niños le imitaron. ¡El bueno del señor King!

—Supongo que ya no podemos quedarnos aquí por más tiempo... —dijo Roger.

—Ni un minuto más —replicó el señor King—. Y esta vez espero que se obedezcan mis órdenes del modo más estricto. Volved a casa y acostaos. Os veré por la mañana. Yo tengo que quedarme aquí y ver que esta cuadrilla quede a buen recaudo esta misma noche. ¡Y ahora marchad! No me lo hagáis repetir.

Nabé, Roger, Diana y Chatín, con «Miranda» y «Ciclón», tras dirigir una postrera mirada a los contrabandistas, regresaron a su casa. Chatín bostezaba ruidosamente, contagiando a los demás, y luego estornudó.

—Oh, Dios mío..., no me digas que te has constipado —dijo Diana, alarmada. Chatín cogía unos resfriados terribles y estornudaba continuamente.

—No..., es sólo un poco de pimienta que me ha entrado en la nariz —bostezó Chatín—. Oh..., lo que diría la señorita Pimienta si me oyera... y Redondita... ¡Cuando se enteren de lo que ha pasado!

Todos se acostaron. Nabé ocupó una de las camas disponibles con «Miranda», maravillándose de su espléndida blandura.

A la mañana siguiente apenas podían creer que fuese cierto lo sucedido por la noche. A Nabé le emocionó despertar en aquella casa y no ver más aquella caverna oscura. Armaron tal alboroto en las habitaciones superiores, que la señora Redondo en cuanto llegó fue alarmada a ver lo que ocurría.

Les estuvo escuchando boquiabierta, sin conseguir decir otra cosa que:

—¡Vaya, nunca hubiera imaginado..., picarones! ¡Vaya, nunca hubiera imaginado...!

Cuando llegó el señor King a tiempo para el desayuno, le recibió con el mejor de sus saludos, y le preparó un almuerzo especial de huevos con jamón. No cesaba de mirarle y salía de la habitación andando de espaldas para poder contemplarle hasta el último momento.

—¿Qué le habéis dicho a la señora Redondo? —exclamó el señor King, ligeramente molesto. Parecía cansado, pero satisfecho, y estuvo desayunando con gran apetito.

Los niños terminaron el suyo, que no era tan especial como el del señor King, y aguardaron pacientemente a que él apartara su plato y encendiera un cigarrillo. Ah...,

al fin lanzó una bocanada de humo.

—Vaya..., todo se ha solucionado del mejor modo posible —dijo—. Tanner, el hijo político del viejo granjero, ha «cantado»..., en otras palabras, nos ha dicho cuanto sabía, ahorrándonos muchísimo trabajo. Sin embargo, temo que se vea en un buen apuro cuando salga de la cárcel, ya que los otros no olvidarán fácilmente que les ha traicionado cobardemente.

—Le está bien empleado —dijo Chatín, que aborrecía la deslealtad.

—Estaban muy bien organizados —continuó el señor King—. Aquí llegaban toda clase de géneros procedentes de distintos países..., el avión aterrizaba en ese campo que ya conocéis..., descargaba las mercancías y volvía a remontar el vuelo. Las cajas de embalaje eran llevadas a mano hasta el arroyo y colocadas sobre las balsas de las que Nabé ya os habrá hablado. Luego las arrastraban río arriba por medio de un bote sin nombre que sin duda pertenece al hijo del granjero.

—Por la noche, supongo —dijo Roger.

—Oh, sí..., siempre de noche —replicó el señor King—. Luego volvían a llevarlas a mano al granero y desde allí las arrojaban al agua por el agujero del techo del túnel..., claro que primero arrojaban las balsas... y no era muy difícil ir colocando las cajas sobre ellas, sujetándolas con un alambre, y luego trasladarlas a la caverna por medio de los cabestrantes. Una vez allí, las mercancías estaban seguras y podían ser desempaquetadas tranquilamente, y ser embaladas de nuevo en bultos y bolsas más pequeñas, dispuestas para ser vendidas secretamente en lugares diversos.

—Esos hombres deben haber ganado mucho dinero —comentó Roger.

—Sí —repuso el señor King—. Aunque cometieron algunos errores. Alquilaron una lancha motora que subía por el río para recoger todos esos paquetes y bolsas más pequeños, y no pagaron a su propietario..., por eso estuvo hablando más de la cuenta... y sus palabras llegaron hasta nosotros. Eso es lo que nos hizo sospechar realmente que estaban realizando contrabando en gran escala.

—¿Qué otros errores cometieron? —quiso saber Roger, lleno de curiosidad.

—Pues... no comprendieron que los ruidos subterráneos repercuten a menudo cuando encima hay un edificio —explicó el señor King—. A pesar de que aunque se hubieran dado cuenta, tal vez pensaron que la casa estaba vacía y nadie los oiría. Pero el mayor de todos... —hizo una pausa y encendió otro cigarrillo mientras los niños aguardaban impacientes—. El mayor error de todos fue que no imaginaron la existencia de cuatro niños revoltosos, sin contar un mono y un perro, que iban a sospechar de su pobre maestro, y espiar todas sus andanzas, hasta descubrir ellos mismos el misterio. ¡Ajá..., ése sí que fue un error sumamente grave!

Todos se rieron y «Ciclón» tiró alocadamente de los cordones de los zapatos del señor King.

—Es inútil, «Ciclón» —dijo el señor King—. Son especiales..., de cuero..., es

imposible que los rompan los perros tontos como tú.

—¿Qué dirá la señorita Pimienta? —dijo Diana—. ¡Hoy regresa!

Una vez se hubo repuesto de su asombro, la señorita Pimienta tuvo mucho que decir. Reprochó al señor King por haberle ocultado su personalidad.

—¡Y todas esas magníficas referencias! —dijo—. Estoy sorprendida, señor King.

—Pues no debe enfadarse —replicó el señor King—. Estos niños han aprendido mucho desde que estoy aquí. Y en cuanto a mis credenciales... todas eran verdaderas..., estuve dando algunas clases antes de aceptar mi empleo actual. Alégrese, señorita Pimienta..., por lo menos no estuvo aquí cuando se descubrió todo.

—Debiera haber estado —replicó el aya—. Es un escándalo que todo esto haya sucedido durante mi ausencia.

—Sí. Teníamos que haber esperado a que regresase —repuso el señor King, provocando la risa de todos.

—Bueno, me alegro que se haya solucionado felizmente —dijo la señorita Pimienta—. ¡Qué aventura! No sé lo que van a decir vuestros padres.

—No necesita preocuparse por eso —continuó el señor King—. Pienso verles cuando regresen para contárselo todo yo mismo. Le aseguro que no van a reprocharle nada, señorita Pimienta. En realidad, ¡creo que van a emocionarse con todo este asunto!

—Después de esto no puedo permanecer más en esta casa —dijo la señorita Pimienta—. No es que tuviera intención de hacerlo..., porque voy a llevar a mi hermana a la playa, y pensaba llevarme a los niños también. Será mucho mejor para ellos..., podrían bañarse, ir en barca, pescar... y tendrán muchísimas más cosas que hacer que aquí.

Era una noticia estupenda, y los niños se entusiasmaron.

—¿Y Nabé? ¿Puede venir también? —preguntó Chatín.

—Pues, realmente apenas hay sitio, pero me atrevo a asegurar que podemos hacerle un huequito —dijo el aya—. Ahora parece ya uno de la familia.

Pero Nabé meneó la cabeza.

—No, gracias —repuse—. Tengo un empleo. Mañana tengo que incorporarme a una feria..., que hoy pasa por el pueblo de Rockingdown. Esta mañana, cuando fui a hacer los recados de la señora Redondo, encontré a un conocido que me lo dijo. ¡Y es hora de que «Miranda» y yo volvamos a ganarnos el sustento!

Aquello era una gran desilusión. Iban a echarle tanto de menos. ¿Volverían a verle otra vez? ¿Encontraría algún día a su padre? ¡Quién sabe!

Pero cuando los niños supieron que la feria iría también al pueblecito pesquero a donde les llevaba la señorita Pimienta al cabo de diez días, volvieron a alegrarse. ¡Entonces se reunirían con su amigo!

—Y yo también debo despedirme —dijo el señor King—. He de ganarme el sustento..., pero no como maestro, gracias a Dios. Debo regresar a Jefatura y olvidar este agradable intermedio con niños, monos y perros.

—Sólo un mono y un perro —dijo Chatín.

—Ya es bastante —repuso el señor King, apartando a «Miranda» de su hombro y a «Ciclón» de sus pies.

Luego se levantó y dijo:

—Tengo que decirlos adiós. ¡Al principio erais mis enemigos más acérrimos..., pero espero que ahora seamos siempre amigos!

—Oh, sí —contestaron todos mientras Diana le abrazaba, y los demás le daban palmadas en la espalda.

Nabé salió al mismo tiempo que él después de despedirse de todos. Los niños le miraban marchar, comprendiendo que aquella maravillosa aventura había llegado a su término.

—De todas maneras tengo el presentimiento de que algún día correremos más aventuras con «Nabé» y «Miranda» —dijo Chatín, cogiendo a «Ciclón» en brazos y apretándole contra sí hasta que el perro empezó a quejarse—. Me lo dice el corazón.

¡Y no me sorprendería que estuviera en lo cierto!

Fin.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban

tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.